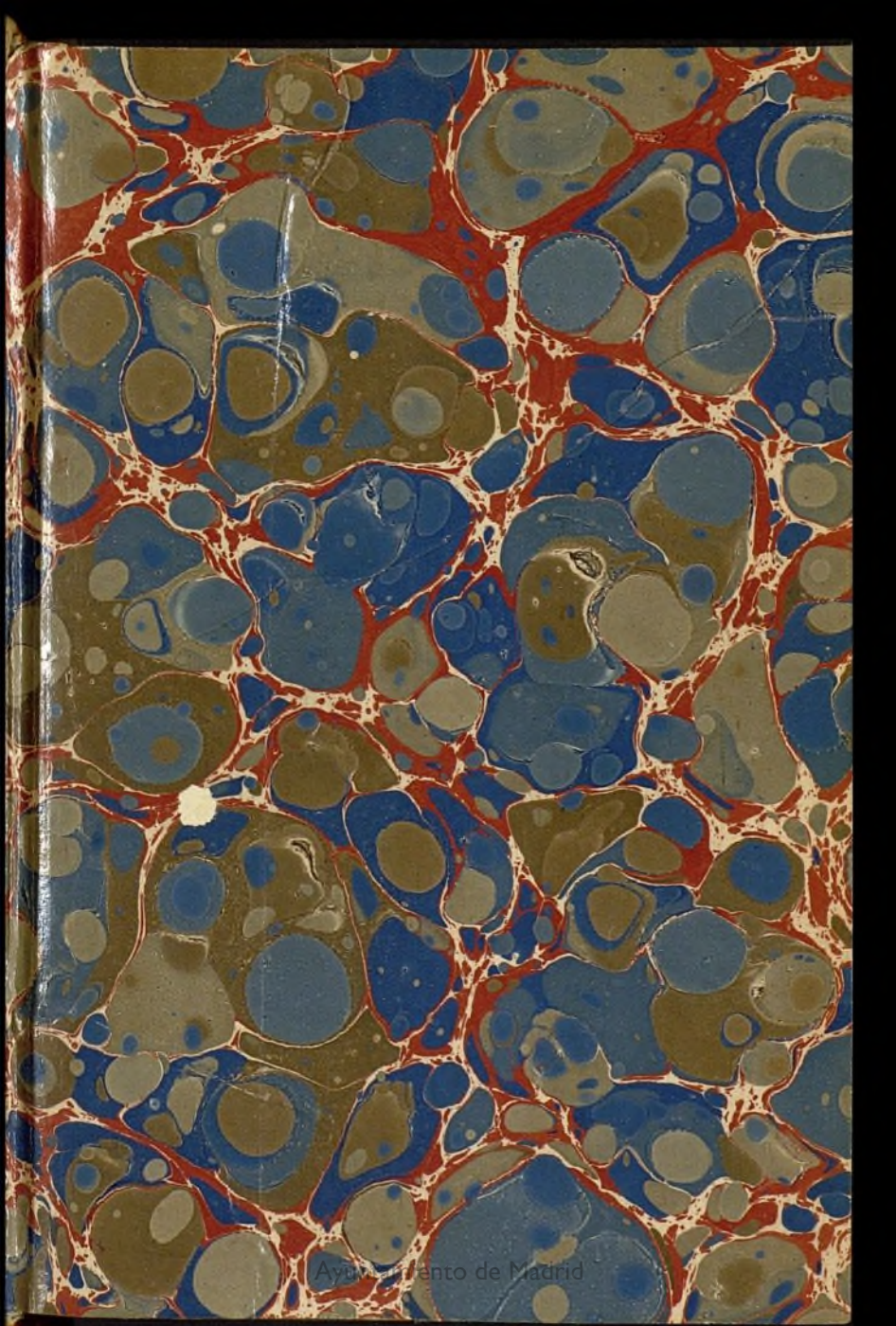




A
3655

Consejo de Madrid



Ayuntamiento de Madrid



Ayuntamiento de Madrid

BENITO PEREZ GALDOS
OBRAS INEDITAS
Cronicon
(1886-1890) Vol. VI



Ayuntamiento de Madrid

RENACIMIENTO MADRID

Tena.

28-7-24

CRONICÓN

Ayuntamiento de Madrid

Es propiedad.
Queda hecho el depósito
que marca la ley.
Copyright, by Benito
Pérez Galdós.

IMPRESA ARTÍSTICA. SÁEZ HERMANOS. NORTE, 21.—MADRID.—TELÉFONO 17-63.

Ayuntamiento de Madrid

A
3655

10824

BENITO PÉREZ GALDÓS

OBRAS INÉDITAS

ORDENADAS Y PROLOGADAS

POR

ALBERTO GHIRALDO

VOLUMEN VII

Cronicón

(1886-1890)



RENACIMIENTO

SAN MARCOS, 42

MADRID

SANTOS MODERNOS

Madrid, febrero 15 de 1886.

I

La sociedad moderna es fecunda en caracteres, como en todo... Nacen y se crían en ella todas las variantes de la naturaleza humana. Tipos que parecen de otra edad, se renuevan en la presente. Las fuerzas antagónicas que luchan en el seno de esta generación engendran los caracteres más extraños. A primera vista parece que el nivel moral de la humanidad se ha rebajado y que los hombres, por punto general, son peores que lo eran hace un siglo o dos. Esto es un error. El sentido moral de la raza humana no puede perderse, así como no es posible que varíe absoluta y radicalmente lo esencial de nuestro ser. Mientras el mundo sea mundo, habrá hombres buenos y malos, y es tontería pensar que

en nuestra edad la virtud no es más que un nombre. Los que desfavorablemente juzgan la época en que vivimos, formulan una pregunta que rara vez es contestada de un modo satisfactorio. «Vamos a ver—dicen—¿por qué en este siglo no hay santos?» Generalmente se contesta a esta pregunta con una frase evasiva, alzando los hombros.

«No hay santos... porque esa moda de los santos pasó.» O bien dicen: «Ya no hay santos porque con los que hubo en siglos pasados hay contingente que sobra para cubrir todas las plazas celestiales.» Otros contestan: «Santos. ¿Y para qué nos hacen falta esos caballeros? Lo que nuestra edad necesita es capitalistas que emprendan negocios y hombres de ciencia que impulsen la industria. Los inventores y descubridores son los verdaderos santos del siglo xix.»

Yo contestaré a la pregunta de una manera categórica, y niego rotundamente la tesis que encierra; niego que nuestra edad carezca de santos. Hoy los hay como los ha habido siempre. Ciertamente que se ha perdido la costumbre de canonizar, es decir, de expedir patentes de bienaventuranza eterna. Pero la razón de esto debe de ser el gran abuso que se venía haciendo en los siglos pasados de las tales patentes. Sin duda el pontificado había abierto mucho la mano. En esto, como en todas las cosas, es fácil pasar de la línea razonable. El siglo xviii que es

bastante descreído, dicho sea sin ofender a nadie, nos ofrece pocos casos de canonización. Creeríase que una voz del cielo dijo: «Aquí no se cabe ya. No nos manden más santos.»

Las causas secundarias son el desarrollo grande de la civilización evangélica, la disminución sensible de los martirios de la fe, la poca afición a la vida monástica y a los disciplinazos, y por fin, los nuevos empleos de la actividad humana. Porque antes el ser santo era casi una carrera. «Iglesia o mar o Casa Real», se decía. El hombre que sentía algo dentro de sí no tenía más que dos caminos para distinguirse: las armas o la fe. De los segundones salieron los más célebres candidatos a la gloria inmortal. ¡Hoy tiene el hombre tantos caminos abiertos ante sí!...

Quedamos en que ya no se canoniza a nadie. Pero sin meternos a escudriñar los motivos que pueda tener para ello quien pudiendo hacerlo no lo hace, nos permitimos afirmar que hay santos, si señor, hay santos, y de tal calidad, que no desmerecen de los que están en los altares.

II

Digo esto, porque hace días ha muerto en Madrid una persona, a quien tengo por santa de veras, y no es broma. Esta persona es una señora de ilustre cuna llamada doña Ernestina Manuel de Villena, cuya vida relataré a grandes rasgos para que se vea que muchos figuran en las páginas del «Año Cristiano» con menos títulos que ella.

Perteneciente a una familia aristocrática, doña Ernestina vivió en lo que se llama *el gran mundo* hasta la edad de veinte años. Muchos recuerdan su agraciado rostro en los saraos de hace cinco lustros, y su carácter dulce y jovial. De improviso, la ilustre joven abandonó el mundo, las galas y aquella risueña atmósfera de placeres y lisonjas. Los motivos que impulsaron esta determinación sólo Dios los sabe. El mundo hizo mil conjeturas, cuyo fundamento se ignora. Unos hablaban de amores desgraciados, otros de pasión de ánimo. Doña Ernestina, que poco antes de esta resolución había perdido a sus padres y heredado una fortuna, cedió ésta

íntegramente a los pobres. En caso semejante, otras mujeres dan en la flor de hacerse monjas y se encierran en un convento, para vivir vida tranquila y sin cuidados. Pero doña Ernestina no era de estas; comprendía que la vida humana es un campo de batalla, y que no se gana la inmortal huyendo del peligro y dando satisfacción al egoísmo en un lugar sosegado y seguro.

Era mujer de acendrada piedad unida a una poderosa iniciativa. Gustaba del trabajo y de vencer dificultades. El amor de nuestros semejantes, movía su alma con gran fuerza. Sumergir la vida en un claustro y adormecerla con rezos y penitencias, parecía indigno de un alma grande. La devoción contemplativa no satisfacía a su noble espíritu. Siguió, pues, la senda de los Juan de Dios, de los Vicente de Paúl, de los Pedro Nolasco y otros que ganaron la bienaventuranza sin haber escrito libros de teología. Durante treinta años, doña Ernestina ha vivido consagrada a proporcionar recursos a los necesitados, implorando la caridad pública. Todo Madrid ha visto a esa valerosa mujer vestida con traje humilde, aunque sin afectación de pobreza, recorriendo las calles, penetrando en todas las moradas, desde las más ricas a las más pobres, en unas para pedir socorros, en otras para llevarlos. Había llegado a adquirir tal serenidad de espíritu, que se presentaba al Rey con igual talante que al último de

los ciudadanos. Al primero le hablaba sin lisonja, y al segundo sin altanería. Su nombre y su persona llegaron a ser tan venerados, que los próceres y el soberano mismo se humillaban ante ella, cual si recibieran un socorro de sus manos. Emprendía diariamente su colosal tarea, sin cansarse nunca, impasible y fuerte. Tenía una naturaleza de acero y un temple de espíritu que no conocía dificultades. Todo era fácil para ella. Su carácter se sobreponía a todo. Tomaba cuanto le daban; después de recibir la cuantiosa ofrenda del rico, iba en pos del exiguo donativo del pobre, siempre incansable, siempre inundada de esperanza y confianza.

Se me dirá que esto no basta para otorgar a doña Ernestina el título de santa. El signo más claro de la santidad es el don de milagros. ¿Qué milagros ha hecho doña Ernestina? Pues lo voy a decir.

Doña Ernestina ha levantado en Madrid el Asilo de Huérfanos del Sagrado Corazón, magnífico y espacioso edificio que representa un coste de seis u ocho millones. ¿Cómo lo ha hecho? Pues de una manera muy sencilla: reuniendo el dinero cuarto a cuarto.

La insigne mendicante pedía recursos para su obra. Si tal a cual individuo no le podía dar dinero, no por eso se acobardaba ella, y le pedía una docena de ladrillos, o una viga de madera, o un pedazo de hierro, o una llave. El secreto de estas gran-

des colectas está en no despreciar nada. Doña Ernestina empezó su gran obra sin un cuarto. En el solar había un poste con un cepillo, en el cual caía poco dinero. Pero ella iba de casa en casa solicitando auxilios. Todo lo aceptaba, el dinero y los servicios personales. Reputados arquitectos le trabajaron de balde; artífices diferentes que no podían contribuir con metálico le ofrecían sus manos por más o menos tiempo. La obra crecía lentamente; pero crecía.

Doña Ernestina, como he dicho antes, no despreciaba ningún socorro. Si se le ofrecía el producto de una función mundana o de un espectáculo cualquiera, lo aceptaba. Todo es bueno para un buen fin. Y estos distintos manantiales iban engrosando el gran caudal, y los recursos crecían como la espuma, y el milagro se realizaba. Al propio tiempo, doña Ernestina daba pruebas de poseer un gran talento financiero, pues llevaba ella sola la administración de las cuantiosas limosnas y atendía a todo sin apartar la vista del socorro diario de los necesitados. Aún estaba el Asilo a medio construir y doña Ernestina, sin desatender las necesidades de la fábrica, repartía socorros domiciliarios en gran cantidad, y organizaba las cocinas económicas para dar de comer a los obreros sin trabajo en los penosos días del invierno. Si esto no es milagro, que venga Dios y lo vea. Me dirán que por maravilloso

que esto sea cae dentro de la jurisdicción de las leyes físicas, y que el milagro consiste precisamente en hacer algo contrario a dichas leyes.

A esto se puede contestar que muchos milagros de que nos hablan las historias religiosas y las vidas de santos son tal vez sucesos como el que he relatado, sólo que llegan a nosotros desvirtuados por la fantasía popular. ¿Quién sabe si la multiplicación de los panes y los peces sería un simple problema aritmético como el que ha realizado doña Ernestina levantando con ochavos un gran edificio y dando de comer a millares de hambrientos con recursos obtenidos por incomprensibles combinaciones financieras ayudadas de una constancia verdaderamente heroica y de una previsión que excede a cuanto pueden idear los negociantes más activos?

Sea lo que quiera, este es un tema delicado, del cual debo huir, no sea que me excomulguen. Será forzoso admitir la doctrina de la Iglesia, reconociendo que nada de lo que ha hecho Ernestina es verdadero milagro. Si el milagro, tal y como nos lo ofrecen las vidas de los santos con envidiable prodigalidad ha desaparecido del mundo, será porque la naturaleza física se ha cansado de que se gasten con ella esta especie de bromas. Lo que los siglos medios y aún el xv y xvii ofrecían casi diariamente a la estupefacción de los incrédulos, el xix no lo admite. Las explicaciones que a esto dan los pocos

teólogos que en el mundo quedan, son más ingeniosas que convincentes. Sostienen que la época del milagro físico ha pasado, porque la humanidad pertenece ya al Evangelio. La época de las pruebas materiales ha pasado, según ellos. Verdad que el Evangelio domina en todos los países civilizados; pero inmensas familias de la humanidad permanecen aún en las tinieblas. ¿Por qué no se repiten para ellas las demostraciones materiales del poder de la fe? Del milagro moral tenemos, según los teólogos, muestras evidentes cada día; pero esto es tan elástico y arbitrario, que cada cual puede interpretarlo como mejor le convenga.

Dejemos a un lado estas cuestiones, respetándolas, y contentémonos ahora con declarar que doña Ernestina Villena era una gran mujer, con milagros o sin ellos. Su vida fué una vida heroica y maravillosa; su energía es moralmente superior a la de los grandes capitanes, y su don de constancia y organización la pone por encima de los políticos más hábiles. Con mucho menos de lo que ella hizo hay hombres vanos que se adjudican a sí mismos la inmortalidad, y aspiran a que se les tributen honores de apoteosis. El heroísmo oscuro de esta mujer ¡cuán superior es a la inquietud de muchos hombres que dan a las palabras el valor de las acciones, y que llegan a convencerse de que han hecho mucho por la sencilla razón de que han hablado mucho!

III

Murió doña Ernestina Villena a la edad de cincuenta años, de una angina maligna, que destruyó su preciosa vida en cortísimo tiempo. Los desvalidos han perdido una madre insustituible. Deja un gran ejemplo que imitar; pero difícilmente habrá quien lo imite. Personas de esta calidad y de este temple nacen rara vez en el mundo, y es muy difícil y espinosa la carrera de la virtud practicada de este modo. Los predicadores hablan de ella ante un auditorio femenino, compuesto a veces de mujeres pobres, a veces de damas alcorniadas que organizan bailes para socorrer miserias; a todas les parece muy bonito lo que el predicador dice; y aquí concluye la historia.

Figuras como esta que acaba de bajar al sepulcro no han salido del auditorio frívolo de los pulpitos, ni se han formado en los círculos de sacristía. Son hijas de una fe grande y de un corazón limpio, rarezas de estos tiempos, mas no fenómenos imposibles como algunos creen. La humanidad

es siempre la misma, y es imposible que llegue un momento en que sólo haya oscuridad en ella. Cuando mayor parece la cerrazón, aparecen estos clarísimos fanales que nos indican los puntos culminantes de la naturaleza moral. Doña Ernestina es la honra de su tiempo y de su raza.

Ayuntamiento de Madrid

COSAS DE PRÍNCIPES

Madrid; mayo 31 de 1886.

I

Es hoy objeto de todas las conversaciones la proyectada expulsión de los individuos de familias reales o imperiales, propuesta a la Cámara francesa por los radicales. El Conde de París y los demás Príncipes de la familia de Orleáns, los Príncipes Jerónimo y Víctor Bonaparte no podrán vivir en territorio francés, si la expulsión se realiza. Esto se considera como un síntoma fatal para la República, porque si se cree tan insegura por la pretensiones de los Príncipes, éstos le han de hacer más daño fuera que dentro de las fronteras francesas. Ya se sabe que las conspiraciones más temibles son las de emigrados. De las emigraciones han salido siempre las iniciativas más poderosas contra los estados, que se creían

seguros segregando de sí elementos de discordia. En España tenemos pruebas palpables de esto. Todos los trastornos que han alterado la paz de este país han venido de las emigraciones. Desde el momento en que la frontera se ha abierto a los proscriptos, las conspiraciones han perdido su fuerza. Parece que el ambiente del propio país en cuyo suelo se forjan, les es desfavorable. Don Carlos dispuso y organizó la formidable guerra civil de 1872 en el Extranjero. Viviendo en España no habría podido hacerlo.

¿Qué temen los republicanos franceses? ¿Un golpe de Estado como el de 1851? Pues esto, lo mismo pueden organizarlo los Príncipes dentro que fuera, y mejor aún desde las fronteras suiza, belga o alemana. Y si el golpe de Estado no tiene apoyo en la conveniencia pública, fracasará, seguramente, aunque lo trabajen todos los Príncipes de la tierra en el corazón de Francia, en París. Si el proyecto de expulsión significa miedo, mal síntoma para la República es la flaqueza, y de fijo tendrá más enemigos asustándose de ellos, que mostrándose serena y magnánima.

Si el derecho no es igual para todos los ciudadanos, la República será menos liberal que las monarquías de Inglaterra, Bélgica, Italia y España, y concluirá por ser un gobierno de partido. Los monárquicos franceses que algo valen en calidad y en número, se han de crecer por la ley histórica que

engrandece a los perseguidos; los Príncipes aparecerán rodeados del prestigio de víctimas, y si antes interesaban poco a las multitudes, la proscripción les ha de labrar una corona de simpatías que antes no tenían.

Los republicanos templados condenan la expulsión, como obra de jacobinismo. Si a esta medida suceden las demás que se anuncian inspiradas por la intransigencia, como la purificación del personal administrativo, la supresión del presupuesto de cultos, malos vientos corren para la República francesa, que ha dado en otras ocasiones ejemplos de sensatez y tolerancia.

Todas las situaciones se pierden por el exceso de celo y exclusivismo. La teoría de la República para los republicanos es contraria a toda idea de buen gobierno. Bien puede asegurarse que el propósito de expurgar la administración, alegando la necesidad de poner todos los destinos en manos de personas amantes de las instituciones vigentes, encubre el deseo egoísta de hacer huecos para colocar a paniaguados. Con este sistema la República convertirá en enemigos furiosos a muchos empleados probos, que, aunque monárquicos, le servían lealmente, y a cambio de esta pérdida, tendrá el apoyo de algunos estómagos agradecidos.

Si se realiza la supresión del presupuesto de Cultos, el Clero en masa se pondrá en frente de la Repú-

blica, y ya se comprende lo que esto puede significar aun en país tan civilizado y culto como Francia. Dígase lo que se quiera, el Clero es pacífico cuando no se meten con él; pero no hay enemigo peor cuando se decide a serlo. Allí no hay realmente clérigos dispuestos a coger un fusil, ni cabecillas con sota-na, pero el dominio sobre las conciencias es quizás más grande y eficaz que entre nosotros. Si a estos planes se une el de rematar la expulsión de los Príncipes con la confiscación de sus bienes, los enemigos de la República crecerán como la espuma. Téngase muy presente que hay en Francia muchos monárquicos tibios que apoyan lealmente la forma republicana, como hecho consumado y por evitar trastornos. Si la era de las proscripciones comienza, tras los secuestros de bienes de familias regias vendrán los de particulares y se creará al fin una atmósfera irrespirable para los republicanos.

Hay que confiar, no obstante, en que Francia es país muy aleccionado por la experiencia; abundan en él las personas instruídas y sensatas, y bien podría suceder que todas estas alharacas del jacobinismo fueran al fin sofocadas por la opinión recta y juiciosa de la gente templada.

II

Con esto de la expulsión ha coincidido la boda del heredero de Portugal con la hija del Conde de París, y quizás haya cierta relación entre una cosa y otra, porque los republicanos franceses han creído ver en las bodas de Lisboa una manifestación antirrepublicana y una exhibición de pretendientes. No creemos que por la mente del jefe de la casa de Braganza haya pasado la idea de molestar a Francia, ni de intervenir poco ni mucho en sus destinos. También es muy peregrino que los republicanos se entrometan en los casamientos de los Reyes y pongan el veto a ciertas alianzas. ¿Tanta libertad, tanta fraternidad y un Príncipe no puede elegir esposa según los impulsos de su corazón?

Las fiestas han sido espléndidas, pues la Corte de Portugal es fastuosísima y sabe hacer estas cosas con rumbo y aparato. Lisboa es ciudad de mucho lucimiento para fiestas públicas, por sus dimensiones y por la belleza que le da su anchuroso y magnífico río. Concurrieron a estas suntuosas bo-

das varios Príncipes extranjeros, el hermano del Rey de Italia, don Amadeo de Saboya, que fué Rey de España, y el Príncipe Jorge, hijo del heredero de la corona de Inglaterra. De los Príncipes de Orleáns, estaban todos o casi todos, porque faltaba el Duque de Montpensier, abuelo de la desposada. A la ida y a la vuelta han pasado por España los Condes de París, el Duque de Chartres, el Príncipe de Joinville, el Duque de Aumale y la Princesa Clementina. Don Amadeo y el Príncipe Jorge fueron a Lisboa en las escuadras de sus respectivos países, y en ellas han salido, el primero para Génova, y el segundo para Gibraltar.

III

Para llevar a Portugal a los Condes de París y a su hija, corrió por primera vez días ha, el tren de la nueva línea de Salamanca a la frontera portuguesa. La inauguración para el público no se ha verificado todavía; pero no tardará. Línea es ésta de gran importancia, y con ella son ya cuatro los enlaces de vía férrea que tenemos con el reino vecino y hermano. Salamanca, la histórica ciudad, que por falta de comunicaciones con el Oeste, estaba como arrinconada, hállase ahora a pocas horas de Porto. Es aquella provincia rica en ganados y en cereales; posee una ciudad industrial de mucha importancia: Béjar, las renombradas aguas de Ledesma, la fortaleza de Ciudad Rodrigo y otros elementos de vida. Su capital es una de las ciudades más monumentales de la península, quizás la que más tesoros artísticos contiene después de la de Toledo, Sevilla y Granada. Sus dos Catedrales, la vieja, bizantina, y la nueva, gótica del tercer período, ofrecen innumerables maravillas a la admiración del viajero. De sus

celebrados colegios quedan algunos; entre sus conventos hay dos de inimitable arquitectura; sus palacios dánle aspecto de ciudad italiana, y, por fin, su Universidad, de histórico renombre, se conserva materialmente en pie, aunque es una de las menos importantes de España, por el número de sus escolares.

Baña los muros de Salamanca el afamado Tormes, cuyo nombre no puede separarse del título de la más clásica de nuestras novelas picarescas, y no lejos del puente de cimientos romanos está el célebre prado del Zurguén, que fué una especie de arcadia y cuya belleza han cantado todos los poetas salmantinos, desde fray Luis de León hasta fray Diego González.

Aquel verdor apacible inspiró las inmortales endechas de la *Vida del campo*, hasta más poéticas por su aroma de sencillez y sentimiento, que las declamaciones de los Tilenos, Jovinos, Delios y Lisardos en el siglo pasado. Hablando con franqueza debe decirse que el Zurguén desilusiona bastante, cuando se le ve hoy, pues las flores, aun las silvestres, escasean en él, y ofrece en su desnudez más desamparo que poesía. Pero aquellos insignes soñadores veían las cosas reales de otra manera, proyectando sobre ellas los rayos luminosos de su espíritu o quizás el célebre prado ha venido a menos y no es hoy sombra de lo que fué.

Otro recuerdo insigne hay en los alrededores de Salamanca, y es el cerro o cerros de Arapiles, donde se dió la grande y descomunal batalla en que las tropas combinadas, españolas e inglesas, al mando del general Wellington, abatieron a las francesas, dando a la ocupación de la península el golpe de gracia, que después se remató en la batalla de Vitoria. Todavía el arado, al desgarrar el terreno en los cerros de Arapiles, descubre restos de aquella sangrienta y ferocísima batalla, y salen huesos, cráneos, botones, placas de morriones, balas y otros despojos de guerra.

Por sus monumentos incomparables, por sus recuerdos literarios y militares, esta ciudad, en la cual han nacido tantos hombres ilustres en todos los órdenes, es de las más interesantes de la península, y a todo el que ha pasado por España sin haberla visto, se le puede recomendar que pase otra vez con el exclusivo objeto de hacerle una visita.

LA GUERRA EUROPEA

Madrid, junio 25 de 1887.

I

Estamos sobre un volcán, mejor dicho, al calor de una volcán, porque la tan anunciada y temida guerra europea va a estallar al fin. Hace dos días que no se habla de otra cosa, y ahora parece que va de veras. ¿Será o no será? Francamente, aun puede dudarse, porque no es la primera vez que tras los augurios de conflagración inminente vienen las seguridades de paz. La misma grandeza y poder de los colosos que van a medir sus fuerzas es causa de que se miren mucho, antes de disparar el primer cañonazo.

Si la guerra estalla al fin, será la más formidable del siglo, y el número de hombres que han de pelear bastaría a poblar una nación. El teatro de esta

campana abrasará regiones inmensas, y como también habrá contienda marítima, no hay que decir que con los barcos que se han de cañonear en ella habría para hacer el comercio de todo el mundo.

Los resentimientos entre las grandes potencias van tomando un carácter de acritud muy alarmante. Unas tienen agravios que vengar, otras ambiciones que satisfacer. Rusia se encuentra con una situación interior insostenible; necesita distraer el nihilismo, ya que no le es posible sofocarlo. Inglaterra ve amenazado por los rusos su imperio asiático, y al propio tiempo teme la influencia moscovita en regiones próximas a Constantinopla. Austria-Hungría ve que la pérdida de su influencia en los estados Balkánicos sería su desprestigio en Europa. Italia quiere recobrar sus provincias de Niza y Saboya y al mismo tiempo recabar libre acción en Africa para apropiarse a Trípoli. Y por último Francia desea la revancha y por lograrla sería capaz de aliarse hasta con el moro Muza.

En medio de todas estas pasiones, apetitos y resentimientos campea la poderosa Alemania, y ella será quien decida con su actitud si hay guerra o no, y decidida la guerra, el resultado dependerá en gran parte de Alemania, pero terrible en cualquiera de las dos balanzas.

II

El hecho es que hace algún tiempo no cesan los preparativos en los arsenales y maestranzas de aquellas naciones: Prepáranse los inmensos trenes de artillería y los ingentes barcos acorazados. Desde este rincón de Europa en que vivimos los españoles, parece que se oyen los martillazos y la batahola de esos colosales aprestos. El dinero que es, como si dijéramos el pulso de las sociedades modernas, se afecta, se extremece, y hasta nosotros llega ese temblor de los capitales, esa oscilación y desconcierto de las rentas públicas que produce tantas ruinas. Dígase lo que se quiera, y aunque parezca natural que la diplomacia hace increíbles esfuerzos por mantener la paz, ello es que ahora *huele a guerra* y que mucho hemos de equivocarnos si ésta no estalla.

La estación no es propicia, ni aun para los rusos, que siempre han salido bien en todas aquellas campañas en que tuvieron por aliado al invierno. Los trenes y bagajes de los ejércitos modernos no se

pueden mover fácilmente sobre las extensas nieves del gran imperio. Cualquiera que sea el teatro de la guerra, no será en regiones templadas; de modo que la ruptura se diferirá hasta la primavera. Resta solo que en los meses que faltan se complique el problema, y de puro complicado e insoluble no pueda resolverse mas que por la paz, a causa de la desmedida gravedad de una guerra tan colosal que parecería salirse de los medios humanos. Porque si las cosas llegan al punto de que Europa se pueda convertir en un infierno, es muy posible que no haya nada. Por mucha fuerza que tengan las ambiciones mayor la tiene el instinto de conservación.

Entre tanto, corren los rumores más graves acerca del estado de ánimo de Alejandro III, Emperador de todas las Rusías. No hace mucho se dijo; y las agencias telegráficas lo transmitieron a todo el mundo, que el Zar había matado de un tiro a uno de los personajes de su servidumbre. Es verdad que lo desmintieron; pero no de una manera tan categórica que se desvaneciese toda duda. Ahora se dice que su majestad imperial ha disparado su revólver sobre otra persona de su intimidad dejándola muerta en el acto.

Bromas pesadas gasta el autócrata, y como siga así no habrá quien pare a su lado.

Alejandro se halla en un estado de excitación nerviosa que raya en demencia. Por todas partes ve

enemigos y asesinos. Si cualquiera de los que le rodean hace un movimiento que al monarca le parezca sospechoso; si éste cree advertir en la fisonomía de alguno de sus cortesanos una expresión mediatunda o algún vislumbre que se le antoje signo de traición, se quita de cuentos y le deja seco sin más explicaciones.

¿Será esto verdad? Lo único que da cierta verosimilitud a esta clase de especies es la insistencia con que circulan por la prensa europea, aunque bien podría ser que esto fuera una propaganda de descrédito, emprendida por los nihilistas, cansados de emplear la pólvora.

El último chisme de los enemigos del Zar es que hace pocos días tuvo una escena violenta con la Emperatriz, maltratándola cruelísimamente.

Dicen que ha llegado a temer que los individuos de su propia familia atenten contra su vida, y que este sospechar angustioso le tiene constantemente con el alma en un hilo, extraordinariamente irritado y con síntomas de locura.

Sea de esto lo que quiera, está fuera de duda que Rusia es hoy un país esencialmente trágico. Aparte de la cultura superior de las clases elevadas, hállese, como organismo social, en situación semejante a la de las naciones occidentales en los últimos años de la Edad Media.

Sin quererle, el pensamiento enlaza la existencia

actual de Rusia con las turbulentas épocas de Ricardo III en Inglaterra, de Luis IX en Francia y de don Pedro el Cruel en nuestra Castilla.

III

La sociedad rusa está en ebullición, y no podemos prever lo que de esta efervescencia saldrá. Para que todo sea extraño en aquel país, las clases superiores han llegado a poseer todos los refinamientos de la civilización, mientras las inmensas multitudes que pueblan el vastísimo imperio vegetan en la ignorancia y la superstición. Como organismo político la Rusia conserva los caracteres de imperio asiático y *tamerlánico*. ¿Cómo pueden las clases inteligentes avenirse a vivir de este modo? El Gobierno allí no es más que una gran Policía. Allí ya no se gobierna, se vigila. El ciudadano no tiene derechos, y ante la ley que ordena obediencia ciega, son absolutamente iguales el hombre instruído y el más tosco y rudo de los siervos. ¡Igualdad terrible!

¿Cómo es posible que duerma en paz una sola noche el jefe supremo de esta nación?

El suelo se ha de agitar necesariamente bajo sus

pies y bajo su cama. ¡Terrible compromiso el suyo, puesto en el trance de tener que dar la libertad o negarla! Pocos hombres hay hoy sobre la tierra tan desgraciados como Alejandro III.

Rusia, aunque parezca extraño, tiene una literatura floreciente. La novela ha tomado en aquel país un vuelo tal, que sólo en Francia se le encontraría semejante. Pero ya no resplandece en las novelas rusas aquella serenidad clásica, que caracteriza las obras admirables de Tourgueneff y del Conde León Tolstoi. En las obras notabilísimas y conmovedoras de Dostoiewsky hay un fondo de tristeza y desesperación, un vigor trágico que concuerda admirablemente con el actual estado de todas y cada una de las Rusias. Parece una literatura nerviosa y algo tentada de alcoholismo, expresión fiel de una sociedad que, a semejanza de ciertos individuos, se emborracha para olvidar y conllevar sus sufrimientos.

Todo anuncia en Rusia la proximidad de grandes tragedias. Sociedad eminentemente dramática, está con la mano temblorosa en el puño de la espada. La guerra que se anuncia no obedece en realidad sino al prurito de distraer al enfermo y apartar de su mente las ideas siniestras que le abruman.

Supongamos que Rusia es vencida en la próxima guerra. Si entonces estalla, como parece probable, con la desorganización y pérdida de su grande ejército, la revolución que caldea sus entrañas no hay

cálculo humano que pueda anticiparnos los horrores y espantos que esa revolución traerá consigo. Si se juzga de esto por los materiales acumulados, el incendio será superior a cuantos de igual clase nos ofrece la historia.

ARTE FILIPINO

Madrid, julio 29 de 1887.

I

Lo más curioso de la exposición de Filipinas que hoy me toca comentar, es el personal, esos modelos humanos de las nobles razas igorotes y joloanas, sometidas a la bandera de Castilla. Con los indígenas han venido también culebras y alimañas de todas especies y admirables tipos del reino vegetal. De la riqueza presentada en sustancias alimenticias y textiles, en maderas riquísimas y en minerales, no puede darse idea en poco espacio. Pero lo que principalmente atrae al público es la ranchería igorrote, una pequeña aldea construída por los indígenas en la arquitectura primitiva con tal propiedad, que cuantos han estado en Filipinas reconocen que se ha trasladado al Retiro un pedacito de la Isla de

Luzón. Allí aparecen las casas de los ciudadanos igorretes, la del *gobernadorcillo*, con el departamento en que administra justicia. Los indígenas están con los trajes excesivamente ligeros que en aquellas tierras tropicales se usan; hombres y mujeres se dedican a sus faenas ordinarias de agricultura, hablan su dialecto, y para completar la ilusión, celebran sus fiestas extrañas, causando la admiración del público con sus originalísimas danzas salvajes, y el sacrificio de víctimas (generalmente un cerdo), resto de los ritos mongólicos que solo se conservan ya en las partes incivilizadas del archipiélago.

La propiedad del lugar, de los habitantes, de las fiestas y ceremonias se completa con la temperatura de 36 ó 40 grados, que en este mes de julio hace a la capital de España rival de los apartados dominios americanos y oceánicos. La exposición de Filipinas perdería parte de su encanto si la estación fuese menos ardiente de lo que es, y no nos achicharráramos contemplando la espléndida flora, la fauna interesante y la vigorosa humanidad de aquellos países que por tantos títulos nos pertenecen.

La inauguración tuvo lugar en un día ardoroso, con inmensa concurrencia de gente oficial y de personas invitadas. Hermoso espectáculo ofrecían los indígenas con sus pintorescos trajes, algunos en paños menores, tan menores, que eran seguramente los mismos que usaban cuando Magallanes arri-

bó a aquellas playas. Algunos igorrotos ostentaban prendas del vestido europeo, pero tan ingenuamente combinadas con la indumentaria del país, que no se podía saber dónde acababa el salvaje y empezaba el hombre civilizado. Los joloanos eran los que vestían más al fresco, y sus fornidas espaldas y pecho enteramente desnudos mostraban el atlético vigor de la raza.

II

Lo mejor del espectáculo consistía en ver la impresión que hacía en el ánimo de aquellos infelices la persona de la Reina Regente, a quien no habían visto aún. Desde que se embarcaron en Manila soñaban con la ilustre persona que representa toda autoridad, figurándosela con los atributos que las razas incivilizadas dan a los soberanos, rodeada de esplendores casi sobrenaturales. La Reina es para ellos, tan dóciles, tan sumisos a la autoridad, un ser superior, que ni en la apariencia debe ser como los demás. Ver a la Reina y rendirle pleito homenaje es para ellos el mayor de los honores, algo de inmerecido y de extraordinariamente solemne y hermoso que les compensa las fatigas del viaje, y ha de quedar grabado en su memoria mientras les dure la vida.

Formados en dos alas, los súbditos filipinos aguardaban la llegada de S. M., y cuando vieron aparecer la Corte, el lucidísimo acompañamiento de gentileshombres y damas; cuando vieron los varia-

dos uniformes del cuerpo diplomático, con tal profusión de oro, tantas cruces de riquísimas piedras y tanto plumacho y colorines, creyeron, sin duda, que detrás vendría la Reina en palanquín, como traen a Selika en *La Africana*, vestida como un ídolo y cubierta de los pies a la cabeza de piedras preciosas.

Así, cuando vieron aparecer aquella señora, vestida de luto, sin más atavíos que su exquisita elegancia; cuando vieron que no iba en palanquín ni en carro de nácar, sino que andaba por sus pies, no llevando corona, ni brazaletes, ni plumas, descolgando por su extremada sencillez en el grupo espléndido de la Corte, se quedaron pasmados y fríos, como quien se ve chasqueado en su ilusión y no daban crédito a sus ojos. Por un momento, el rostro de aquellos inocentes amigos de España expresaba el desencanto, y si en aquel momento se atrevieran a hablar, alguno habría dicho: «Nos han engañado.» Pero pronto se rehicieron, sometiéndose a la realidad. El estruendo de la música tocando la Marcha Real, y el acatamiento que a la persona de la Reina se prestaba, les hicieron comprender que en Europa puede el Poder supremo estar representado por la gracia, la belleza y la debilidad, sin que nadie eche de menos la fuerza y robustez de los caciques salvajes. Cuando doña María Cristina se dirigió a ellos y les habló, los filipinos se pusieron de rodillas, y de

rodillas se hubieran estado todo el día si no se les mandara levantar.

Dos grandes riquezas poseen las islas Filipinas: el tabaco y el abacá. De ambos vegetales ofrece la Exposición abundantes y variadas muestras. La elaboración del primero se hace a la vista del público por obreros indígenas traídos con este objeto. El tabaco filipino es flojo, un poco insípido, y los fumadores lo encontramos muy inferior al cubano; pero la baratura le asegura un consumo inmenso en todo el mundo. El Estado lo adquiere en España para sus fábricas en cantidad considerable, y cuando se decretó el libre cultivo en el archipiélago, se formó una poderosa Sociedad para explotar esta industria. La producción es inmensa. En cuanto al abacá, pocas materias textiles se conocen de tanta importancia industrial. Inglaterra lo emplea en gran cantidad en la elaboración de alfombras, y sólo este artículo da margen a un importante comercio. Por desgracia para nosotros, los transportes del abacá han estado casi exclusivamente monopolizados por la bandera inglesa, que se ha hecho dueña de todo el comercio en los mares de la China. La baratura de los fletes es tal, que no hay competencia posible con ella. Hasta hace muy poco tiempo, la tonelada de carga puesta en Liverpool costaba mucho menos que puesta en Barcelona, y ha sido preciso que el Gobierno auxiliara a las Empresas navieras con fuer-

tes subvenciones para que nuestras tarifas resistieran la competencia de las extranjeras. Aun así, los vapores correos no podrían realizar sus viajes si no arrancaran de los puertos ingleses, volviendo a ellos con la parte principal del cargamento. El azúcar es otra de las riquezas de Filipinas; pero el tráfico de este artículo no ha podido eximirse de la crisis por que está pasando la producción azucarera de los países coloniales a causa de las potentes industrias establecidas en Europa, ya para la elaboración, ya para el refinado de las materias sacarinas. En Filipinas, como en Cuba y Puerto Rico, los rendimientos del azúcar son escasos y los precios cada día más bajos. Filipinas lucha además con la distancia, que encarece los fletes, y con lo rudimentario de sus procedimientos industriales. En aquel país no se han introducido aún los perfeccionamientos de la maquinaria moderna, y, además, los transportes interiores dejan mucho que desear. Mientras aquel país no abandone las rutinas en que vive, es imposible que se desarrolle la gran riqueza que su suelo atesora. De tales rutinas tienen gran parte la culpa nuestra administración, bastante complicada y suspicaz, y el sistema de colonización seguido con aquel archipiélago, cuyos progresos son tan inferiores al de las vecinas colonias holandesas e inglesas.

Hoy la concurrencia industrial es de tal naturaleza, que la nación que no hace grandes esfuerzos por

seguir la corriente, se queda atrás, a una distancia que crece de día en día. Alemania, protegiendo hábilmente sus industrias por medio de primas, se apodera de toda aquella parte del comercio universal que no está en manos de los ingleses. Muy pronto, si esto sigue así, todo el tráfico de América, Africa y Oceanía se repartirá entre los dos colosales sajones, y los demás países se contentarán con las sobras, si es que las dejan.

En estos días, precisamente, se agita en España una cuestión que puede producir un disgusto serio, si Dios no lo remedia. Sabido es que Alemania, con su inmensa producción de aguardientes industriales obtenidos de la patata, del maíz y otros vegetales, ha perjudicado de un modo considerable la producción alcohólica de todos los países, y singularmente del nuestro. En España entran anualmente cantidades enormes de alcohol alemán, que se emplean en la preparación de vinos y licores, con grave daño de la salud pública, pues el alcohol amílico, si no es venenoso, poco le falta para serlo. Y al daño que causa la enorme importación de aguardiente alemán hay que añadir el descrédito de nuestros vinos que con aquella sustancia se encabezan.

La baratura enorme, casi increíble, de los aguardientes alemanes es un fenómeno industrial que casi nadie acierta a comprender. Consiste aquella

baratura en una combinación habilísima de trabajo realizado entre el agricultor y el fabricante, combinación mediante la cual las primeras manipulaciones para obtener el zumo alcohólico las hace el labrador, quedándose con el residuo, que le sirve para alimentar su ganado. Repartidas de este modo las operaciones, y dueño el agricultor del residuo, puede el industrial adquirir el caldo de la patata a a precio ínfimo y obtener los aguardientes a precios que resultan inverosímiles.

A estas ventajas se une la no menos grande de las primas que el Gobierno alemán da a la exportación. Y ahora, en vista de la cruzada que en España se ha levantado contra los alcoholes alemanes, las primas se aumentan y la invasión sigue. El sistema empleado aquí últimamente para contener dicha invasión, consiste en denunciar y decomisar todos los licores preparados con alcohol amílico. Los laboratorios municipales no cesan de analizar los innumerables brevajes que se expenden por ahí, y como casi siempre se encuentra en ellos alguna sustancia que la higiene reputa nociva, resulta una perturbación grave, que puede tener consecuencias lamentables. Alemania en tanto se queja de que se viola el tratado y de que se hace a sus productos una guerra de mala fe. De aquí que puede resultar la segunda edición de lo de las Carolinas, si el Gobierno no procede con pulso y habilidad. Porque

muy bien podría suceder que el furor sanitario cometiera excesos en las localidades pequeñas, y aun en las grandes, y que los camorristas tomaran por pretexto el alcohol amílico para hacer de las suyas.

FUERA DE ESPAÑA

Madrid, noviembre 14 de 1887.

I

Actualmente, la opinión se preocupa más de lo que pasa fuera de España que de nuestros propios asuntos. La enfermedad del Príncipe imperial de Alemania, que se ha agravado tristemente en los últimos días, haciendo temer un desenlace funesto y próximo, es objeto de mil comentarios; porque se cree segura la guerra en caso de que, faltando el actual Emperador y Príncipe imperial, recaiga la corona en el Príncipe Guillermo, bastante joven para desear ceñirse los laureles de Marte. También es objeto de comentarios muy pesimistas la situación de Francia, donde los partidos han llegado a un grado increíble de apasionamiento y furor de combate. El vergonzoso asunto Caffarell y la saña con

que los unos han querido complicar en él al general Boulanger, y los otros a Wilson, yerno del Presidente de la República, es el peligroso terreno en que se están dando la batalla los odios antiguos de Francia y las disensiones que la desgarran. Allí hay quien lleva su furor hasta el punto de comprometer la suerte de la República por perder a Wilson, y los antiboulangeristas no vacilan en unirse con los monárquicos para arrojar un poco de cieno sobre el ídolo de los patriotas. Los últimos despachos revelan espantosa confusión en aquella Sociedad, y ese estado de calentura en que los prudentes llegan a perder la cabeza. Las sesiones del juicio oral en los tribunales han venido a arrojar combustible a la hoguera por las declaraciones que comprometen al célebre yerno, y por las cartas exhibidas, de cuya autenticidad principia a dudarse. La prensa de París revela la exaltación de las pasiones, y hasta se habla de la dimisión del presidente Mr. Grévy. Si esto se verifica, Francia entraría quizás en un período de violencia y confusión que comprometería acaso gravemente su porvenir.

Últimamente se ha dicho que el presidente no dimitiría sino en el caso de que resultara comprobada la complicidad de su yerno en la escandalosa cotización de las cruces. Y siguen apareciendo en el proceso, a medida que se desarrolla ante el público, nuevas piezas que aumentan la confusión, y conti-

núa la implacable campaña contra Wilson, personaje que empieza a inspirar lástima en el mundo todo. La opinión general es que Wilson ha podido emplear medios poco delicados para extender su influencia personal; que ha podido abusar algo de su posición en el Elíseo, pero que no es culpable hasta el punto que se le atribuye, ni tiene parte alguna en los ignominiosos tratos de la Limouzin, la Ratazzi y compañeros de aventuras. Conviene, no obstante, reservar la opinión definitiva hasta que el proceso ponga en claro todo lo sucedido, si es que llega a ponerlo.

II

Es realmente incomprensible que la sociedad francesa dé tanta importancia a las condecoraciones, que en todos los países más bien son emblema de la vanidad que del mérito. Por más que se diga, el tráfico de cruces no debe ser nuevo en Francia, y es casi seguro que en los tiempos del Imperio las agencias montadas a estilo de Madame Limouzin funcionaban como ahora. Parece increíble que se dé tanta importancia en un país como Francia a la colocación de un cintajo en el ojal de la levita. Allí, como en todas partes, ha de haber muchísima nulidad condecorada. Y, sin embargo, los grandes industriales, los agricultores eminentes y aun los escritores de nota, se pirran por poseer la famosa cinta, hasta el punto de dar dinero por ella. Es creíble que el reciente escándalo les cure de esta ridícula manía.

En España la vanidad da también importancia a

la posesión de tales o cuales cruces; pero es casi seguro que ningún español daría un céntimo por ser agraciado con una encomienda de Carlos III o de Isabel la Católica. Esto consistirá tal vez en que se han prodigado con exceso, dándolas en montón a los diputados para que las distribuyan entre sus amigos y adeptos: pero en Francia debe de pasar lo mismo, porque rara vez se encuentra un francés que no lleve en el ojal el consabido botoncito rojo.

Aquí ha caído muy en desuso el engalanarse con cruces o con las cintas que las representan, y fuera de la vida diplomática donde tal adorno es indispensable, la mayor parte de los hombres públicos de algún valer presentan su pecho completamente desnudo de toda especie de quincalla más o menos valiosa. Los pocos personajes que poseen el Toisón de Oro suelen usarlo en ciertos actos; pero nada más. Don Nicolás María Rivero, que jamás aceptó ninguna cruz y tenía las extranjeras (que son irrenunciables) olvidadas en el último cajón de su cómoda, decía que a todo español, en el momento de nacer, se le deberían adjudicar todas las cruces grandes y chicas del orden civil, y luego írselas quitando a medida que en el desarrollo de la vida fuese adquiriendo méritos. De este modo al llegar a los puestos más eminentes y al adquirir toda la gloria posible, se le despojaría de la última insignia, y la historia diría

de él: «Para que se comprenda lo que valía *Fulano*, baste decir *que no le quedaba ya ninguna cruz.*»

Con esta burlesca paradoja expresaba aquel hombre tan ingenioso su escepticismo en materia de honores condecorativos.

POLITICA FRANCESA

Madrid, noviembre 28 de 1887.

I

Me equivoqué al expresar la idea de que la situación creada en Francia por el asunto de las condecoraciones no afectaría a la política de aquel país, deteniéndose en la persona de Wilson, destinado a ser tema, pretexto y víctima del escándalo. En ésta, como en muchas cuestiones, la rectificación es necesaria, porque los sucesos han venido a aumentar la gravedad del caso, dándole un alcance que no esperaban los más pesimistas.

En primer lugar, Wilson aparece mucho más comprometido de lo que se creyó al principio en el oscuro negocio de las condecoraciones. La información parlamentaria, aunque irregular y antipolítica, puso de manifiesto que el yerno del presidente no

es, por lo menos, un modelo de delicadeza. El tal personaje ha sido siempre muy impopular en Francia; ahora ha venido a ser sumamente odioso, y responsable de la comprometida situación en que se encuentra la República.

Cómo el asunto de las inmoralidades atribuidas a Wilson ha venido a convertirse en cuestión política, formándose una avalancha que ha destruido no sólo al Ministerio Rouvier, sino la presidencia de la República, claramente se ha visto en el desarrollo del drama parlamentario de esta última quincena. No es preciso reseñar lo que allí ha pasado, porque todo el mundo lo sabe. Bien puede asegurarse que con muchos dramas de esta clase, la República en Francia no tendrá días muy venturosos.

Las ambiciones se han desatado allí, y el Poder ejecutivo, cuya estabilidad era muy dudosa, va a estar ahora a merced de cualquier intriga parlamentaria.

La cuestión de moralidad ha sido un medio y nada más, digan lo que quieran.

Lo peor del caso es que los republicanos radicales han sido, con más candidez que malicia, instrumento de las derechas monárquicas, el verdadero traidor en la intriga dramática. El éxito de esta campaña y la triste gloria de ella pertenece a los monárquicos, que no pudiendo destruir la República,

se complacen en desacreditarla, con la esperanza de que el imperio probable de la anarquía les prepare el terreno para cambiar algún día la forma de Gobierno.

II

Todos los republicanos, así los radicales como los templados, han desempeñado un papel poco airoso en estas circunstancias. Los monárquicos han hecho de ellos lo que han querido. Contaban con la ambición de los jefes de grupo, aspirantes a la presidencia, y los jefes de grupo han respondido a la ingeniosa maniobra con una puntualidad digna de mejores fines.

Desatadas las pasiones en la Cámara, izquierda y derecha, asestaron los tiros contra monsieur Grevy, el cual, teniendo plena conciencia de sus deberes y de su dignidad no se manifestó dispuesto a dar gusto a los que a todo trance le pedían que se marchara. Esperaba sin duda el anciano y honorable presidente que los jefes de los grupos en ambas Cámaras le apoyarían; pero los Ferry, los Freycinet, los Brisson aparecieron también tocados del delirio de destrucción. Parece que todos se contagiaron de la insensata manía de hacer tabla rasa de las instituciones.

Grevy se ha defendido con heroísmo de la presión de los que fueron sus amigos, previniendo sin duda los grandes males que han de venir sobre Francia si se ponen en moda estos pronunciamientos parlamentarios para cambiar al jefe del Estado siempre que se le antoje a una fracción más o menos influyente. Las entrevistas del Presidente con los notables de la República han sido muy interesantes como estudio del corazón humano. Desde Clemenceau, jefe de los radicales, hasta Ribot, el más templado de los republicanos, lo que quieren es que se vaya y les deje vacante su puesto para disputárselo después.

Podía monsieur Grevy obstinarse, escudado en la Constitución y sostenerse en su puesto contra viento y marea; pero los notables le han atacado por el vacío, negándole su concurso para la formación de Ministerio. Por último, el Presidente anuncia que dimitirá, y prepara un mensaje a las Cámaras con el cual declarará que no abandona su puesto voluntariamente, sino obligado a ello por una presión anticonstitucional.

Los ánimos están excitadísimos en Francia, y los parisienses, impresionables y amantes de la novedad, tienen ahora abundante materia para animar el boulevard y los clubs durante todas las horas del día. Ya se están haciendo los preparativos para la reunión en Versalles de las dos Cámaras que han

de elegir presidente, y han empezado las cábalas para este acto solemne, indicándose como candidatos a seis o siete individuos entre los cuales hay dos o tres que reúnen más probabilidades. Quizás la lucha quede reducida a dos términos nada más, Ferry y Freycinet, aunque también se habla de Boulanger. De cualquier modo que se resuelva el problema, no hay duda de que se inaugura en Francia un período sumamente peligroso para las instituciones republicanas. Sin la estabilidad del jefe del Poder Ejecutivo, la República va paso a paso a los excesos y al desgobierno de la Convención. El establecimiento del *Septenado* en 1875, pareció dar al presidente mayor independencia política que la que tenía por la ley de agosto del 71; pero siempre es un delegado de las Cámaras que le eligen, y aunque no es responsable sino por delito de alta traición, sus facultades resultan prácticamente muy limitadas por la preponderancia de las Cámaras.

III

Hay que añadir a esto que el Senado no responde a la significación que la Cámara Alta debe tener en el régimen parlamentario, y que el presidente no puede disolver el Congreso sin consentimiento del Senado. Todo está al arbitrio de las fracciones parlamentarias del Cuerpo Legislativo, que ya han devorado tres presidentes y los devorarán en lo sucesivo más al por menor. No existiendo un poder moderador, permanente y apartado en absoluto de las contiendas de los partidos, el régimen parlamentario es imposible, y por lo que respecta a la forma republicana, la estabilidad del Jefe del Estado no puede obtenerse sino por la elección directa popular, y por una ley que le haga irresponsable durante un cierto número de años, salvo en los casos marcados por la Constitución.

En Francia están muy acalorados los ánimos para que se haga justicia a monsieur Grevy, cuya integridad es proverbial, y que pudiendo ofrecer a la historia una vida intachable, no es natural que en

los últimos días de su vida se haya manchado con ninguna clase de complicidad en las corruptelas de Wilson. El respetable anciano injustamente agobiado de acusaciones, despierta vivas simpatías en todas partes, como víctima de las pasiones políticas. En esto los que van ganando son los monárquicos, verdaderos manipuladores de la intriga parlamentaria, que les ha salido a medida de sus deseos. En sus manos están hoy por hoy la suerte y el prestigio de la República, y como sigan contando con la colaboración de Clemenceau, el orador de las masas y el corifeo de las exageraciones, van a ser durante algún tiempo dueños de la situación. La historia se repite con increíble amaneramiento. En todas las épocas en que los vínculos de la autoridad no están bastante apretados, los intransigentes y bullangueros hacen el caldo gordo, como se suele decir, a los retrógrados. Francia, en este caso, con su experiencia de tantos años parece tan inexperta como los pueblos en que se inicia la práctica de la libertad y al cabo de los años mil, cuando parecía que ese país no tenía nada que aprender, nos sale con larutina de confabularse sus extremas para atropellar el buen sentido e imponerse a las tendencias sensatas, lo que prueba que los pueblos tardan más de lo que parece en salir de la adolescencia, pues cuando se les creía maduros hacen tales tonterías que no merecen sino azotes.

DON ALVARO DE BAZÁN

Madrid, febrero 9 de 1888.

I

El centenario de don Alvaro de Bazán, Marqués de Santa Cruz, que se pensaba celebrar en Madrid con espléndidas fiestas, tiene sin duda más resonancia e interés que el del Marqués de Santa Cruz de Marcenado, por la universal fama del héroe y su mérito eminente. Nadie preguntará quien es don Alvaro de Bazán, aquel guerrero insigne, estratégico de la mar, hombre por tantos títulos ilustre, a quien Cervantes llamó «Rayo de la guerra, padre de los soldados, venturoso y jamás vencido capitán». Es el Marqués de Santa Cruz una de las primeras figuras de un siglo fecundo en grandes hombres, el primer marino de la nación, cuyas armas dominaban el mundo por tierra y por mar, espejo de la

nobleza, cuya vida fué una continuada y gloriosa serie de trabajos al servicio del Rey y de la Patria.

La biografía de este hombre insigne no cabe en pequeño espacio, pues se compone de hechos de armas de tal magnitud que uno solo de ellos bastaría hoy a crear una reputación. Don Alvaro de Bazán, nacido en la más alta nobleza andaluza, no conoció nunca la molicie, ni su existencia heroica se parece nada a la de los aristócratas de nuestros días. Navegó desde su tierna edad hasta el fin de sus días, siempre incansable, y en su escuela se formaron multitud de capitanes ilustres.

II

Nació don Alvaro en Granada el 12 de diciembre de 1526, y era el tercero de una dinastía gloriosa de Bazanes.

Su padre, que se llamaba también don Alvaro, fué capitán general de la Armada en tiempo de Carlos V, y su abuelo también se señaló como guerrero. A los nueve años de edad, el que había de ser capitán insigne, corría por la cubierta de la galera de su padre. Sus juegos infantiles fueron el aprendizaje de marinero. ¡Qué diferencia entre esta manera de educarse y la que caracteriza a la encanijada y raquítica juventud de nuestros días! Así se formaban aquellos hombres de hierro, incansables, enemigos de la ociosidad, y que no podían vivir sino en el estruendo de los combates.

A los diez y seis años, en esa edad en que los jóvenes más precoces de nuestros días apenas son bachilleres y viven apartados de todo peligro por la cariñosa tutela de sus mamás, el joven don Alvaro tenía ya mando en la Armada de su padre, y poco

después se batía como el primero en un combate empuñadísimo, que se trabó en la costa cantábrica entre las naves francesas y las españolas. El viejo don Alvaro mandaba nuestra escuadra que venció y apresó a la francesa, después de una lucha sangrienta en que los españoles perdieron trescientos hombres y el enemigo tres mil.

El 1554 mandaba ya don Alvaro, el joven, una división de nuestra Armada, que operaba en la persecución de piratas, para proteger el comercio de las Indias y vigilar las costas Berberinas. Aquí empieza una serie de proezas épicas, entre las cuales deben citarse la conquista del Peñón de la Gomera, el ataque de Ceuta, el socorro de Malta. Por estos servicios recibió el título de Marqués de Santa Cruz en 1569.

Dos años después ocurrió *la más alta ocasión que vieron los pasados siglos ni esperan ver los venideros*, la liga contra el turco y la batalla de Lepanto, que arrancó a la Media Luna el dominio del Mediterráneo. Mandaba la escuadra aliada don Juan de Austria; mas don Alvaro de Bazán fué quien organizó aquel glorioso combate y quien lo decidió con su pericia y arrojo, pues al frente de la cuarta división acudió primero al socorro del ala izquierda, donde los venecianos se vieron gravemente comprometidos, voló después al centro para meter doscientos hombres en la capitana española que se batía des-

igualmente con la turca, salvó luego a la capitana de Malta, y reforzó todos los puntos débiles. Dominando con su genio incomparable todos los incidentes de la acción, se presentaba con presteza suma en los sitios en que los mahometanos llevaban ventaja, y esta rapidez de los movimientos, su pronto y pujante auxilio, donde quiera que se necesitaba, decidieron el éxito de aquella jornada en que se jugaba el destino de Europa.

Al año siguiente un combate menos célebre que el de Lepanto, pero no menos glorioso, aumentaba la fama del primer marqués de Santa Cruz. Cerca de Navarino apresó la galera de Mahomet Bey, nieto del célebre Barbarroja, y en 1573 tomó la Goleta y se apoderó de Túnez. Una serie de combates y encuentros de menos importancia siguieron a aquella memorable campaña contra los turcos, hasta que la conquista de Portugal llevó a don Alvaro a los mares de Lisboa para cooperar a la campaña terrestre del Duque de Alba.

Esta guerra marítima fué breve. Bazán tomó a Setubal y forzó la entrada de Lisboa. Pero como esto no bastara a asegurar el dominio español en los mares occidentales, Bazán tuvo que hacerse a la vela hacia las islas Terceras, en persecución de la escuadra francesa que favorecía a los partidarios de la independencia portuguesa. Hallóse Santa Cruz en esta ocasión en situación muy desventajosa, pues

sólo tenía veinticinco naves, y el francés cuarenta, de mejores condiciones que las nuestras. No se arredró por tal contrariedad, y estuvo maniobrando cuatro días, buscando posición ventajosa, hasta que pudo lograrla de barlovento y atacó sin tener en cuenta la superioridad del enemigo.

El combate fué tremendo y duró cinco horas, con horrorosa matanza. Dos marinos españoles de los más célebres, además del general, tomaron parte en ella: Oquendo y Villaviciosa. Éste murió en el ataque de la capitana francesa. El pretendiente portugués, don Antonio Prior de Ocrato, escapó en un buque ligero; murieron el portugués Vimioso y el francés Beaumont; fué hecho prisionero Strozzi, y murió al ser presentado a don Álvaro. Los prisioneros fueron muchos; la escuadra enemiga quedó desbaratada. Al dar cuenta el Marqués de Santa Cruz a Felipe II de aquella gran victoria, le decía con cierta displicencia que para otra vez dispusiese sus armadas con más y mejores navíos, pues se había visto muy comprometido con la superioridad manifiesta del enemigo, por el número de combatientes y por la calidad de las naves.

A consecuencia de esta indicación, Felipe le preparó una magnífica escuadra de noventa y ocho bajeles y diez mil hombres. Con tales elementos fué el héroe a la conquista de las Islas Terceras, la que verificó no sin esfuerzo, apoderándose de todos los

puntos fortificados y dominando al fin aquel archipiélago, posición ventajosísima para las operaciones navales del Mar Océano.

Volvió Santa Cruz a Cádiz victorioso, en septiembre del 83, siendo aclamado con entusiasmo, y el Rey, en premio de tan señalados servicios, le dió la grandeza de España, le confirió la primera dignidad en la Marina y acrecentó sus estados y riquezas.

III

Este hombre insigne, de elevada alcurnia, sabía ser señor y grande en todas las ocasiones de la vida. La galera capitana española estaba adornada exteriormente con gran riqueza de esculturas y dorados. En tiempo de paz, que debía de ser, como se ha visto, muy breve, ostentaba el Marqués en las cámaras de la galera todo el lujo y esplendidez que podrían reinar en el más hermoso palacio de tierra firme. En su flotante alcázar obsequiaba Santa Cruz con soberbios banquetes a los amigos que le visitaban. Poseía riquísimas vajillas de plata, muchos criados y hasta músicos y cantores, que en las cortas temporadas de paz hacían olvidar el rugido de las tempestades y el estruendo de la artillería.

Después de la victoria de las Terceras, Santa Cruz escribió al Rey proponiéndole una guerra marítima contra Inglaterra. Aquel debió de ser el sueño del insigne guerrero, y no vacilaba en expresarlo como la cosa más natural del mundo.

«Y crea V. M.—decía—que tengo ánimo para ha-

cerle Rey de aquel reino y aun de otros, y de allí se podrán tener más ciertas esperanzas de allanar lo de Flandes.» ¡Conquistar a Inglaterra! Hoy nos parece esto un absurdo, un delirio no menos risible que el de Don Quijote al proponerse conquistar el imperio del Micomicón. Pero en aquella época, y con hombres de tal temple, la empresa, aunque temeraria, no tiene nada de inverosímil. La prueba de que no lo era es que Felipe ordenó a su general que hiciese el plan de la expedición, y Santa Cruz escribió unas memorias, que no han visto la luz todavía, en las cuales señala los recursos y fuerzas de Inglaterra y Francia, las condiciones de las costas en aquellos países, el material que se necesitaba para la expedición, y un sinnúmero de datos referentes a pertrechos, viveres, etc. Los preparativos para esta magna empresa, cuyo estudio acredita el profundo saber del gran almirante, empezaron con gran sigilo, y estaban muy adelantados cuando Santa Cruz fué acometido de una grave enfermedad, y murió en Lisboa el 9 de febrero de 1588, a los sesenta y dos años.

Los más insignes poetas de su tiempo, Lope de Vega, Cervantes, Ercilla, Vicente Espinel y otros menos conocidos cantaron sus hazañas y lloraron su muerte. Fué también protector y amigo de las artes, y así lo atestiguaba su palacio del Viso, decorado con magnificencia y exquisito gusto.

El mismo año de la muerte del Marqués, organizó Felipe II la expedición contra Inglaterra. Todo el mundo conoce los formidables aprestos de aquella armada, que por ser la más grande que en el mundo se había conocido hasta entonces recibió el nombre de *invencible* antes de que la vencieran las tempestades. Felipe preparó con grandes dispendios su escuadra, pero no cayó en la cuenta de que habiéndosele muerto el más atrevido y experto de sus capitanes de mar debía mirar mucho a quien confiaba el mando de aquella fuerza, destinada a sojuzgar a los ingleses. Pudo haber escogido su general entre los hombres de arrojo y experiencia que se formaron en la escuela de don Álvaro de Bazán; pero no lo hizo así, y elegido el Duque de Medina Sidonia, éste demostró su impericia desde que la tremenda escuadra se hizo a la vela en Lisboa. La *invencible* fué destruída por el temporal. Inglaterra, que vivió algunas semanas en el pánico más espantoso, celebró con ruidosos festejos el providencial desastre que la libró del más grande peligro que a su independencia amenazara, y Felipe pronunció aquella frase célebre que demuestra la frialdad de su carácter o la entereza estoica con que encerraba sus sentimientos en el fondo del alma.

IV

Pero a todo el que examina estos sucesos se le ocurre preguntar: «Si don Alvaro de Bazán no se hubiera muerto en febrero, si hubiera vivido siquiera todo el año 1588, y Felipe, como parecía natural, le hubiera confiado el mando de la escuadra en cuya organización trabajó tanto, ¿qué habría sucedido? ¿Qué transformaciones se habrían verificado en la carta de Europa? Los historiadores ingleses consideran la muerte del primer marqués de Santa Cruz como un hecho providencial desde el punto de vista británico. Es evidente que el vencedor de Lepanto y de las Terceras no habría cometido las enormes faltas de náutica que cometió el duque de Medina Sidonia, permitiendo la división y dispersión de la escuadra, contra el consejo de sus generales subalternos. Si llega a estar vivo Santa Cruz en mayo de 1588, ¿sería hoy Inglaterra lo que es? ¿Qué dinastía reinaría en ella? ¿Habría llegado tan pronto la emancipación de los Estados

de Flandes? ¿Imperaría el protestantismo en el Norte de Europa?...

Pero hay que dejar a la historia como es, y no volverla del revés como se vuelve la manga de un vestido.

Lo que más admiración causa en hombres del temple del Marqués de Santa Cruz es aquella vida infatigable, aquel trabajar continuo sin cuidarse del lauro de la fama, y atendiendo sólo al servicio del Rey. Aquellos hombres se pasaban la vida luchando por los fueros de la patria, sin más estímulo que el de la conciencia, el de la fe y el del honor. Comparemos esta manera de proceder con lo que son y lo que hacen los grandes hombres del siglo XIX, principalmente en el terreno militar. Muchos llegan a los más altos puestos sin conocer la guerra más que en el nombre. Los más ilustres, aquellos cuya gloria no se escatima, sólo en muy contadas ocasiones se han visto frente a enemigos formidables. Si los héroes de tiempos pasados levantarán la cabeza y vieran el bombo que se da hoy a mediocres hazañas, se reirían de nosotros. Porque ellos, que desde los nueve años hasta el fin de su vida andaban rodando por la cubierta de aquellos galeones medio podridos y sin condiciones de seguridad, faltos de instrumentos náuticos, de comodidades y aun de lo necesario para la existencia, se batían un día y otro con furia terrible, con dudosa esperanza de

premio, en medio de mares casi desconocidos, sin puertos en que refugiarse y, lo que es peor, sin opinión pública que prontamente les alentase y aplaudiese, porque las más de aquellas proezas no eran conocidas sino mucho tiempo después, y sólo por reducido número de personas.

Téngase en cuenta que la noticia de las increíbles hazañas de Cortés en Méjico tardaban a veces años en saberse en Europa. ¡Y cómo llegarían de desfiguradas! Hoy el más modesto de los generales que operan fuera de la patria, no trabajaría contento si éste no supiese día por día, gracias al telégrafo, los más insignificantes lances de la expedición. Y en cuanto ocurre algo digno de loa, la prensa se desata en encomios hiperbólicos. Juan Sebastián Elcano dió por primera vez la vuelta al mundo en un cachucho que por milagro de Dios se mantenía a flote; pasó increíbles trabajos; llegó por fin a Cádiz, después de tres años de viaje, habiendo recorrido catorce mil leguas, y «nadie le dijo nada». Verdad que el Emperador le llamó a Valladolid y supo premiar su valor heroico; pero este sufragio de la opinión que tanto halaga a los hombres del día, fué desconocido para el gran navegante, como para todos los héroes de su tiempo.

El marino más arrojado y temerario de nuestros tiempos no se embarcaría hoy en la mejor de las naves que usaron Colón, Elcano, Magallanes o el

Marqués de Santa Cruz. Si estos caballeros hubieran cogido un moderno trasatlántico de quince nudos de marcha, un crucero de combate o un acorazado, sabe Dios lo que habrían hecho.

Hoy toda precaución nos parece poca, y tenemos un miedo al peligro que está en razón directa de los medios perfeccionados con que lo evitamos. Aquellos hombres templados y de corazón grande, tenían un valor en consonancia con la falta de recursos científicos y proporcionado a los peligros que por todas partes les rodeaban.

ALEMANIA Y FRANCIA

Madrid, abril 1.º de 1888

I

Tiempo hace que el principal alimento de nuestra prensa viene del Extranjero, singularmente de Alemania, donde la muerte de Guillermo I ha creado una situación extraña. En lo de la salud del Emperador Federico III, el telégrafo expresa cada día impresiones diferentes. Hay días en que toca la impresión optimista: el Emperador está bien, no tose, duerme y come y hasta sale a paseo. Luego vienen los días en que toca lo contrario: el Emperador no va bien, y los alemanes temen que su reinado será muy corto.

Sobre si es cáncer o no es cáncer. Dios sabe las informaciones absolutamente contradictorias que han circulado por el mundo. Sin duda se ha entablado un pleito de amor propio entre el médico inglés Mackenzie y los doctores alemanes. El primero

se vanagloria de haber salvado la vida al Emperador: los segundos no hacen augurios muy lisonjeros.

Lo peor es que con las apreciaciones facultativas viene ahora a mezclarse la política. El partido militar, habría preferido, según dicen, ver en el Trono al hoy Kronprinz. Federico III, sea por razón de su enfermedad, sea por convicción humanitaria, no quiere que se altere la paz, mientras que su heredero, joven e impetuoso anhela ceñir su frente con los laureles de la victoria. Después sale a relucir la enemistad sorda que parece existir entre Bismarck y la Emperatriz Victoria. A ésta y a su marido atribuyen propósitos de iniciar en Prusia una política liberal, lo que nada tiene de extraño, siendo inglesa la Emperatriz y teniendo un gran ascendiente sobre su marido. Ahora bien; Bismarck cree que la política liberal quebrantaría el firmísimo cimiento de autoridad, sobre el cual se ha edificado la unidad alemana. Sea de esto lo que quiera, es muy difícil que Bismarck extreme en esto sus opiniones, como lo es también que el actual Emperador prescinda de los servicios del gran Canciller, cuya poderosa inteligencia parece el fanal que alumbra el brillante cielo de la moderna Alemania. La unidad es obra suya, así como lo es la preponderancia militar del Imperio, el desarrollo de su riqueza, el vuelo que va tomando su industria.

Pero, al parecer, han surgido nuevas dificultades

que
Bism
entre
Prínc
sedic
el ma
de I
una
vo m
causa
Emp
ciona
vena
genu
ha co
hacer
impe
Es
gún s
nació
ratriz
éste
dados
sabr
se de
rado
sus s
tituci

que acentúan el antagonismo entre la Emperatriz y Bismarck. Este se opone al matrimonio proyectado entre la Princesa Victoria, hija del Emperador y el Príncipe Alejandro de Battemberg, arrojado por una sedición del Trono de Bulgaria. La Emperatriz desea el matrimonio, patrocinado por su madre la Reina de Inglaterra; Bismarck lo rechaza viendo en ello una ingerencia hábil de la política inglesa y un nuevo motivo de disentiimiento con Rusia, verdadera causante de la expulsión del Príncipe Alejandro. La Emperatriz, que no olvida ni puede olvidar su nacionalidad británica y la sangre que corre por sus venas, aparece en pugna con el representante más genuino del espíritu alemán, el grande hombre que ha consagrado su vida al servicio de su patria y a hacer de un reino secundario el mayor y más fuerte imperio del mundo.

Es de creer que por un casamiento, en el cual, según se dice, hay por ambas partes verdadera inclinación amorosa, no estalle la guerra entre la Emperatriz y el Canciller. Los rumores de la dimisión de éste que por Europa corren son, a mi juicio, infundados. Federico III es hombre de gran prudencia, y sabrá arreglar esta discusión que bien puede llamarse de familia, pues Bismarck no debe ser considerado como un simple ministro. La importancia de sus servicios es tal, que casi forma parte de las instituciones del imperio.

También se ha hablado bastante del brindis pronunciado por el Kronprinz en un banquete en honor del Canciller. Diferentes versiones han corrido acerca del texto de este brindis, algunas atenuando, otras acentuando la gravedad de su intención política. Cualquiera que sea la verdad no muestra el Príncipe Guillermo en aquel acto la reservada discreción que corresponde a un heredero del Trono.

Por lo expuesto, se ve que en todas partes hay desavenencias, rozamientos y disgustos. En el país más sólido del mundo, allí donde las instituciones descansan sobre base incommovible, sobre el respeto unánime de la nación, sobre el principio de autoridad en su acepción más amplia, allí también corren vientos de discordia, y las altas influencias aparecen en grave inarmonía, que puede llegar a ser peligrosa, sobre todo si se complica con estas guerras domésticas el pavoroso problema del rompimiento de la paz europea. Vivir para ver, dice el proverbio. Si vivimos, veremos sin duda, acontecimientos extraños. Por de pronto, el enigma está en que la existencia de Federico III se prolongue o no. Su dolencia y el peligro en que está interesan vivamente al mundo entero. No ha existido enfermo alguno en esferas tan altas que inspire tantas simpatías, ni por cuyo restablecimiento se hayan hecho votos tan unánimes y sinceros.

Si o
encon
más g
ción p
de ser
maras
como
de día
maner
los jel
¿Es
bres?
duran
gio in
ella. T
ya se
guerra
Mr. G
absue
las Cá

II

Si de Alemania volvemos los ojos a Francia nos encontramos con un desorden moral muchísimo más grande. Todo en Francia huele a descomposición próxima; y la política que allí se sigue no puede ser más deplorable. La impopularidad de las Cámaras, y lo que es peor su impotencia para todo como no sea para derribar ministerios, se acentúan de día en día. La talla de los ministros baja de una manera alarmante, como ha bajado también la de los jefes del Estado.

¿Es culpa esto de las instituciones o de los hombres? Creo que de ambos a la vez. Los Gobiernos duran allí dos o tres meses. No hay ningún prestigio indiscutible dentro de la Cámara ni fuera de ella. Todo el clamor que se levantó contra Wilson, ya se ha visto que no era más que el grito de guerra para echar de la Presidencia al respetable Mr. Grevy. Este se fué a su casa, y Wilson ha sido absuelto. Todo sigue como antes. Tal como están las Cámaras, ningún Gobierno puede hacer nada

de provecho, sabedor de que cualquier intriga le écha por tierra. Los oportunistas, perdiendo fuerza cada día, los radicales ganándola y empleándola en la destrucción.

En este desbarajuste, no tiene nada de extraño que haya adquirido Boulanger la popularidad que da tanto que hablar en todo el mundo. Ciertamente el tal Boulanger no es un héroe ni ha ganado batallas, ni tiene en su hoja de servicios ninguna hazaña resonante. El famoso caballo negro, las canciones de Paulus y las aficiones *chauvinistas* del general son el único fundamento, hasta ahora, del favor del pueblo. Pero todo ello demuestra que Francia, cansada de una estéril y menguada política, busca un hombre que halague sus instintos de gloria, y no encontrándolo, echa mano del primero que pasa; Boulanger ha sido el primero que ha inspirado a Francia la confianza en sus fuerzas para el desquite. ha hecho declaraciones resueltamente contrarias a la monarquía borbónica y orleanista, y se ha mostrado al propio tiempo enemigo del poder parlamentario.

Tiene, pues, todo lo externo, todo lo puramente formal para que el pueblo vea en él un dictador. Le faltan la historia gloriosa y los hechos heroicos; pero él y sus partidarios dirán de seguro que *para eso tiempo hay*. No creemos que si las cosas fueran de veras tuviera calor en Francia la idea del cesa-

rismo, salvador de la sociedad; pero si la política no toma otros rumbos, si continúa empequeñeciendo al país realzando las medianías, y tras las medianías la vulgaridad, no sería extraño que se alzase cualquier día con la jefatura del Estado, el que, a falta de grandes méritos y virtudes tuviera el atrevimiento, que en ciertos casos también es virtud.

D

Es
un s
En v
polít
lumi
rral,
los r
en e
toda
a pre
truy
nove
pren

EL CRIMEN DE LA CALLE DE FUENCARRAL

Madrid, julio 19 de 1888.

I

Estamos ahora los españoles bajo la influencia de un signo trágico. Los grandes crímenes menudean. En vano se buscarían en la prensa acontecimientos políticos o literarios. Los periódicos llenan las columnas con relatos del *crimen de la calle de Fuencarral*, del *crimen de Valencia*, del *crimen de Málaga*, los *reporters* y noticieros, en vez de pasarse la vida en el salón de conferencias, visitan los juzgados a todas horas, acometen a los curiales atosigándoles a preguntas, y con los datos que adquieren, construyen luego la historia más o menos fantaseada y novelesca del espantoso drama. Ultimamente la prensa ha hecho algo más que informar al público

de los hechos conocidos, y ha tomado parte importantísima en la investigación de la verdad. De tal modo ha conmovido a la opinión pública en Madrid, y aun de toda España, el misterioso crimen de la calle de Fuencarral, que la prensa no ha podido concretarse a sus funciones de simple informadora de los sucesos; ha tomado una parte activa en la instrucción del proceso, ayudando a los jueces, arrojando toda la luz posible sobre el hecho nebuloso, recibiendo del público datos, antecedentes, noticias; procurando indagar la pista de los criminales; recibiendo todo lo que puede contribuir al esclarecimiento de la verdad oscura. Ciertamente que gran parte de los datos y advertencias suministrados por la prensa no son utilizables; pero en medio de la confusión de sus referencias hay algo que parece indicar una dirección determinada. Esta dirección, a manera de un rastro de sangre, persiste al través de las contradictorias indicaciones; este rastro señalado por la conciencia pública es la única orientación que persiste tras tantas vacilaciones, y en el caso concreto del crimen de la calle de Fuencarral, no es aventurado afirmar que los adelantos del proceso son debidos a la insistencia con que la opinión pública por conducto de la prensa ha señalado el camino de la verdad.

Imposible que mis lectores dejen de conocer el horrible crimen de que se trata, perpetrado el 1.º de

julio, y que en los días que van transcurridos del presente mes ha adquirido tan triste celebridad. Seguramente la revelación del asesinato de la viuda de Varela, mejor dicho, del descubrimiento del cadáver en la madrugada del día 2, ha recorrido todos los periódicos del mundo. Dicha señora era rica, un poco extravagante, medrosa y avara, y vivía sola en compañía de una criada. Lo tremendo del caso es que desde los primeros momentos recayeron sospechas vehementes sobre el hijo de la víctima, José Vázquez Varela, a la sazón preso en la Cárcel Modelo por *robo de una capa*.

¿Qué motivaba estas sospechas, que casi han sido y son unánime juicio? Los antecedentes del hijo, quien hace dos años acometió a su madre infiriéndola graves heridas de arma blanca; la malísima reputación de que el mancebo goza; sus costumbres perversas, conocidas de todo Madrid; su holgazanería; sus relaciones con gente de muy mala conducta. El joven Varela tiene veintitrés años. Los vecinos de la casa que la víctima habitaba declaran que un día sí y otro también ocurrían grandes escándalos entre la madre y el hijo: éste pidiéndola dinero brutalmente y aquélla negándoselo con objeto de poner coto a sus vicios.

La viuda de Varela era suspicaz y desconfiaba de todo el mundo. Tenía, sin duda, presentimiento de su fin desastroso; escondía el dinero en lugares se-

cretos, y a veces llevaba en el seno grandes sumas de billetes de Banco. Temerosa de que la envenenaran, se confeccionaba su alimento. Al propio tiempo que deploraba las consecuencias de la malísima educación dada a su hijo, le quería entrañablemente, y hace dos años, cuando aquel desnaturalizado monstruo atropelló a la que le había dado el ser, la infeliz madre declaró ante el juez que se había ocasionado las heridas por un accidente fortuito, librando de este modo al criminal de la pena que merecía.

Las primeras actuaciones no produjeron más que confusión. La voz pública se inclinaba a declarar inocente al hijo de la víctima por hallarse cumpliendo condena en la Cárcel Modelo. La persona en quien se fija la atención es la criada, Higinia Balaguer, encontrada en la casa al descubrir el crimen.

Higinia Balaguer fué en los primeros días la figura saliente de este trágico cuadro, mujer impasible, afectando o sintiendo quizá una impavidez inconcebible. Luego se ha sabido que esta mujer había vivido en comunicación casi constante con criminales, que había tenido puesto de bebidas en las intermediaciones de la cárcel, y en el curso de sus declaraciones ha revelado ese conocimiento del Código penal, que es común entre personas íntimamente relacionadas con los que viven infringiéndolo.

Higinia Balaguer fué considerada desde el prin-

cipio como la clave de la instrucción, y en ella se fijaron todas las miradas. Primeramente se declaró ignorante del suceso. Hubo de comprender que esta versión era insostenible, y luego se declaró autora única del crimen, describiéndolo como resultado de un arrebato de ira. Poco crédito se dió a esta declaración. Imposible que Higinia cometiese sola un crimen que revelaba, además de minuciosas precauciones, un esfuerzo varonil.

La tercera declaración de la criada puso la cuestión en nuevo terreno, dando al proceso dramático interés. Señaló como autor material del crimen al hijo de la víctima, presentándose a sí misma como simple auxiliar, movida del terror y algo también de la codicia, pues el asesino, al paso que la amenazaba con la muerte, le ofrecía asegurar su porvenir si le ayudaba a ocultar el crimen. La descripción que hace Higinia de los pormenores del asesinato son de tal naturaleza y revelan un tan alto grado de perversión, que la conciencia humana repugnaba el admitirlos. Parece que tanta maldad no cabe en lo posible. La serenidad y aplomo con que el asesino, después de quitar la vida a la infortunada doña Luciana, dispuso lo necesario para pegar fuego al cadáver con petróleo, a fin de borrar las huellas de su atroz delito, revelan el corazón más duro y empedernido, un monstruo sin ejemplo ni precedente, si conforme a la declaración de Higinia, el asesino es

el hijo de la víctima, un joven de veintitrés años. Desde que esta manifestación se hizo pública, las opiniones se dividieron: muchos la aceptaban, fundándose en los antecedentes de José Varela: otros la ponían en duda, repugnando admitir la barbarie tan grande e inaudita, que parece rebasar los límites de la crueldad humana.

Y aquí entra la parte más dramática del misterioso crimen de la calle Fuencarral. Si el asesino es José Varela, ¿cómo salió de la cárcel, donde estaba cumpliendo condena? El director y empleados de la cárcel niegan en absoluto que Varela haya abandonado su prisión ni el día 1.º de julio ni en ninguno otro. ¿Cómo se concuerda esto con la declaración de la Balaguer? La confusión que de esto resulta, es extraordinaria, y la opinión pública, vivamente excitada, continúa señalando a Varela como autor del crimen. Toda la prensa afirma que existen numerosas personas que han visto al joven en la calle en los últimos ocho días de junio. Hay quien dice haberle visto en algún café, en los toros y hasta en la butaca de un teatro. El Juzgado llama a declarar a gran número de personas. Declaran también los empleados de la cárcel y su director, el cual parecía ayudar al Juez desde el primer día en el esclarecimiento del maldito crimen.

La gran sorpresa y sensación se produjo el día en que el Juez detuvo e incomunicó al director de la

cárcel señor Millán Astray. Fué esto consecuencia de una nueva declaración y ratificación de Higinia, quien aseguró haber sido sugerida por Millán Astray para dar a sus primeras declaraciones un determinado sentido. Al afirmar la criada que el director de la cárcel le había dicho que *necesitaba salvar a Varela*, al jurarlo delante del mismo señor Millán añadiendo varias particularidades de suma importancia, elevó a su mayor grado el interés del proceso: Millán Astray, al verse acusado, sufrió un ataque al corazón que puso en peligro su vida. Repuesto del accidente negó de la manera más rotunda las aseveraciones de Higinia. Y al propio tiempo continuaban en la prensa las manifestaciones anónimas de diversas personas que afirmaban haber visto a Varela en la calle en los días que precedieron al crimen.

Millán Astray, director interino de la cárcel, es joven: pertenece al Cuerpo de empleados de establecimientos penales, en el cual ha demostrado inteligencia y buena voluntad. Recientemente prestó servicios de importancia en la averiguación de diferentes delitos. Es hombre simpático, instruido, ha sido periodista, y tiene en Madrid muchos amigos. Estos, aún admitiendo el quebrantamiento de clausura del joven Varela, no ven culpabilidad en Millán Astray. Pudo el asesino escaparse sin que de ello tuviera conocimiento el director del establecimiento. Siendo así, Millán no puede ser acusado

más que de negligencia; pero las declaraciones de Higinia Balaguer van más allá, y presentan al director como encubridor del delito y amparador del asesino. La opinión, en verdad sea dicho, rechaza hasta ahora semejante idea. Si Higinia ha mentido con objeto de embrollar a la justicia, lanzándola a un laberinto de oscuridades, fuerza es reconocer en esta mujer un monstruo de astucia y marrullería, capaz de volver locos a todos los Jueces que en el mundo existen.

La comprobación de este término del proceso se presenta laboriosa y difícil. Todas aquellas personas que en la prensa manifestaron anónimamente que habían visto en la calle a José Varela, al ir ante el Juzgado o lo niegan o declaran simplemente que *creyeron haberlo visto*. Los mozos y mozas de café también niegan. Unicamente un joven militar parece haber afirmado que vió al hijo de doña Luciana, ratificándose en ello delante del interfecto. Pero esto no podemos afirmarlo, porque el Juzgado, que no ve con buenos ojos la excesiva publicidad del sumario, ha puesto coto a la curiosidad periodista, negándose a suministrar noticia alguna. Todos los empleados de la cárcel niegan asimismo que Varela saliese. Cuando parecía que iba a resplandecer la verdad, ésta se oscurece más y aumentan en el público las conjeturas, las versiones fantásticas y las interpretaciones absurdas.

Debo apuntar ciertos antecedentes de algún valor. Higinia Balaguer sirvió en la casa del señor Millán Astray, aunque no mucho tiempo, y parece fué despedida por su conducta un tanto irregular. Vivía maritalmente con un lisiado, que la dejó viuda hace poco. Ignórase quién la llevó a la casa de la señora de Varela, aunque parece averiguado que entró a servir en ella con cédula falsa. Ignórase también cómo doña Luciana, tan suspicaz y medrosa, admitió en su casa a una mujer desconocida sin averiguar sus antecedentes. Alguien asegura, no sé con qué fundamento, que la desgraciada víctima conoció a la Balaguer en casa de Millán Astray, con cuya familia tenía amistad.

No habiéndose comprobado aún que Varela quebrantase la clausura penitenciaria, las diligencias del Juzgado se encaminan ahora, según parece, a esclarecer las relaciones de Higinia con otros individuos que figuran en el proceso, Evaristo Medero y Avelino Gallego, ambos detenidos e incomunicados. Estos son los amigos íntimos de José Varela, sus compañeros de francachelas, los que le ayudaban a gastar el dinero que, con amenazas, arrancaba a su madre aquel hijo desnaturalizado. Ambos son personas de malísimos antecedentes, familiarizados con las celdas de la cárcel, entregados a una vida licenciosa y criminal, y con mucha destreza para burlar a la policía y afrontar las vicisitudes de

un proceso. También están presas dos o tres mujeres de mala vida, con quienes Varela y sus amigos tenían trato frecuente.

* * *

Al llegar aquí, verificase un cambio completo y brusco en la instrucción del sumario, a semejanza de una mutación escénica en los dramas de muchos lances escritos con el único fin de mantener siempre despierta la atención y curiosidad del público. El Juzgado, después de emplear todos los medios para poner en claro la salida de Varela de la cárcel, después de tomar declaración a cuantas personas sostuvieron haberle visto, no halla bastante fundamento para evidenciar la evasión, y dirige sus medios de prueba a otro terreno. El señor Millán Astray es puesto en libertad, lo que significa para la generalidad del público la inocencia de Varela, al menos en cuanto al hecho material del crimen. «Si el director de la cárcel es declarado irresponsable, dicen, resulta que la clausura del preso no ha sido quebrantada, y en este caso el joven Varela no puede ser el asesino, puesto que en el día y noche del 1.º de julio estaba en su celda. Cae, pues, por su base la relación de Higinia Balaguer.»

No puede ocultarse que la opinión se ha excitado extraordinariamente al saber que Millán ha sido puesto en libertad. Y es que ha echado tales raíces

en la conciencia pública la presunción vehemente de la culpabilidad del hijo, que es difícil tome nueva dirección del sentimiento popular. Algunos periódicos van más allá de lo que en este punto exigen la discreción y el respeto a la justicia, y suponen que el hijo de la víctima tiene altas protecciones y cuenta con la impunidad. Anuncian que el proceso será interminable y que nunca se sabrá la verdad. Siguen acusando a Varela y dando por cierta su salida de la cárcel, lo que ha motivado que muchos de sus redactores hayan sido llamados a declarar y algunos reducidos a la prisión. Lo peor de esto es la viciosa tendencia a mezclar la política con la justicia, achaque frecuente en la prensa, exigiendo responsabilidades a quien no las tiene.

En tanto el Juzgado dirige sus investigaciones a esclarecer las relaciones de Higinia Balaguer con uno de los procesados, Evaristo Medero, amigo íntimo de Varela. Bien examinada la tercera declaración de Higinia, o sea aquella en que acusó a Varela, se ve que hay en ella mucho de fantástica. Además, parece comprobado que el crimen no se cometió por la tarde, según la manifestación de la cómplice, sino de noche. En cuanto a las relaciones de la Balaguer con Medero, parece que eran amorosas y que llevan diez años de duración. Dícese que el Juzgado posee datos interesantísimos sobre este particular. Todas las miradas dirígense ahora a este

grave punto, en el cual quizás aparezca la anhelada verdad. También parece que hay indicios de haberse efectuado un robo de consideración, el cual, lo mismo que el asesinato, revela la destreza de los criminales.

Ultimamente, el juez instructor ha tomado las medidas convenientes para que el secreto del sumario no sea comunicado a los periódicos, a fin de evitar que se den al público versiones alteradas e incompletas, extraviando la opinión y entorpeciendo la acción de la justicia. Es evidente que la excesiva publicidad que a este proceso se ha dado ha producido cierta confusión, causa tal vez de la ineficacia de las investigaciones. La prensa busca, en primer lugar, emociones con que saciar la voracidad de sus lectores; procura dar a éstos cada día noticias estupendas. En cuanto al auxilio que los periódicos y el público pueden prestar a la justicia, no hay duda que puede ser eficacísimo, siempre que las noticias sean ciertas, siempre que las personas que las suministran tengan el valor de sostenerlas ante el Juzgado. Esto de que la prensa dé cabida en sus columnas a insustanciales charlas de café, presentándolas con la autoridad de cosa juzgada, nos parece deplorable, mayormente cuando viene a resultar que los que en un círculo de amigos hicieron determinada afirmación, al ser llamados como testigos a ilustrar a la justicia, niegan cuanto dijeron,

Una de dos: o hablaron faltando a la verdad por fanfarronería y charlatanismo, o carecieron de valor cívico para sostener delante de un juez lo propalado privadamente.

Sea lo que quiera, aguardamos con impaciencia el desarrollo de este grave proceso en la nueva fase que ha tomado ahora. Hemos oído asegurar que el Juzgado tiene en su mano todos los hilos de la trama. Ojalá sea verdad, para que actos de tan espantosa depravación no queden impunes.

El sumario ha adelantado bastante desde que escribí la primera parte de esta crónica. Y por cierto que los juicios expresados en los últimos párrafos de ella exigen rectificaciones importantes. Dije que la justicia indagaba las relaciones de Higinia Balaguer con Evaristo Medero, creyendo encontrar en ellas la clave del delito. Públicamente se decía entonces que el autor del hecho material era uno de los amigos de Varela, en connivencia con la criada. Esta versión perdió terreno a los pocos días. Avelino Gallego es considerado inocente, y en cuanto a Medero, se cree que su participación en el crimen, si alguna tiene, es puramente moral. A punto de terminar las indagaciones sumariales, parece comprobado o casi comprobado que Higinia Balaguer es la única culpable en la perpetración material del asesinato, teniendo por cómplice, o más bien por encubridora, a Dolores Ávila, una de las mujeres presas. Lo que no ha podido encontrarse hasta hoy, al parecer, es el rastro del dinero robado, y la justicia no des cansa hasta conseguirlo.

La declaración de Higinia acusando al hijo de la víctima se considera contraria a la verdad con el fin de despistar a la justicia, de embrollar el asunto y de ganar tiempo, aunque no es unánime la opinión en este particular, pues algunas personas continúan inculpando a Varela. Sobre la cuestión previa de si éste salió o no salió de la cárcel, hay todavía algunas oscuridades, o al menos la opinión pública no está satisfecha ni menos convencida de que la reclusión fuera absoluta. Dícese que el Juzgado tiene prueba plena de que no salió el día del crimen; pero que no puede asegurar lo mismo respecto a los días que precedieron al 1.º de julio.

Algunos periódicos publicaron la cuarta declaración de Higinia, acusando a Medero; pero esta declaración era puramente fantástica.

Higinia se ratifica en lo que expuso contra Varela, si bien resulta una gran confusión en sus dichos y aún contradicciones manifiestas. Esta mujer, dotada de gran serenidad, contesta con la sonrisa en los labios a las preguntas del juez, y cuando se ve comprometida por la ambigüedad de sus respuestas, se encierra en discreto silencio. Su cómplice, Dolores Ávila, es mujer de malos antecedentes. Está probado que ambas se vieron y platicaron largamente el día 1.º de julio, no se sabe si antes o después del crimen. Pero se ignora en absoluto el paradero de las alhajas y dinero robado. La Ávila niega su

participación en el crimen; pero no tiene la entereza de su compinche, y se espera que sus ulteriores declaraciones darán mucha luz.

El dictamen acusativo respecto al *bulldog* demuestra que a éste se le administró un narcótico o anestésico. Ya está completamente restablecido el noble animal, y es objeto de la curiosidad de todo Madrid. Persona hay que ha querido comprarlo, ofreciendo por él enorme cantidad. El juez ha encargado de su custodia a una tal *Lola la Billetera*, amiga de Varela, y hasta lo pasea por Madrid en medio de la estupefacción general. Varela continúa preso, aunque no incomunicado; dicese que confía en ser absuelto libremente, y hasta ha amenazado, según parece, con desafiar a los periodistas que han puesto en duda su inocencia. Se ha hecho notar como un dato moral elocuente que nadie va a visitarle durante su clausura, que al permitírsele la comunicación personal, persona alguna, con excepción de *Lola la Billetera*, se ha acercado a los locutorios con el fin humanitario de interrogarle por su salud, demostrarle amistad o interés. Es un ser que, después del trágico fin de su infeliz madre, ha quedado absolutamente aislado en la sociedad. Sus amigos le abandonan, mejor dicho, nadie quiere ser su amigo. Esto ha de influir necesariamente en su ánimo, haciéndole ver la tristísima situación a que le han traído sus vicios, pues si se le ha señalado como

parricida débelo a sus perversos antecedentes. La misma Higinia ha demostrado, al acusarle, un gran conocimiento de la sociedad y del corazón humano. De modo que si al fin el joven Varela logra probar su inocencia, es imposible que esta lección tremenda deje de influir en su conducta futura.

Los testimonios que diariamente se producen en pro y en contra de sus furtivas escapatorias de la cárcel son interesantísimos. Ciertó que todas las personas que privadamente manifestaron haberle visto, no lo han sostenido delante del Juez o por miedo o por falta de convicción. Pero las afirmaciones de los empleados de la cárcel sosteniendo la imposibilidad de la salida tienen poca fuerza moral, y alguien sostiene que las declaraciones de los carceleros son recusables en rigor de derecho. Dicese que un sastre, llamado Nieto, ha sido la única persona que ha declarado haber visto al reo en los toros un día del mes de junio, añadiendo el detalle importante de haber reconocido la ropa, procedente de su establecimiento. Si esto es cierto, no hay duda que tal manifestación ha de pesar mucho en el proceso.

* * *

Continúa la prensa consagrada casi exclusivamente a esclarecer las oscuridades de este espantoso crimen. Pero hay que reconocer que los periódicos

cos que con más calor han tomado este asunto, lejos de dar luz con sus reiteradas denuncias, lo que hacen es prolongar el sumario más de la cuenta y aumentar las tinieblas que envuelven los móviles del hecho.

El auxilio de la Prensa será eficacísimo si se contrae a allegar datos y elementos varios para el descubrimiento de la verdad. Pero me parece deplorable la campaña de algunos periódicos que han hecho una reconstitución arbitraria del crimen y a ella se atienen, no admitiendo nada desfavorable a su tesis, y acogiendo con demasiado calor cuantos rumores y denuncias anónimas pueden dar aparente fuerza al criterio que se han impuesto.

Para estos diarios, el asesino es Varela, y no hay quien les convenza de lo contrario. Persiguen con verdadera saña todos los indicios que perjudican al hijo de la infortunada viuda, y anotan prolijamente todos los vergonzosos antecedentes de su vida escandalosa. Otros periódicos, más sensatos, sin prejuzgar nada y fiando en que el Juez ha de presentar los hechos completamente esclarecidos, no tratan de ennegrecer la poco simpática figura del hijo de doña Luciana Borcino. Entre unos y otros órganos de la Prensa se cruzan frases bastante duras acusando éstos a aquéllos de que quieren disputar al verdugo su odioso papel.

¿Quién se equivoca? No lo sabemos.

El error en estas materias no es tan grave cuando se exculpa al criminal como cuando se condena el inocente. Repugnante y horrible sería la figura de José Varela criminal, impune y libre de toda pena: la sociedad que tal consintiera sería una sociedad desquiciada. Pero imagínese a Varela inocente y condenado a muerte por una de esas irresistibles sugestiones de la opinión caldeada por la Prensa. Esto sería mucho peor que la impunidad.

Lo que resulta de todo esto es que conviene andar con mucho pulso en materias tan delicadas. La conciencia pública sufre lamentables extravíos, lo mismo que la conciencia privada. Sin confiar demasiado en la administración de justicia, que también suele padecer errores, debemos esperar que manifieste el resultado de sus trabajos; pero anticipar una sentencia cuando carecemos de datos para formularla, y sólo tenemos presunciones vagas de los hechos comprobados por el sumario, es peligroso sistema que podría traer deplorables consecuencias. El Juez que entiende en esta causa y que se consagra a ella con actividad febril, es persona de cuya rectitud no podemos dudar. Dícese ha reconstituído el crimen y que sus conclusiones esclarecen este asunto tenebroso. Ya habría dado por concluido el sumario, si las diarias denuncias de algunos periódicos no exigieran el llamamiento de nuevos testigos y la adición de nuevas piezas al ya volu-

minoso proceso. De una manera o de otra, pronto hemos de ver terminada la instrucción, y cuando la causa pase al juicio oral, la verdad resplandecerá limpia de toda duda. Por cierto que este juicio oral será de tal modo interesante y dramático, que por penetrar en la sala de audiencia darían algunos cantidades fabulosas si se pagasen los asientos.

A medida que escribo, van cundiendo noticias que modifican opiniones expresadas poco ha. En los primeros días se creyó que Varela salía de la cárcel; después perdió terreno esta idea, en virtud del resultado de las indagaciones. Pero últimamente, y mientras escribo la presente, prevalece de nuevo la idea de las evasiones del hijo de doña Luciana. Si no está probado plenamente, hay indicios veheméntísimos de ello. Estos indicios se refieren a los días 20 ó 22 de junio. Independientemente del crimen del 1.º de julio y de la participación que Varela pudiera tener en él, moral o materialmente, el hecho de sus escapadas de la cárcel es gravísimo, y aun cuando se considere que solo sufría prisión correccional, están muy comprometidos los funcionarios encargados de la custodia de aquel vasto edificio. Ya vuelve a decirse que al señor Millán Astray se le formará expediente y que será suspendido en las funciones que desempeña en el cuerpo penitenciario.

Y para agravar su situación, aparecen en la pren-

sa de Madrid y provincias comunicados denunciando abusos cometidos en el penal de Zaragoza cuando el señor Millán Astray lo dirigía. Ciertamente que hay que oír a ambas partes, antes de sentenciar en asuntos tan delicados. El aludido se defenderá y se defenderá bien. Pero de todo ello se desprende que nuestro régimen carcelario no es un modelo, que está lleno de vicios, y pidiendo a voz en grito una mano enérgica que lo reforme radicalmente.

En este punto se inicia la aparición de un nuevo personaje, que parece llamado a desempeñar papel importantísimo en este sangriento drama. Es un sujeto desconocido, un alguien, una X, que el Juez y la opinión repetían sin tener noticias de él. Así como el astrónomo Le Verrier descubrió el planeta Neptuno sin verle, por el puro cálculo y estudiando las desviaciones de las órbitas de los demás planetas, así el Juez que en esta causa entiende debió presentir la existencia de un factor importante, que no figuraba entre los primeramente detenidos. Lo que era simple presunción o sospecha, parece que va hoy en camino de la certeza. Existe una personalidad, un elemento nuevo. En el estudio del mecanismo, digámoslo así, del crimen, se advirtió que faltaba una fuerza, sin la cual el equilibrio lógico no podía sustentarse. Era preciso descubrir esa fuerza, y a esto se han dirigido con actividad los trabajos de la justicia.

Parece que al fin se ha comprobado la complicidad de este personaje hasta hoy anónimo, al menos para el público, pues si el Juez conoce su nombre, lo recata cuidadosamente de la insaciable curiosidad de los periodistas. Dicese que pocos días antes del crimen, doña Luciana retiró del Banco una fuerte suma con objeto de emplearla en un negocio; que arrepentida después o no creyendo el negocio seguro, guardó dicha suma en billetes. ¿Es esta la cantidad que llevaba en el seno? ¿Es este el grueso paquete de billetes de Banco que, según Higiniá, le fué arrebatada a la víctima por el asesino? ¿Qué negocio era ese en que doña Luciana pensó tener participación? ¿Quién lo dirigía? Háblase de la detención de alguna persona que tuvo conocimiento del caudal extraído del Banco por la víctima y guardado después imprudentemente durante muchos días. Cierto que no pueden recaer sospechas sobre individuos respetables que tuvieron noticia de la imprevisión de doña Luciana y le aconsejaron devolviera la cantidad a las cajas del Banco. Las indagaciones se dirigen contra algún sujeto que parece la instó reiteradamente para que le hiciera depositario de aquella suma sin conseguir su asentimiento. Las últimas noticias son que el Juzgado ha descubierto el rastro de esta persona, no sé si en Madrid o en provincias. Hay quien asegura que está ya detenida. Pero su nombre se ignora. Difícil me parece que

Pero si la idea de su culpabilidad ha perdido terreno, en cambio lo gana la del quebrantamiento de reclusión. Que Varela salía de la cárcel, parece cosa averiguada; mas la circunstancia de haberse mostrado en cafés, tabernas y aun en la plaza de toros de una manera descarada, hace suponer que no tuvo participación en el crimen, al menos material. Pero el argumento principal con que exculpan a Varela los que no creen en el tremendo parricidio, es el siguiente: Toda la fortuna de doña Luciana era de su hijo, el cual, antes de dos años, cuando entrase en la mayor edad, había de entrar en posesión de ella. No se comprende que por adelantar algún tiempo la posesión del pingüe caudal, se cometa un crimen tan espantoso, con premeditación y otras circunstancias horribles, exponiéndose a perderlo todo, incluso la vida.

Pero es lo cierto que a medida que se allegan nuevos datos, parece que aumentan las oscuridades que envuelven esta famosa causa. Las investigaciones más recientes permiten asegurar que está casi plenamente probado el quebrantamiento de condena. Cada día aparecen nuevos testimonios de este delito que compromete, no solo al que era director interino de la cárcel, sino a una gran parte de sus empleados. Que Varela figuró en una *bronca* a mediados de mayo en la pradera de San Isidro, es cosa que ya no puede dudarse, en vista de las de-

sabiéndolo el Juzgado lo desconozca la prensa, pues la diligencia de los periodistas para cazar noticias es febril. Algunos han dado a conocer cualidades tan relevantes de astucia policial, que si la justicia les utilizara en averiguación de los hechos oscuros, obtendría mejor resultado que con los actuales delegados.

En cuanto se indica que tal o cual persona va a ser interrogada por el Juez, los periodistas buscan su domicilio, le encuentran, se encaran con la persona, la acosan a preguntas y no vuelven a la redacción sin un caudal más o menos auténtico de noticias. Al propio tiempo, estos mismos *reporters* espían los pasos del Juez, le siguen en coche al través de las calles, atisban las casas donde entra, con quién habla, el restaurant donde come, y examinan, en fin, la cara que tiene, deduciendo de su expresión regocijada o meditabunda el estado de su ánimo, y por éste juzgando de la buena o mala marcha del sumario.

En resumen, la última apreciación con visos de exactitud que puede darse hoy por hoy, es que son autores materiales del crimen Higinia Balaguer y Dolores Avila, e instigador y encubridor el personaje anónimo de quien hablo más arriba. En el día presente la culpabilidad de Varela es admitida por muy pocas personas, aunque parte de la prensa continúa cultivando, digámoslo así, esta versión.

claraciones que lo atestiguan. Han depuesto en este sentido diferentes personas. También se le vió en los toros en la segunda quincena de junio. De lo que no hay pruebas, es de que saliera el 1.º de julio. Pero tenga o no responsabilidad en el asesinato de doña Luciana, el solo hecho de romper su clausura es tan grave como el crimen mismo, más grave quizás, porque implica una perturbación social de grandísima trascendencia, si no se pone mano en ella. Si el Estado que se encarga de custodiar a los criminales, no alcanza a dar a la sociedad esta garantía, todo el organismo de la justicia penal cae por su base. Háblase ya otra vez de que el señor Millán Astray será preso nuevamente y que varios empleados de la cárcel serán sometidos a un proceso.

Al propio tiempo dícese que en la cárcel de mujeres, edificio destartado, sin condiciones de seguridad, la incomunicación de las presas no es absoluta. Sospéchase que Higinia Balaguer recibe desde fuera de la prisión noticias del estado del proceso, y que a ellas obedece la estudiada confusión de sus últimas declaraciones. Dícese también que la persona que se busca, ese factor aun anónimo, esa fuerza comprobada, pero cuya personalidad es aun desconocida, es el último amante de Higinia, y pierde terreno la idea de que fuera hombre de negocios, consejero de doña Luciana en el empleo que ésta debía de dar a su dinero. El tal personaje es el de-

positario de la cantidad robada. ¿Pero en dónde está? Tan pronto se dice que ha sido preso en Vigo o en la Coruña, como se le da por residente en Madrid. Alguien, no obstante, duda de la existencia de tal personaje. El secreto que guardan los encargados de la sumaria es causa de que se forjen novelas dignas de la fantasía de Ponson du Terrail o de Montepín.

Ha
culpa
parec
No he
un as
gentí
en las
habla
consa
nas, j
ayuda
Lo
no re
aquel
que a
así se
Madr
prom
festó
gado

Hace unos días tomó cuerpo la creencia de la culpabilidad de Varela, cuyas salidas de la cárcel parecían probadas, aun en el día mismo del crimen. No he visto nunca mayor excitación en Madrid por un asunto de esta naturaleza. Por las noches, un gentío inmenso aguarda la salida de los periódicos en las inmediaciones de las oficinas de éstos. No se habla de otra cosa en círculos y cafés. La prensa consagra al proceso la mayor parte de sus columnas, y no puede negarse que ha prestado alguna ayuda a la justicia.

Lo más importante que debe consignarse es que no resulta nada contra el amante de Higinia, que es aquel personaje misterioso a quien se buscaba y que al fin pareció en Oviedo. Fernando Blanco, que así se llama el tal, ha probado que no se hallaba en Madrid el día del crimen. Sus declaraciones comprometen gravemente a Higinia, pues ésta le manifestó en mayo o junio sus proyectos de un arriesgado negocio que le produciría bastante dinero.

Pero el suceso de más sensación es el testimonio de un empleado de la cárcel llamado Ramos, el cual manifiesta que Varela salió el 1.º de julio con consentimiento del director de la cárcel, señor Millán Astray, y añade haber oído de labios del mismo Varela el relato del crimen. Muchos consideran falso o exagerado este testimonio, y otros lo dan como artículo de fe. Examinada imparcialmente la manifestación de Ramos, no puede negarse su inverosimilitud. Según este individuo, Varela entró en la cárcel borracho en la madrugada del día 2 de julio. De buenas a primeras, refiere a otros presos el asesinato de su madre, perpetrado por él mismo, con ayuda de sus amigos, y con circunstancias tan atroces y repugnantes que no parecen caber dentro de los límites de lo posible. Además la relación atribuida por Ramos al desnaturalizado hijo, está en contradicción manifiesta con lo declarado por Higinia Balaguer al acusar al hijo de la víctima.

Se generaliza bastante la creencia de que Higinia y Dolores Avila fueron únicas autoras del crimen. No se concibe, en efecto, que si consumó el atroz delito un hombre avezado a estos horrores, dejara viva a la criada. Ni es creíble que ésta, si no estaba en connivencia con el asesino, presenciara con tanta tranquilidad la escena, saliese a la calle en busca del petróleo y volviese a la casa sin temor de que el autor de la muerte de doña Luciana ma-

tase también a la criada para hacer desaparecer el único testigo presencial del caso. La relación de la Balaguer, así como la que Ramos atribuye al propio Varela, tienen todas las apariencias de cosa fantástica y mal compuesta para salir del paso.

¿Pero qué motivos pueden haber inducido a Ramos para inventar semejante historia? Esto no se lo explica nadie; este es otro de los misterios que envuelven al horroroso crimen. La complicación personal del director de la cárcel en este asunto le da los más dramáticos caracteres. La manifestación de Ramos es considerada por algunos como un arma que dirigen contra Millán Astray sus enemigos. La rivalidad entre el último director de la cárcel y su predecesor, parece que es una de las principales fuerzas que secretamente actúan en la doble instrucción del proceso, la instrucción judicial y la de la prensa. Convendría que se depurase este punto, averiguando si las declaraciones de los empleados de la cárcel son sugeridas o no por alguna entidad desconocida que desee salvar o se proponga perder a toda costa al señor Millán Astray, quien se halla en las prisiones militares y cuya situación es bastante comprometida. Levantada la incomunicación a todos los presos, los periodistas se han apresurado a departir con ellos, interrogándoles con febril ardor. Todos los periódicos traen extensos coloquios con Higinia, Varela y Millán Astray, en los

cuales cada uno de los procesados se mantiene en la posición en que parece presentarle el sumario. La criada repite ante los periodistas su cuarta declaración, añadiéndole algunos pormenores, y Millán Astray protesta de su inocencia, dando a entender que es víctima de maquinación infame.

Por fin, el Juez da por terminado el sumario y lo eleva a la Audiencia. Aún no lo conocemos; pero por las referencias que del voluminoso escrito se hacen, parece que no resulta nada contra Medero, Lossa y Gallego. Quedan presos, a disposición de la Audiencia, la Balaguer, Dolores Avila, Varela y Millán Astray. En cuanto a las dos primeras, no cabe duda de su participación en el crimen; sobre el hijo de la víctima recaen vehementes sospechas de complicidad moral o material; pero con respecto a Millán, no sabemos si su culpabilidad se relaciona con el crimen o está simplemente circunscrita al caso de infidencia por el levantamiento de condena.

El interés que esta célebre causa despierta en el público de Madrid y de toda España, lejos de enfriarse aumenta y se acalora de día en día. Nadie habla de otra cosa. Desearíamos todos que la luz se hiciese y que desaparecieran todas las sombras que envuelven el sangriento suceso. Pero las sombras no se disipan y hemos llegado al fin del sumario después de cuarenta días de indagaciones y aún

no podemos fundar nuestro juicio en nada sólido. Todo se vuelve conjeturas más o menos razonables, cálculos y estudios psicológicos de los personajes del drama, sin llegar nunca a desentrañar el argumento.

* * *

Terminado el sumario, produce cierta excitación el hecho de ser puestos en libertad Medero, Lossa y Gallego, quedando presos y sujetos a las resultas del proceso Higinia, Dolores Avila, José Vázquez, Varela y Millán Astray. Contra los primeros parece no resultar nada fundado. Respecto a los segundos, no se ha puesto en claro la culpabilidad de algunos, pero tampoco está demostrada su inocencia.

Apenas levantada la incomunicación de los cuatro procesados, apresúranse los periodistas a conferenciar con los presos, siendo Higinia la que con más afabilidad se presta a contestar a cuantas preguntas se le hacen y a referir pormenores del crimen en que tomó parte. Esta singular mujer no abandona un momento su sonrisa complaciente y bondadosa, su serena actitud y la expresión de conformidad que en otros caracteres son señales de una conciencia tranquila. En ella es quizá el arte del disimulo llevado a sus mayores refinamientos.

Lo más digno de notarse, después de la terminación del sumario, ha sido el propósito de ejercer la

acción pública que el Código autoriza. Los periódicos que desde la perpetración del crimen vienen trabajando con más o menos éxito por su esclarecimiento son los que toman la iniciativa en este asunto. La asociación de todos los periódicos para este fin no ha sido completa, ni el propósito de ellos unánime, pues algunos diarios, entre ellos dos o tres de mucha circulación, dejaron de asistir a la reunión preparatoria con tal motivo celebrada en la redacción de *El Liberal*. Verdaderamente, las personas que juzgaron este asunto con imparcialidad, no se explican el ejercicio de la acción pública. Antes del establecimiento del juicio oral, la eficacia de dicha acción habría sido quizá notoria en determinados asuntos. Pero la vista pública y oral excluye de una manera absoluta todo amaño que intentarse pudiera. Por mucha que sea la desconfianza tradicional de la imparcialidad de los Tribunales, no es posible que esa desconfianza persista ante el procedimiento que hoy se emplea para el esclarecimiento de los hechos. Al juicio han de ir los cuatro procesados con sus respectivos letrados, los cuales, en defensa de los contrapuestos intereses que representan, han de buscar la verdad. El debate contradictorio que las cuatro partes, el fiscal y el acusador privado han de entablar sobre los hechos conocidos; los testimonios de innumerables testigos de cargo y descargo tienen que producir la luz al cabo, y es du-

doso que el representante de la acción pública, por grande que sea su habilidad, consiga más de lo que el mecanismo del juicio oral ha de dar por sí.

Lo peor en este asunto es que se ha querido darle carácter político, por más que lo nieguen reiteradamente los iniciados de la acción popular. Se trata de hacer atmósfera en contra de la justicia que han dado en llamar *historia*, de motejarla y rebajar su prestigio, considerando que el descrédito de la justicia ha de traer el de todos los altos poderes del Estado. Los defectos que indudablemente tiene aún el procedimiento judicial no se corrigen inculcando en el pueblo la idea de que la propiedad, la vida y el honor de los ciudadanos están a merced de una curia viciada y perezosa, que no persigue a los criminales y a veces los ampara.

En la primera reunión de la Prensa se ofreció la representación de la acción pública a uno de los más ilustres letrados de España, don Francisco Silvela. Como éste es además importantísimo personaje del partido conservador, lugarteniente del señor Cánovas del Castillo, la simple designación de letrado implicaba ya una tendencia política. El señor Silvela aceptó con júbilo, pero como indicara que deseaba consultar con su jefe, bastó esta insinuación para que los periódicos le retirasen su representación. Los conservadores simpatizaban, pues, con el movimiento un tanto anárquico de la

Prensa criminalista y han dejado entrever que habrían coadyuvado a la campaña, si los hubieran dejado, error grande que purgarán en su día. El estado de la cuestión nos es por demás confuso. Eliminado el señor Silvela, y habiéndose clareado que en el fondo del asunto no hay más que una coalición más o menos bien encubierta contra el partido liberal, es dudoso que se encargue de sostener la acción popular un abogado de nota. Casi todos los que se pueden clasificar en primera línea son políticos, diputados o senadores y más o menos ligados con los partidos en pugna. Lo más probable es que el plan de la Prensa fracase, primero, por la no cooperación de diarios muy importantes; segundo, por la facilidad con que el asunto se convierte en político, contra la voluntad quizá de sus iniciadores.

A medida que el tiempo pasa, se va conociendo que el papel de la prensa en este célebre proceso es muy discutible. Ciertamente que los periódicos prestaron ayuda eficaz en la indagatoria referente al quebrantamiento de condena, pero las versiones fantásticas que del sumario publicaban, las reseñas de casos y declaraciones puramente novelescas, lejos de aclarar el sumario judicial, lo han oscurecido y prolongado más de lo necesario. El descubrimiento de la verdad es asunto que afecta al honor y a la vida de las personas y aún siendo estos presuntos criminales,

no es cosa que se puede conducir con la impaciencia y el ardor insano que la prensa pone comúnmente en los asuntos que excitan a la opinión. En vez de ser ésta la inspiradora de la prensa, era por ella inspirada y guiada a determinadas conclusiones. La justicia histórica no puede proceder de esta manera, y hace muy bien. Tiene que despojarse de toda pasión y examinar friamente los hechos. La prensa, por el contrario, obligada cada día a sostener y apacentar la curiosidad del público, no puede ejercer de fiscal ni menos de Juez en asuntos criminales sin exponerse a cometer grandes e irreparables injusticias. Bueno que trabajen en aquilatar los hechos, en depurarlos y en la investigación de pormenores que arrojen luz sobre ellos; pero reservando la facultad de sentenciar a quien tiene de la sociedad el encargo de hacerlo.

* * *

Pasado el verano, y cuando ya se habían enfriado los ánimos y esperábamos el completo esclarecimiento del enigma en el juicio oral, una nueva declaración de Higinia Balaguer devuelve a este olvidado drama todo su interés.

La célebre criada de la infeliz doña Luciana Borcino, se ha declarado única autora del crimen, mostrándose arrepentida y exculpando sin género algu-

no de atenuación al hijo de la víctima y a los demás sobre quienes caían sospechas de complicidad. Ya antes de esta declaración, había ganado mucho terreno la idea de que Higinia era la única culpable.

Son ya muy pocas las personas que persisten en acusar a Varela.

Después de la manifestación de la criada, casi no hay nadie que crea en el horrible parricidio. Esto no quiere decir que se dé completo crédito a lo dicho últimamente por aquella diabólica mujer, y cuesta en efecto trabajo creer que ella sola consumara tan atroz tragedia. Queda, pues, en opinión de muchos, parte del enigma por aclarar, y el velo que lo encubre no se ha descorrido por entero todavía. Lo que robustece esta sospecha es que Higinia declara haber procedido por arrebato y en defensa propia, en cuyo caso no hubo premeditación, y como en el sumario constan una porción de hechos que corroboran la premeditación, algunos suponen que la criminal ha dado esta nueva declaración para embrollar y despistar más a la justicia.

El abogado defensor de esta mujer presentó un escrito en la Sala haciendo constar las últimas manifestaciones de la procesada.

Peró al propio tiempo publicó un periódico la *interview* celebrada por uno de sus redactores con Higinia, y de la cual parece que ésta no hizo tal declaración y que obedeció a sugerencias de un abo-

gado para tener un buen terreno en que apoyar la defensa. A consecuencia de esto el letrado señor Galiana ha demandado por injuria y calumnia al periódico, el cual dejando a salvo la consecuencia del defensor de Higinia, sostuvo en el juicio de conciliación sus afirmaciones.

Tal es el estado de la cuestión. Gana terreno la idea de la no complicidad de Varela; se cree que Higinia es autora del asesinato; pero son pocos los que entienden que pudo consumarlo sin ayuda de algún criminal de cuenta. El juicio oral, que según dicen, se celebrará en el mes próximo, lo aclarará todo, seguramente.

Marzo 31 de 1889.

IV

El juicio oral del crimen tristemente célebre de la calle de Fuencarral, sigue despertando enorme interés. He asistido a las cuatro vistas celebradas y pienso asistir a las restantes. El espectáculo del tribunal, el desarrollo de la causa son por todo extremo interesantes. Las enseñanzas que de ella se desprenden, grandes y provechosas. La aparición lenta de la verdad, en medio de tantas declaraciones contradictorias, y tras los embustes manifestados por los criminales, produce en el espíritu del oyente un placer saludable que le desquita del sufrimiento causado por el desfile de tantos horrores. Creo que la luz completa se hará en este misterioso crimen, y que sabremos pronto toda la verdad. A medida que el juicio avanza, gana terreno la convicción moral de que el crimen no tiene las proporciones extraordinariamente dramáticas que le dió en aquellos

días la exaltada imaginación popular. Destácase en primer término en este hecho sangriento la figura de Higinia Balaguer, autora material del asesinato, según confesión propia, y de esta figura principalísima quiero trazar un breve retrato.

Si moralmente es Higinia un tipo extraño y monstruoso, en lo físico no lo es menos. Creen los que no la han visto qué es una mujer corpulenta y forzada, de tipo ordinario y basto.

No hay nada de esto: es de complexión delicada, estatura airosa, tez finísima, manos bonitas, pies pequeños, color blanco pálido, pelo negro. Su semblante es digno del mayor estudio. De frente recuerda la expresión friamente estupefacta de las máscaras griegas que representan la tragedia. El perfil resulta siniestro, pues siendo los ojos hermosos, la nariz perfecta con el corte ideal de la estatuaria clásica, el desarrollo excesivo de la mandíbula inferior destruye el buen efecto de las demás facciones. La frente es pequeña y abovedada, la cabeza de admirable configuración. Vista de perfil y aun de frente, resulta repulsiva. La boca pequeña y fruncida, que al cerrarse parece oprimida por la elevación de la quijada, no tiene ninguna de las gracias propias del bello sexo. Estas gracias hállanse en la cabeza de configuración perfecta, en las sienes y el entrecejo, en los parietales mal cubiertos por delicados rizos negros. El frontal corresponde por su desarrollo a la

mandíbula inferior y los ojos hundidos, negros, vivísimos cuando observa atenta, dormilones cuando está distraída, tienen algo del mirar del ave de rapiña.

En los días de la vista, Higinia, a causa de una afección catarral, está completamente afónica, de modo que no podemos apreciar el timbre de su voz. Lo que sí hemos podido conocer, y ¿por qué no decirlo? admirar, es su serenidad ante el tribunal que ha de juzgarla.

Esta mujer, de ánimo fuerte, que en el curso del sumario prestó tres o cuatro declaraciones distintas, ha hecho en el juicio oral una enteramente contraria a las demás, confesándose única autora del crimen, sin premeditación, ofuscada por los insultos que su ama le dirigía. No vacila un momento en lo que dice: lleva muy estudiado su papel, contesta con extraordinaria seguridad a las preguntas, cuya intención penetra al instante; no se turba jamás; todo lo prevé y a todos los argumentos tiene un argumento que oponer; sabe manifestar aflicción cuando la aflicción le conviene; y la frialdad cuando ésta es útil a su defensa. Se expresa con exactitud de frase, impropia de su condición social, pues debe advertirse, para que se juzgue de su educación, que no sabe leer ni escribir.

Dolores Avila, que, según todos los indicios resulta cómplice y encubridora del delito, aunque no

tuvo en él intervención material, difiere mucho de la principal procesada. Su figura es de las más vulgares, y su condición moral y física la coloca en las capas más bajas y más degradadas de la sociedad.

Varela, hijo de la víctima, es un joven de rostro poco simpático, en el cual se destacan los labios enormes, indicando un desmedido desarrollo de los apetitos y ansiedades materiales.

Se expresa en las declaraciones con bastante soltura, demostrando más inteligencia y mejor educación de la que se le ha atribuido antes de conocerle.

La cuestión batallona, la que da a este proceso inmenso interés, diferenciándolo de los crímenes más horribles, es ésta: «¿Tuvo alguna participación moral o material el hijo en el asesinato de la madre?» He asistido a cuatro sesiones del juicio oral, he oído las declaraciones de los procesados, los informes de los peritos, y las disposiciones de innumerables testigos, y de todo lo escuchado allí saco la impresión de que el hijo es inocente, pruébese o no se pruebe su salida de la cárcel, donde estaba preso. No afirmaré de una manera absoluta su inocencia, ni es posible afirmarla, mientras el juicio no concluya, y aún hay centenares de testigos que no han declarado: pero la misma impresión que he expuesto, la sienten cuantos asisten a la vista, con raras excepciones. Con los elementos que hasta ahora aparecen, con la luz que las declaraciones verdaderas o

falsas arrojan sobre tanta oscuridad, reconstruimos la realidad del crimen, y éste se nos aparece como uno de los más vulgares. La infeliz señora de Varela fué asesinada por su sirvienta. El móvil fué el robo. Higinia cometió el crimen sola, con la ayuda puramente moral de Dolores Avila.

Las sospechas recaídas sobre el hijo se fundan en los malísimos antecedentes de éste, en ciertas irregularidades de la sumaria, en la excitación de la opinión pública y en una coincidencia fatal de extrañas circunstancias. Pronto sabremos si se confirma o no se confirma la versión apuntada más arriba. Hasta ahora, por el curso de la prueba, no existe más que una convicción moral, sin bastante fundamento para formular sentencia. Quizás la muchedumbre de testigos, la extraordinaria amplitud que se ha dado al sumario introduciendo en él elementos de prueba, que más bien oscurecen que aclaran el asunto, son causa de que no pueda demostrarse la premeditación y el robo. Pero aún ha de durar el juicio lo menos quince días, y es fácil que aparezcan testimonios menos oscuros y contradictorios.

En tanto es curiosísimo ver desfilar ante el Tribunal testigos pertenecientes a las distintas clases sociales, señores decentes y presidiarios, mujeres de mala vida, vagos de profesión, mozos de café, empleados de ambas cárceles. El aspecto de la sala es imponente, y desde muy temprano se agolpa a

las puertas del Palacio de Justicia un público ansioso de presenciar la vista. Pero aunque la sala es grande, son relativamente pocos los que logran penetrar en ella.

Damas elegantes ocupan las primeras filas, y no vacilan en soportar los estrujones y el calor por ver de cerca la cara de la tremenda Higinia, oír su voz empañada y admirar la soltura de su mimica, digna de una consumada actriz. Las emociones del juicio interesan a las damas tanto como una buena ópera bien cantada.

Hay otro público, el propiamente popular, que presta febril atención al juicio. Gentes hay que se estacionan desde las primeras horas de la mañana a la puerta de la sala, formando cola, para conseguir un puesto, y se lo ganan con la larga espera, y lo defienden luego como si de cosa mayor se tratase. Cuando constituido el Tribunal, sentados en sus respectivos sitios el fiscal, los defensores de cada uno de los procesados, los de la acción privada y de la acción popular y manda el Presidente abrir la puerta del público, éste se precipita en la sala como una cascada, con ímpetu formidable, ansioso, brutal. Durante la vista expresa sus impresiones con tanta franqueza que el Presidente se ve en el caso de llamarlo al orden, imponiéndole el silencio y la compostura que exige el lugar.

Toda la Prensa asiste al acto, disponiendo de co-

modidades para hacer los extractos, que el público devora por la noche y a la mañana siguiente, pues el interés de este proceso no ha disminuído en los ocho meses transcurridos y se halla tan vivo como en los días que siguieron a la perpetración del crimen.

Abril 19 de 1889.

V

No se presenta fácilmente en la historia criminal un caso tan complejo como éste; quizás la oscuridad que reina en el proceso consiste en haberse dedicado tantas y tantas personas al descubrimiento de los criminales; quizás la multitud de pistas que se han seguido son causa de que no hayamos encontrado aún la verdad completa.

Pero algunos creen que estamos ya en la verdadera pista y qué la verdad ha de lucir pronto.

En la sesión del juicio oral del día 4, Higinia Balaguer hizo una nueva declaración, que destruía todas las anteriores. El estupor que esto produjo en el Tribunal y en el público fué extraordinario. La célebre criminal se expresó con perfecto aplomo y todas las apariencias de la sinceridad. ¿Quién mató a doña Luciana Borcino? Pues según la nueva manifestación de Higinia, ésta y Dolores Avila fueron

únicas autoras del crimen, con el fin de robar a la desgraciada señora de Vázquez Varela. Entre las dos concertaron el hecho y lo consumaron sin auxilio de varón, con cautela y saña, impropias del ánimo femenino, tomando, para la preparación, así como para despistar a la justicia, precauciones que denotan la experiencia y el instinto de la criminalidad.

Primera consecuencia de la declaración de Higinia fué un careo entre ésta y Dolores, que resultó la escena más dramática que he presenciado en mi vida. Las que pocos días antes aparecían juntas en el banco de los acusados, las que anteriormente se apoyaban y sostenían recíprocamente, expresándose siempre de perfecto acuerdo, revelaron, puestas frente a frente, la inmensidad del odio que las separa. De seguro que si se les permite venir a las manos en aquel instante, no quedan ni los rabos, según la gráfica frase del cuento andaluz. Higinia es nerviosa, delgada y de buena estatura; viva de genio, fácil de palabra; Dolores es biliosa, pequeña de cuerpo, grosera y desfachatada. Higinia confirmó su acusación con frase entera y enfática; Dolores negó todo resueltamente; ambas estuvieron firmes y arrogantes. En el público quedó la convicción de que Higinia había dicho la verdad; pero no toda la verdad.

Porque el público no admite que un crimen tan

atrevidamente perpetrado en pleno día y con circunstancias tan aterradoras, sea obra exclusivamente de manos femeninas. La idea de que «hay pantalones» se aferra a la mente del público, y no hay manera de desecharla lógicamente.

Salvo las personas que todavía sostienen la culpabilidad de Varela, el público da crédito a la declaración de Higinia, aunque con bastante desconfianza, por haber mentido ya seis o siete veces la procesada en el curso del sumario. Hay ahora, no obstante, una razón que garantiza hasta cierto punto la verdad de lo últimamente declarado, y es que Higinia, diciendo lo que ha dicho e inculpándose como se ha inculpado, ha subido las gradas del caldoso. Pruébese o no se pruebe la culpabilidad de Dolores Avila, Higinia no tiene ya salvación ante la ley. Se comprende que los criminales mientan para librarse del castigo; pero no es verosímil que mientan para echarse en brazos del verdugo.

Queda la gran duda. ¿Hubo hombres o no hubo hombres en el acto tremendo del 1.º de julio? La mayoría del público se inclina a creer que sí, y que Higinia no los quiere revelar. La mujer más criminal y empedernida es capaz de inmolarse sola antes que delatar al hombre que ama. La presencia de esos misteriosos hombres es corroborada por la declaración de una criada de la casa de enfrente, que, según dijo en el juicio, vió a Higinia hacer señas des-

de el balcón a «dos hombres». Higinia lo niega. La seña fué hecha a Dolores Avila, que estaba en la calle y en la acera de enfrente.

¿No podía alucinarse la criada? Aquí de las conjeturas, de las discusiones y de los quebraderos de cabeza para averiguar si los hombres aquellos fueron alucinación de Gregoria Parejo, que así se llama la criada en cuestión, o si tienen existencia real y la procesada quiere a todo trance salvar de la última pena a tan respetables personas.

Apretada luego Higinia por su abogado y por el juez, amplió su declaración, señalando la intervención de criminales del sexo masculino. Pero éstos no tomaron parte en el crimen. La Dolores les propuso el «negocio» y no lo quisieron aceptar. Se suspende el juicio oral y comienza la sumaria indagatoria para comprobar la declaración de la Balaguer. Al principio surgen dudas y se entablan en la prensa vivísimas discusiones sobre si es verdadera o falsa la pista que ahora se trata de seguir.

La comprobación se funda en las propuestas que parece hizo Dolores a varios ladrones de profesión y en la relación de Higinia respecto a lo que hicieron ambas criminales después de cometido el crimen en la tarde del 1.º de julio.

Según la declarante, fueron a cambiar un billete de mil pesetas (de los robados a doña Luciana) a una casa de cambio muy conocida; después comie-

ron en un restaurante popular que se llama el «Sótano H»; luego compraron bollos, y, por fin, tomaron un coche simón y se fueron a dar un paseito por la Castellana y el Hipódromo.

Antes, y esto es muy esencial, depositaron el dinero robado en una casa que alquilaron para el caso, y cuyas llaves les entregó el portero después de cobrar el importe de dos mensualidades.

Pues la comprobación abrazó, como he dicho, estos extremos. Gentío inmenso seguía a Higinia y al Juzgado cuando la llevaron a reconocer la casa de cambio, el «Sótano H» y la bollería. Sin la custodia de la Guardia civil, la famosa criminal habría recibido más de un arañazo de la irritada muchedumbre. Hay mucha gente que no ve en esta desdichada Higinia sino una gran embustera, una consumada histriónisa, que antes acusó a Varela y Millán Astray y ahora los exculpa, para arrojar toda la infamia del crimen sobre Dolores Avila. Hay quien cree a ésta inocente, y por esto los trámites de la comprobación han sido seguidos con tan vivo interés por el público. No falta quien califique de farsa la declaración afirmativa de los porteros de la casa alquilada para ocultar el robo, y la de los ladrones que confirman la proposición hecha por Dolores, y aun la del cochero que condujo a las dos mujeres al Hipódromo. Pero, al fin, en el ánimo de la mayoría del público ha ido ganando terreno la formalidad de la indaga-

toria, y la opinión hoy da por cierta la revelación de Higinia, si bien se inclina a creer que hay algo todavía que la astuta criminal se guarda para mejor ocasión.

A pesar de lo que se ha adelantado estos últimos días en la prueba, parte de la opinión continúa preguntando: «Pero, esos hombres, ¿dónde están?» Higinia jura y perjura que «ellas dos solas» mataron a la señora. Resulta ella, de su propia declaración, menos culpable que la otra, pues cedió a sus amenazas y no hizo más que sujetar a la víctima por el cuello mientras la otra le metía en la boca un pañuelo con nudos. Cuenta que Dolores la hirió con una navaja, rematándola brevemente. Cuenta además que, sintiendo horror y repugnancia ante tanta atrocidad, se retiró a la cocina, y que al volver a la sala vió a Dolores sentada con un gran bolso en la falda, del cual sacaba billetes y monedas de oro. Dice ignorar de dónde sacó Dolores el dinero; no sabe si la víctima lo llevaba en el seno. Una de las cosas que el público no comprende fácilmente es cómo Higinia, una vez en la calle y después de dar el paseo en coche por el Hipódromo, tuvo alma y valor para volver a la casa del crimen, para soportar la vista del cadáver de su señora, para pegarle fuego después de haberle rociado con petróleo, para echar el cerrojo y acostarse después.

Pero ella explica esta serie de actos por la suges-

tión de Dolores, quien durante el paseo en coche la convenció, no sin trabajo, de que la mejor manera de borrar las huellas del crimen era incendiar el cadáver, y de que volviendo a la casa, y destruídas por el fuego las señales de las heridas en el cuerpo de doña Luciana, y acostándose luego, y haciendo el papel de que se quemaba la casa, no recaerían en ella sospechas. Verosímil es, sin duda, esta obcecación de los criminales y la facilidad con que se forjan ilusiones respecto a los medios de engañar a la justicia; pero aún así, no es extraño que subsistan dudas acerca de extremos tan importantes. ¿Pero hubo o no hubo hombres en la tragedia aquella? ¿Son capaces dos mujeres solas de consumir actos tan terribles, y el acto del incendio cabe en los medios de acción de una mujer sola? Este es el enigma que no se ha aclarado aún y que esperamos ver aclarado cuando se reanude el juicio oral, el día 24 del presente mes.

* * *

Difícilmente podré dar idea del interés que en Madrid despierta este asunto y del calor que han llegado a tomar las diferentes opiniones sobre el resultado probable del juicio. La Prensa está dividida; parte de ella se adhiere a las diligencias practicadas por la justicia y reseña los trámites de la indagato-

ria sin comentarios; otra parte se revuelve airada contra la *justicia histórica*, censura todos sus actos, recusa todos los testimonios y no admite más prueba que la que le conviene. De la discusión entre los órganos de estas dos tendencias han salido las denominaciones de *sensatos* e *insensatos*, con que los periódicos de uno y otro bando se designan.

El público está también dividido. Hay mucha gente que se encariñó con la idea de la culpabilidad de Varela, y no se da a partido. Para éstos, Varela salió de la cárcel, mató tranquilamente a su madre, ayudado por Higinia, y se volvió tan campante a su celda, protegido por Millán Astray. Los que tal sostienen, se fundan en los antecedentes deplorables del desdichado joven, en el testimonio de los que aseguran haberlo visto en las calles de Madrid por aquellos días, y sobre todo en esa inexplicable adivinación del sentimiento popular, que si algunas veces acierta, otras se equivoca. Entre los *varelistas* los hay tan fanáticos que no vacilan en invocar testimonios y aducir pruebas de aparente fuerza. Hay que convenir en que algunos obran de buena fe, y en que la fascinación popular, ese fenómeno histórico que tanta parte tiene en las creencias y en los movimientos de la plebe, se presenta aquí con los caracteres de siempre. Para éstos, Higinia miente al acusarse a sí propia con circunstancias agravantes, condenándose a muerte. Se les pregunta: «¿Qué in-

terés puede tener esa mujer en asumir la responsabilidad del crimen, exculpando al delincuente, cuando le habría sido tan fácil aprovechar en beneficio suyo la hostilidad del público contra Varela y seguir acusándole como le acusó en los primeros días?»

A esto responden que Higinia obedece a una voluntad misteriosa que dirige todo este lío, a una entidad desconocida y poderosísima que se propone salvar a Varela, y que salvará también a Higinia. Puesta la cuestión en el terreno de lo novelesco y maravilloso, pierde, al menos para mí, todo su interés, pues no creo en tales paparruchas, ni nada contrario a la lógica ni al sentido común, entra fácilmente en mi cabeza. Reconozco, y lo reconozco como un mal, que esas estupendas y maravillosas máquinas gozan, por su propia falta de lógica, de todo el favor de las imaginaciones de esta raza. Creo que es deber de todos corregir ese amor a lo inverosímil en vez de fomentarlo. Y las imperfecciones evidentes de nuestros tribunales, y nuestra defectuosísima manera de enjuiciar no se corregirá desprestigiando a los tribunales y enseñando al pueblo a ver siempre en ellos lo contrario de la verdad y la sinceridad.

Entre los llamados *sensatos*, también se advierten obsesiones que son el tema obligado de ardientes disputas. La idea de que necesariamente hubo *mano de hombre* en el crimen está tan arraigada,

que no obtienen fácil crédito las pruebas en contrario. Se hacen mil cálculos respecto a quién o quiénes serían los tales individuos del sexo fuerte, y como los hombres no parecen, por más que se les busca, es cosa ya de preguntar a todo el mundo. No es de extrañar, pues, que yendo uno muy tranquilo por la calle se tropiece con un amigo de estos que están trastornados con el crimen y nos diga:

—¿Es usted por casualidad el hombre?

—¿Qué hombre?

—Hombre, bien me entiende usted: el hombre ese que necesariamente ayudó a la Dolores y a la Higinia. Porque, ¿en qué juicio cabe que dos mujeres solas, la una delgada y de poca fuerza, la otra de menguada estatura, pudieran...? Ha llegado el momento de la sinceridad, y de despejar la incógnita, y de pronunciar la clave del enigma. Toda persona honrada que en conciencia crea ver el tal hombre que la justicia busca, debe declararlo. Ayudar a los tribunales es deber de todo buen ciudadano. Y si por casualidad es usted el asesino, ¿por qué no decirlo y sacarnos de dudas?

—Le prometo a usted que si llego a descubrir que soy yo el infame cómplice de esas malvadas mujeres y tengo plena conciencia de que *mojé*, he de tener también valor para delatarme a la justicia.

Hay, además, personas en quienes la sugestión obra prodigios. De tanto hablar del crimen y de tanto

leer declaraciones de testigos llegan a creerse también testigos, sueñan que han visto algo y concluyen por creérselo. De aquí proceden esas afirmaciones vagas y nebulosas que corren de boca en boca por los cafés y por todos los lugares donde la única ocupación de las gentes es hablar y hablar mucho.

A lo mejor sale un individuo diciendo que en la tarde del primero de julio vió a un hombre en la calle de Fuencarral esquina a la del Divino Pastor, y que le pidió fuego para encender el cigarro y se lo dió. ¿Quién era aquel hombre?... A esta pregunta siguen los puntos suspensivos, que encienden la curiosidad y llevan la imaginación de los oyentes al campo inmenso de las más extrañas conjeturas.

Otros cuentan que vieron un grupo de hombres en cierto café, grupo sospechoso se entiende, con la particularidad de que las caras de aquellos hombres revelaban la más viva ansiedad. Al grupo se acerca una mujer que dice algo como «ya está hecho todo», y les entrega un bulto, que debe de ser el dinero de doña Luciana.

Sobre esto de la fortuna de la infeliz víctima, la imaginación popular emula con la del fecundo creador de las *Mil y una noches*. De la sumaria se desprende que la fortuna heredada por Vázquez Varela asciendo a 150.000 duros próximamente, y que puede disfrutar de una renta de cuarenta y cinco a cincuenta mil reales. Pues hay quien asegura y ofre-

ce probarlo que doña Luciana tenía en su casa el día del crimen 70.000 duros en metálico. Claro es que tal cosa no se prueba, pero la especie corre, y muchos la creen, porque estas hipérboles de dinerales escondidos en casa del avaro tienen siempre gran aceptación.

¿Que mucho que la novela de los 70.000 duros guardados por doña Luciana en guantes viejos haya servido de fundamento a su otra novela folletinesca de la mano misteriosa que dirige en el misterio toda esta máquina de la poderosa influencia que hace declarar a Higinia hoy una cosa y mañana otra con el fin de embrollar la causa y obtener al fin la mayor de las oscuridades?

Pero en medio de estas confusiones de la opinión, hay un rastro, un orden de hechos probables: la declaración última de Higinia. Si se comprueba plenamente, todas las novelas se disiparán como el humo. En cuanto a Dolores Avila, es mujer de carácter entero, muy práctica en el crimen, muy conocedora de las triquiñuelas del Código penal, y no confesará nunca su culpabilidad. Higinia, su cómplice y amiga, que la conoce bien, decía hace pocas tardes en un coloquio que tuvo con varias personas: «Esa no dirá nunca la verdad; irá al palo diciendo que es inocente».

Mayo 30 de 1889.

VI

Ya se ha dictado sentencia en el célebre crimen de la calle de Fuencarral. Varela y Millán Astray han sido absueltos libremente por no resultar nada contra ellos, sin perjuicio de abrirles nuevo proceso por quebrantamiento de condena. Higinia es condenada a muerte por estar convicta y confesa del asesinato de doña Luciana, y Dolores, a diez y ocho años de reclusión por cómplice y encubridora.

Sabido es que la versión de la culpabilidad de Varela ha sido popular, y aun lo es todavía, aunque no tanto como en los pasados meses. El juicio no ha hecho luz completa sobre todos los pormenores del crimen.

Para algunas personas la curiosidad sigue siendo completa. A mi juicio, se sabe lo esencial, aunque ciertas particularidades no se vean claras. La famosa declaración de Higinia culpándose a sí misma en union de Dolores Avila, me parece, si no verdadera

en todas sus partes, de una gran verosimilitud. Dolores se ha encerrado en tenaz negativa, y como no se le ha podido probar la participación en el hecho material del asesinato, la Sala ha creído que debía aminorar la pena pedida por el fiscal, que era la de muerte.

Pero la sentencia está fundada en la declaración de Higinia; la confesión de ésta resulta severamente castigada, y el silencio de Dolores premiado, porque gracias a él ha podido salvar la pelleja. He aquí un veredicto que no satisface a nadie, pues los que negaban veracidad al relato de Higinia, llevan a mal que ésta sea condenada, y los que creían en él no hallan justo que la iniciadora del crimen quede sin castigo mientras lo tiene tan cruel la que fué a él sugestionada por su compañera. Veremos si el Supremo confirma la sentencia. Aún hay quien dice que este proceso dará mucho que hablar todavía; que ofrecerá nuevas peripecias; que ha de abrirse un nuevo período de prueba; que Higinia o Dolores o las dos juntas han de hacer, cuando menos se piense, nuevas e importantes revelaciones. Yo no lo creo. Pero si así fuere no faltará a mis lectores relación exacta de lo que ocurra.

EL CRIMEN DEL CURA GALEOTE

Madrid, abril 21 de 1886.

I

Un hecho inaudito, una tragedia espantosa, de esas que más parecen obra de los siglos medios que del tiempo presente, ha llenado de consternación a la capital de España hace dos días.

El Obispo de Madrid ha sido asesinado en el momento de entrar en la Catedral para celebrar la fiesta de las palmas. El asesino ha sido un sacerdote.

La noticia de este infame atentado era de tal naturaleza, que al principio no se le daba crédito. Parecía invención de imaginaciones dadas a lo maravilloso. Pero pronto se convenció Madrid entero de que, aunque increíble, la espantosa nueva era cierta. Los crímenes de esta naturaleza, por la calidad de la víctima y la investidura del delincuente, son

raros en la historia, tan raros, que se pueden contar con los dedos de una mano. Un príncipe de la Iglesia, herido por un clérigo, y muerto en medio de la multitud que se agolpa a su paso con veneración, es caso que, como vulgarmente se dice, pone los pelos de punta. El fanatismo político de Merino, asestando una puñalada a Isabel II, tiene explicación dentro del orden lógico de las cosas humanas; pero un cura disparando tres tiros de revólver contra su superior jerárquico por móviles de amor propio herido, por venganza de un castigo disciplinario, no cabe ciertamente, a primera vista, dentro de nuestras presunciones por pesimistas que sean.

El Obispo fué herido el domingo a las nueve y media de la mañana, y expiró el lunes a las cinco y cuarto de la tarde. El asesino no hizo resistencia a la policía, y confesó en el acto los móviles de su espantoso crimen.

Trataré de referir lo ocurrido, con la mayor claridad posible.

* * *

Don Narciso Martínez Izquierdo era el primer Obispo de Madrid, circunstancia que merece tenerse en cuenta. Aunque parezca extraño, esta populosa Capital no era cabeza de Diócesis, y pertenecía desde los tiempos más remotos al Arzobispado de Toledo. Varias veces intentaron los Reyes crear

una Catedral en Madrid. El metropolitano no podía atender cumplidamente al gobierno eclesiástico de esta Corte con la prontitud y la diligencia que su numeroso clero exigía. Por fin, en tiempo de don Alfonso XII se pensó seriamente en establecer la Diócesis, y habiéndose prestado Roma a secundar el pensamiento, se hicieron los trabajos de fundación y la nueva Catedral quedó establecida por bula pontificia, hace próximamente un año. El Gobierno puso al frente de la nueva Diócesis al Obispo de Salamanca.

Veamos quien era éste. En las Cortes de 1871 se suscitó discusión muy viva sobre la «Internacional». Era diputado en aquellas Cortes un clérigo joven, oscuro, elegido por Guadalajara. En la sesión del 28 de octubre, contendiendo el señor Nocedal con el señor Castelar, hizo alusión al citado sacerdote, quien, recogida la alusión, pronunció un discurso admirable, modelo de dialéctica y de buen decir. Desde aquel día, el nombre de don Narciso Martínez Izquierdo salió de la oscuridad. En la reñida contienda parlamentaria, Castelar reconoció las grandes dotes intelectuales de su adversario. Rival de Izquierdo en opiniones, no desconocía el gran tribuno, que era éste una de las personalidades más ilustres del clero español, y al año siguiente, siendo jefe del Estado, lo incluyó en la propuesta de obispos que hizo a Roma. En 1874, Martínez Izquierdo era

preconizado Obispo de Salamanca. A los once años de desempeñar este cargo, fué elegido para ocupar la Sede de Madrid-Alcalá de nueva creación. Un año hace que tomó posesión. Su episcopado en la nueva Diócesis ha sido breve. El insigne prelado tenía cincuenta y cinco años.

* * *

Se pensó en él para este cargo porque se adivinaban grandes dificultades, y se reconocía la necesidad de poner al frente del clero de Madrid a una persona de mucho carácter y entereza.

Por efecto de la relativa libertad en que ha vivido hasta aquí el clero madrileño, dependiente de Toledo, había no poca relajación en la disciplina. Madrid, como ciudad muy populosa, favorece ciertas licencias, encubre las faltas y muchos que no pueden vivir según su índole en las poblaciones pequeñas, campan aquí por sus respetos, sin que nadie se meta con ellos. En Madrid hay muchos clérigos que apenas usan el traje eclesiástico; otros frecuentan los cafés y aún sitios peores; los hay que dicen dos o tres misas al día, en diferentes iglesias, y por fin, las prácticas rigurosas del celibato eclesiástico no suelen ser, en bastantes casos, más que una vana fórmula.

Préstase a encubrir todas estas faltas la extensión de esta capital, la facilidad que en ella existe para

burlar toda vigilancia, y ciertos usos inveterados, muy difíciles de extirpar. Poner al frente de la cle-re-cia de Madrid un Obispo, que pudiera vigilarla y gobernarla más directamente que el de Toledo, era el mejor medio de corregir tales abusos, y el señor Martínez Izquierdo demostró desde los primeros momentos que servía para el caso.

Apenas tomó posesión de la Sede madrileña el Obispo de Salamanca, emprendió una campaña ruda y tenaz contra los abusos.

Hizo que cada clérigo se inscribiera en determinada iglesia para impedir las misas dobles y cuá-druples; sujetó a examen a todos los sacerdotes re-sidentes en esta villa, y empezó a retirar las licen-cias a todos aquellos que por su conducta no de-bían, a juicio del Prelado, disfrutarlas. Hay que advertir que en Madrid hay clérigos dignísimos, modelo de virtud y saber; pero también abundan los que vienen aquí expulsados de sus Diócesis res-pectivas buscando en la confusión de esta gran ciudad los medios de disimular su indisciplina o los perjuicios que les causa su torcida vocación.

La campaña emprendida por el señor Martínez Izquierdo debía de producir buenos resultados, por-que las quejas de muchos clérigos contra los rigo-res del prelado no tardaron en hacerse oír. A las redacciones de algunos periódicos llegaban frecuen-tes comunicados. Unos se publicaban y otros no.

El Progreso, órgano del republicanismo avanzado, recibía cartas diversas firmadas por un tal Cayetano Galeote y Cotilla, en las cuales se quejaba amargamente de no ser atendido por Su Ilustrísima, de que se le privaba del sustento, retirándole la misa con ciertos alardes de soberbia y extravagancia tan impropias de un sacerdote, que el ilustrado director del periódico, teniendo por loco o poco menos al autor de tales epístolas, no pensó en publicarlas. El sábado último presentóse en la redacción el mismo clérigo Galeote y dejó una tarjeta y un paquete de cartas. Eran copia exacta de las mismas remitidas antes en diferentes días. En la tarjeta rogaba al señor director que conservase aquellas cartas por si pronto necesitaba hacer uso de ellas.

* * *

Llegó el Domingo de Ramos. Don Cayetano Galeote y Cotilla vivía en la calle Mayor en una casa humildísima y en compañía de una sobrina o ama de gobierno llamada Tránsito. Salió el clérigo muy temprano de su casa vestido de cura. Dícese que a primera hora de la mañana estuvo en un café desayunándose. Desde las nueve se le vió paseándose solo en el pórtico de la Catedral. La antes Colegiata de San Isidro, hoy Catedral, está situada en la calle de Toledo, la más grande y populosa de esta capi-

tal, pues pone en comunicación el centro con los poblados barrios del Sur.

Por delante de San Isidro transita siempre muchedumbre inmensa, hasta el punto de que la circulación se hace difícil a ciertas horas. Como en Madrid no se habían celebrado nunca las funciones de Semana Santa con la pompa y brillantez propias de una cabeza de Diócesis, y como este año era el primero en que tal se hacía, acudió mucha gente el domingo a la hermosa fiesta de las palmas. Todo el clero de Madrid, con cruz alzada, estaba allí. La Iglesia estaba llena de señoras; en el atrio no se cabía, y en la calle los tranvías y coches tenían que detenerse para no atropellar a la multitud.

A las nueve y media se vió venir el coche del señor Obispo. La muchedumbre se abrió paso, agolpándose en las escaleras para besar el anillo del Prelado. Este descendió del carruaje y subió las gradas del pórtico. Al poner el pie en el tercer escalón, un clérigo apartaba la gente para acercarse al Obispo, como si también él quisiera besar el anillo. Con movimiento rápido, Galeote sacó de debajo de la sotana un revólver y disparó tres tiros a quema ropa sobre el Obispo, el cual cayó en tierra.

El asesino gritó: «Estoy vengado». Al instante se echaron sobre él los que estaban más cerca, y la policía tuvo que hacer grandes esfuerzos para librarlo del furor de la muchedumbre. Fácil es hacerse car-

go de la confusión, del espanto que se produjeron en la Iglesia y en el pórtico. El Obispo fué recogido exánime del suelo y transportado a una habitación que hay junto a la puerta y está destinada a conserjería.

Él mismo pidió la Extremaunción, creyendo cercano su fin. El doctor Creux, que en la Iglesia estaba, acudió al instante, y desde los primeros momentos pronosticó un desenlace funesto. En la apretada multitud que llenaba la Iglesia, hubo las escenas que es fácil suponer: desmayos de señoras, tumultos, ahogos, gritos, ayes, lágrimas.

El herido fué acostado en una humilde cama, la primera que se pudo tener a mano. Tenía una herida en el muslo, de poca gravedad, y otra en el costado derecho gravísima y mortal de necesidad. La bala había traspasado la médula espinal e interesado los riñones. Al punto se inició la parálisis de las extremidades inferiores, y el herido cayó en gran postración.

Galeote, cuyo nombre no puede ser más siniestro, fué llevado a la prevención del distrito, donde prestó las primeras declaraciones con bastante aplomo, fumando cigarrillos. Parecía fatigado, pero no arrepentido, e insistió en la justicia de su causa y en que sus móviles no debían ser juzgados con ligereza. Fuertemente escoltado por la Guardia civil, fué conducido a la Cárcel Modelo, donde el Juez le

tomó declaraciones aquella misma tarde. Tiene cuarenta y cinco años, es natural de Vélez-Málaga y padece de sordera. Este defecto físico parece tener alguna relación con la acritud de carácter. Es de temperamento muy nervioso, y las cartas enviadas a *El Progreso*, y que se publicaron íntegras al día siguiente del crimen, revelan una soberbia extraordinaria, un temple moral completamente depravado y un natural quisquilloso, levantisco y rebelde a toda disciplina. No niega el crimen, mas trata de atenuarlo, diciendo que sólo quiso herir al Obispo, no matarlo. Hace hincapié en lo de que su honor había sido ultrajado, y se presenta como víctima de sus superiores y perseguido injustamente. Sostiene que sólo aspiraba a una modesta retribución, y que cometió el crimen impulsado por el hambre. La causa se sigue con rapidez; el sumario parece estar terminado ya, y pronto se celebrará el juicio oral, que ha de ser interesantísimo, y esclarecerá por completo un asunto, que, en realidad no está muy oscuro.

El infortunado Obispo estuvo hasta la hora de su muerte en una situación de martirio extraordinariamente dolorosa. Ni por un momento tuvieron los médicos esperanzas de salvarlo. La muerte era inevitable. Todo el vecindario de Madrid se ha conolido vivamente de tan horrenda desgracia, y la humilde conserjería en que pasó su postrero día el primer Obispo de Madrid fué visitada el domingo y

lunes por las personas más ilustres. A las cinco y cuarto cesaron los sufrimientos del prelado. Su vida fué ejemplar, su muerte espantosa.

* * *

Don Narciso Martínez Izquierdo nació en 1831 en Rueda, pueblo de la provincia de Guadalajara, en modestísima cuna.

Sus padres eran labradores, y los años de su infancia guardan cierta analogía con los de la de Sixto V.

A pesar de esto, su amor al estudio le sacó de aquel medio humilde, y habiéndose inclinado desde edad muy tierna a la carrera eclesiástica, sus adelantos fueron rapidísimos. El 57 recibió las sagradas órdenes y el 64 hizo oposición a la canongía penitenciaria de Sigüenza, la cual ganó después de brillantes ejercicios. Dos años después aspiró a la magistral de Granada, que ganó también por oposición. Durante el período revolucionario le eligieron diputado a Cortes sus paisanos, y de esta circunstancia y principalmente de su notable discurso de octubre de 1871, arranca, como he dicho antes, su notoriedad y su ingreso en el Episcopado español. Fué diferentes veces senador por elección de las provincias eclesiásticas y tomó parte en las discusiones de carácter religioso.

Su elocuencia era correcta, persuasiva, brillando

principalmente en la controversia escolástica. Desplegó mucha energía en el gobierno de las Diócesis de Salamanca y Madrid. Su conducta privada era intachable.

La dolorísima impresión que en Madrid causó este inaudito hecho, ha dado origen a los comentarios más extraños. Parte de la prensa ve en este crimen una señal del desquiciamiento universal, la horrible preponderancia de las malas pasiones, y generalizando fácilmente con la cómoda retórica a que se presta un crimen de tal naturaleza, ven en éste un síntoma de la depravación de los tiempos, la protesta contra toda autoridad, así religiosa como civil. Otros, por el contrario, condenando también el crimen, ven en él uno de tantos, *uno más* añadido a la lista que diariamente publican todos los diarios, y quieren quitarle la importancia que le da la calidad de la víctima. En ambas opiniones hay evidente exageración. Galeote no es un fanático, ni ha obedecido a una idea extraviada, sino al impulso de su soberbia y de sus rencores personales. Tampoco puede admitirse que la jerarquía de la víctima sea un dato sin valor en el proceso, y los mismos que tal sostienen, lo niegan indirectamente con su conducta, pues si el asesinato de un Obispo es lo mismo que el asesinato de un tabernero de la esquina, ¿por qué consagran a éste diez líneas del periódico, y a aquél la mitad del número durante cuatro días?

Ni el crimen de San Isidro es un signo del desquiciamiento social, ni puede ser mirado tampoco como un suceso de todos los días. Hay que ver en él un resultado de la relajación a que ha llegado por desgracia una parte del bajo clero, una consecuencia de la indisciplina. Esta ha hecho una víctima en persona de las más eminentes y dignas del cetro personal eclesiástico, y la lección que de esto resulta no puede ser más elocuente. El Obispo que suceda al infortunado señor Martínez Izquierdo, tiene que adoptar el sistema de *virga férrea*, llevar sus rigores hasta la crueldad y no perdonar la más ligera falta, aplicando a sus subordinados un sistema disciplinario inspirado, hasta cierto punto, en los principios de la ordenanza militar. Si no lo hace así, los curas *suellos*, que pululan por Madrid, traídos aquí por la ambición y echados de otras ciudades donde sus vicios les hacían muy notorios, le van a dar muchos disgustos. Tendrá que arrostrar la impopularidad entre esas huestes de cuerpos *francos* tonsurados. La idea de regenerar al clero de Madrid debe ser grande y de muy difícil realización, puesto que ya ha producido un mártir. Quiera Dios que no sea el primero...

* * *

La prensa ultramontana ha dicho que Galeote era masón, y aún indica la logia a que pertenecía, y el

nombre o número que usaba en aquella misteriosa asociación. Pero al sostener esto, los ultramontanos no han añadido ninguna prueba. Debemos ponerlo en duda, y creer que tal especie no tiene más objeto que echar la culpa del crimen a las ideas liberales que con más o menos fundamento, se asocian por algunos al instinto masónico. También se dijo que el cura Merino, que dió la puñalada a la Reina Isabel, era masón; mas no resultó cierto. El baldón que sobre el clero arroja la mano aleva de Galeote es demasiado grande para que los defensores del Estado eclesiástico no quieran arrojarlo sobre otra cabeza.

Las cartas escritas y coleccionadas por Galeote con la indudable idea de darlas a la publicidad, no le retratan como hombre fanatizado por una idea, sino movido de la soberbia y de las malas pasiones.

Hombre de menos pasta de sacerdote no es posible imaginar. El tono iracundo, insolente, y poco culto de sus epístolas bastan a justificar los desaires que supone recibidos de su víctima. En dichas cartas se ve claramente también la premeditación del crimen. En algunas cartas amenaza al Rector del Cristo de la Salud, que le había retirado la misa, en otras al cura de Chamberí, y en todas da a entender que si no le hacen justicia, es decir, si no le conceden lo que pide, tomará una resolución muy sonada. Los antecedentes del criminal son en ver-

dad poco recomendables. En Puerto Rico, donde vivió cinco años, fué procesado varias veces. Vivía en Madrid con gran estrechez y sus relaciones eran escasas, porque su carácter duro y violento no era a propósito para cultivar amistades. Vivía en su compañía una mujer llamada Tránsito Durdal, de treinta y tantos años. Los que la han visto dicen que es guapetona, alta, de ojos negros, boca grande y conjunto muy agradable. Cuando el Juzgado se constituyó en el domicilio del delincuente para hacer un reconocimiento, la Tránsito prestóse sin dificultad a mostrar cuanto en la casa había. Encontráronse allí cápsulas de revólver. Los muebles y todo el ajuar es modestísimo. Una circunstancia digna de ser muy notada es que en la casa no se encontró más que una cama.

El ama de Galeote asistió con serenidad al reconocimiento, facilitándolo y ayudando al Juez en sus pesquisas. Unicamente se la vió turbarse cuando el Juez se fijó en un álbum de retratos en que estaban apareados el de ella y el de don Cayetano Galeote.

Este, en sus declaraciones, no ha intentado extrañar la opinión de la justicia, ni de enredar el asunto para obtener, ya que no un resultado favorable, las dilaciones siguientes. O ha tenido talento bastante para comprender que esto era imposible, o quiere que la sinceridad atenúe su delito. Sus declaraciones han sido francas y terminantes confor-

mes en todo con lo que revelan sus cartas. Dícese que el proceso marcha con rapidez y que antes de un mes se pronunciará la sentencia. Ignórase aún quien será el defensor del reo. El desenlace de este drama, por lo que respecta a Galeote, no se sabrá fijamente hasta que la última palabra sea pronunciada; pero todo induce a creer que esta palabra será terrible.

Abril, 30 de 1886.

II

En mi última crónica me ocupé del asesinato del Obispo de Madrid. Posteriormente he procurado reunir datos positivos para comunicar a mis lectores la mayor copia de noticias sobre este drama terrible, y visité con tal objeto al cura Galeote en la cárcel de esta corte, y visité también a su ama de llaves, doña Tránsito, de quien tanto se ha ocupado la Prensa.

La primera impresión que me produjo el reo cuando le ví fué penosísima. Vacilaba yo entre el horror y la compasión, y al propio tiempo la curiosidad me hacía clavar en él la vista. El criminal, como el abismo, atrae la mirada, venciendo la curiosidad al espanto. De la sostenida atención que esta misma curiosidad produce, depende tal vez que no se olviden jamás visitas de esta especie, ni se borren de la memoria los términos de lo que en ella se habla.

En nuestra Cárcel Modelo, que es un edificio de primer orden, hay locutorios muy bien dispuestos, donde se ve a los presos y se habla con ellos sin peligro alguno de la seguridad. Doble reja de hierro con tejido de alambre separa al visitante del preso, y la cara de éste aparece como a través de un cañamazo. Tráenle al locutorio desde su celda, sin que se comuniqué con nadie, y su aparición tras las alambreras parece cosa fantástica, pues ni se sabe por dónde entra ni tampoco por dónde sale cuando se lo llevan.

Don Cayetano Galeote y Cotilla representa cuarenta y cinco años, y su fisonomía predispone poco en su favor. Tiene la nariz pequeña y corta, la boca muy grande y muy separada de la nariz, los ojos negros y vivos, la frente despejada. La sordera que padece da a sus ojos una expresión particular, pues, como todos los sordos, parece querer oír con las miradas. La fortísima excitación en que estaba el día en que le ví daba a su rostro contracciones muy extrañas, y su tartamudez era extremada. Mientras duró la conferencia tuvo ambas manos clavadas en la red de alambre, asomando por los huecos sus dedos afilados y manchados por el humo del cigarrillo. Apoyado en las manos, adelantaba su rostro hasta tocar en los alambres o lo retiraba hasta quedarse en la penumbra. Estos movimientos dábanle cierto aspecto de fiera enjaulada, y su inquietud ha-

bría sido poco tranquilizadora si no estuviera donde estaba.

Lo primero que nos dijo a las tres personas que le visitábamos fué referente a su situación legal; pero tan turbado estaba el infeliz, que no concluía ninguna frase ni acertaba a expresar claramente su pensamiento. A veces esta torpeza parecía marrullería, a veces perturbación física y moral. Lo que se deducía de su lenguaje balbuciente era un deseo muy vivo de que no formáramos juicio definitivo del asesinato del Obispo hasta no conocer bien los móviles que le impulsaron a tan tremendo acto. Se manifestó como perseguido y vejado y arrastrado a la vindicación de su honor por la fuerza incontrastable de las circunstancias. Asegura que no quiso matar al prelado, sino simplemente herirlo, lo que no se compagina con el ensañamiento que mostró en la consumación del delito, pues disparó a la víctima dos tiros después de haberle herido gravemente y derribado con el primero. Cuando se le nombra al padre Vizcaíno no puede ocultar Galeote el rencor que le tiene. Este presbítero fué, según él, autor de su humillación y de la situación deshonrosa en que estaba. Lanzado de la Iglesia del Cristo, sin que se le dijera el motivo de su expulsión, Galeote pidió explicaciones, primero al padre Vizcaíno, después al prelado, y como ninguno se las quisiera dar, se tomó la justicia por sí mismo.

Cuando se le pregunta por qué, siendo el padre Vizcaino el principal autor de la ofensa, no descargó sobre él su venganza en vez de descargarla sobre el Obispo, da unas contestaciones sofisticas y enrevesadas que no aclaran el hecho. Quizá él mismo no se dé cuenta de esta sustitución del objeto de sus odios. Aseguró después que cuando en la cárcel le dieron la noticia de la muerte del señor Martínez Izquierdo, se afectó extraordinariamente, quedándose un buen rato *sin saber lo que le pasaba*. Le hablamos de que el Obispo le había perdonado en la hora de su muerte, y oyó esta indicación con incredulidad; cuando nos referimos a su padre, anciano de ochenta años, pareció afectarse verdaderamente, y aún sollozó y lloró un poco; pero sus ojos continuaban secos. Un rato después, como volviéramos a hablar del Obispo y de su fin, encomiando sus altas cualidades, se excitó Galeote extraordinariamente y dijo que se retiraba. Fuertemente agarrado a la reja y crispando sus dedos amarillos, se dejaba caer hacia atrás, balanceándose con un movimiento semejante al de los cuadrumanos apriisionados.

La conferencia no podía continuar en un terreno que era como el suplicio del reo. Era forzoso dejar a un lado el crimen, si queríamos que Galeote no suspendiese la visita, y le hicimos varias preguntas acerca de su familia, de su infancia, de su vocación

de sacerdote. En este terreno el hombre se encontró más dueño de sí. Fué serenando poco a poco, y no tardó en expresarse de un modo natural y corriente, cual si los cuatro estuviésemos en la mesa de un café.

Su lenguaje es siempre incorrectísimo y revela muy poca cultura. Tiene de vez en cuando esas acentuaciones especiales del sacerdote, un cierto dejo meloso, adquirido por el hábito de ocultar los pensamientos. Rarísima vez emplea un término latino, y no con entera propiedad. Gesticula nerviosamente, y sus manos obedecen en ocasiones a los mismos hábitos de la condición clerical, queriendo dar al discurso una expresión de suavidad amanerada.

* * *

Lo que nos contó referente a su familia y a su juventud en Vélez-Málaga, es muy interesante. Eran once hermanos, de los cuales se han muerto dos y restan nueve. Uno sirve en la Guardia civil, otro es recaudador de contribuciones. Algunas de sus hermanas están viudas y viven en honrada pobreza. Su madre murió cuando él tenía diez años. Su padre vive aún y tiene la avanzada edad de ochenta y seis años. La industria con que este señor ha mantenido a su numerosa familia era la fabricación de

ladrillos y tejas. Cayetano Galeote creció en el tejar de su padre, trabajando en las faenas más modestas. A pesar de esto, fué a la escuela y aprendió a leer y escribir *en pocos meses*, según él mismo dice, no sé si a impulsos de una disculpable vanidad.

No podía pensar su padre en darle carrera, como no fuera la carrera de los pobres, que es la eclesiástica. Pero el joven Cayetano, después de haber dado aquel ejemplo de precocidad aprendiendo tan brevemente a leer y escribir, no mostró ninguna aplicación ni deseos de ser hombre ilustrado. La vida del tejar le embrutecía sin duda, y con llevar y traer cubos de agua y arena veía colmadas sus aspiraciones. El padre, sin embargo, insistía en que fuera sacerdote. Un día hubo gran fiesta religiosa en Vélez-Málaga, con asistencia del señor Obispo, de muchos clérigos y de varios seminaristas, algunos de los cuales habían sido compañeros de Cayetano en la escuela de primeras letras. El viejo Galeote era, según declaración de su hijo, hombre muy piadoso y muy metido en la iglesia; así, cuando vió a los alumnos seminaristas, con su traje talar de aprendices de curas, se desconsoló mucho de que su hijo no estuviese entre ellos. Acabada la función, don Cayetano tuvo una conferencia con el muchacho, en la cual le dijo, casi con lágrimas en los ojos: *«Cayetano, si tú quisieras estudiar, yo vendería hasta la camisa.»*

De aquí arranca la vocación eclesiástica de este desgraciado, el cual se puso inmediatamente a estudiar latín en una gramática vieja que le trajo su padre. Y parece que tuvo cierto entusiasmo por la carrera, con lo que el anciano estaba loco de contento. Creía sin duda que la familia adquiriría de este modo un lustre soberano, y que el clérigo de la casa estaba llamado a grandes destinos. ¡Ironías de la suerte! En el drama espantoso del Domingo de Ramos hay un personaje de segundo término, cuya situación excita hondamente la piedad de toda alma honrada. Este personaje es el anciano don Cayetano Galeote, que ha vivido ochenta y seis años para ver lo que ha visto, la familia denigrada y sus más caras ilusiones arrojadas por el suelo.

Cuenta el reo que en el tiempo en que se preparaba para recibir las órdenes, su padre le hacía leer vidas de santos, y platicaba constantemente con él de asuntos religiosos y litúrgicos. Júzguese de la alegría del buen señor, cuando el joven cantó misa en la iglesia mayor de la villa de Vélez-Málaga. Durante un espacio de tiempo, que no precisó, estuvo el cura don Cayetano desempeñando sus funciones en la citada iglesia. Debía de ser párroco o ecónomo, porque dijo que tenía *sus tenientes*. Gustaba de la pompa del culto, y de celebrar con mucho aparato las fiestas religiosas. En cambio, declara que no fué nunca de su agrado el confesionario, no sólo a

causa de la sordera que padece, sino por otros motivos que no expresó con claridad.

Tampoco nos dijo por qué dejó la posición eclesiástica de Vélez-Málaga, que pinta con tan risueños colores, para marcharse a Puerto Rico. O no era tan envidiable su situación en su país natal, o si lo era, debió de surgir algún inesperado accidente que le obligó a embarcarse para América.

Sobre su residencia en Puerto Rico, de la cual se cuentan cosas que le favorecen poco, nada le preguntamos, porque deseando aprovechar el tiempo tratamos de saber algo de la vida privada en Madrid, y de su ama de llaves, doña Tránsito Durdal. De esta señora tiene Galeote tan buenas ausencias, que cuando se pone a hablar de ella no acaba. *La señora que le asistía* es, según él, un dechado de bondad y de buen gobierno. Tratábale con grandes miramientos, y ayudaba con su trabajo al sostenimiento de la casa, cuando el cura estaba mal de intereses. Gracias a ella, nunca faltó lo preciso en el modesto domicilio de la calle Mayor, y de ella partía también la iniciativa para mandar algún sobrante, en días de relativa abundancia, a la necesitada familia de Vélez-Málaga.

Terminada la entrevista con Galeote, intentamos ver a doña Tránsito en su casa, calle Mayor, número 61, tercero con dos entresuelos. Fuimos allá; nos recibió muy afable, y desde que cambiamos con ella

las primeras palabras reconocimos que era muy fundado el agradecimiento de Galeote, y que doña Tránsito no es una mujer vulgar. Acerca de ella corrieron por la Prensa, en los primeros días, mil noticias absurdas, que hoy puedo rectificar con conocimiento de causa. Doña Tránsito es mujer que se gana las simpatías en cuanto se la trata. Representa treinta y cinco años, y tiene figura esbelta, fisonomía inteligente y modales corteses. En su semblante se observan las huellas del pesar que la aflige. Es muy discreta, mucho más discreta que Galeote en todo lo que dice, y mide perfectamente las palabras para que de ellas no resulte nada desfavorable al reo.

Antes de penetrar en la casa pudimos apreciar el buen concepto que tiene de esta señora la vecindad del número 61 de la calle Mayor. Es extraordinariamente trabajadora y muy hábil en la confección de ropa blanca. Trabaja para las principales casas de Madrid en el comercio de este artículo.

Muestra especial empeño doña Tránsito en pintar a Galeote como un hombre de buenos sentimientos y como sacerdote intachable. Antes de la crisis de soberbia que le llevó a la perdición, Galeote tenía el genio apacible. Era tan bueno para su familia, que todo cuanto tenía lo daba a sus parientes. Al volver de Puerto Rico repartió todas sus economías, dando a onza por barba, y se quedó sin un

cuarto. Frecuentemente venía a Madrid algún pariente a gestionar asuntos particulares, y don Cayetano lo alojaba en su estrecha vivienda.

—Por *ser este hombre una mano rota*—nos decía doña Tránsito—llegó a verse en la triste situación en que estaba últimamente.

Refiriendo los sucesos que llevaron al infortunado clérigo a aquel grado de exaltación, el ama de gobierno hace recaer parte de la culpa sobre el padre Vizcaíno. Las intrigas de sacristía exacerbaron el temperamento quisquilloso de don Cayetano. Los pasos que dió para que el prelado le rehabilitara fueron inútiles. Un día en que fué a visitar al señor Galeote el padre Gabino, confesor del Obispo, Galeote se le hincó de rodillas delante en la misma sala aquella en que estábamos, y echándose a llorar le pidió que intercediera con su ilustrísima para que le hiciese justicia. La misma doña Tránsito se presentó al señor Izquierdo para impetrar su apoyo en favor de Galeote. El Obispo se llevó el dedo índice a la sien para indicar que Galeote no estaba en su cabal juicio.

Y algo debía haber de ésto, porque durante los tres meses que antecedieron al crimen, Galeote no comía ni dormía; se había dejado crecer la barba, y sus actos no eran propios de una persona sensata. Ignoramos si en esta época compró el revólver con que hirió al Obispo, o si lo tenía desde una época

anterior. Respecto a la ocasión en que se apoderó del ánimo del infeliz cura la idea maldita de su venganza, nada nos dijo doña Tránsito, o porque no lo sabe, o porque no quiere decirlo. En lo que sí insiste, demostrando muy buen tino de defensora, es en pintar a Galeote como un hombre que en aquellos días obraba de una manera inconsciente, por causa de la alteración de sus facultades.

Según ella, la turbación en que estaba hacía enteramente irresponsable; sus actos eran puramente mecánicos, impulsados por una voluntad ciega. Este es el único punto sólido en que puede apoyarse la defensa de Galeote, y doña Tránsito ha demostrado un instinto seguro al fijarse en él.

En su ademán, en la viveza y convicción de su lenguaje, en la pena que su semblante expresivo revela, se ve claramente el interés hondísimo que doña Tránsito siente por su infortunado huésped, y se comprende bien que sería ella capaz de los más grandes sacrificios por salvarle, o al menos por aménorar la pena que le aguarda. El tesón de esta mujer no puede menos de inspirar simpatías, cualquiera que haya sido el carácter de sus relaciones personales con el cura. Según indica, ella era dueña de la casa y él vivía allí en calidad de huésped. Pero Galeote decía la *señora que me asiste*, lo que parece indicar que el amo era él y doña Tránsito desempeñaba las funciones de *ama de gobierno*. No quiere

mos ahondar este asunto, y nos parece poco delicado arrojar ciertos baldones sobre una pobre mujer que hasta ahora no figura en la causa sino como testigo, y no es acusada de complicidad. Lo que hubiere de cierto en esto se ha de saber a su tiempo. Hasta que el juicio oral ponga de manifiesto los resortes de este drama, aun los más escondidos, reservemos nuestra opinión, no sea que resulte que son infundadas las apreciaciones, un tanto ligeras, hechas por la Prensa al describir el hogar del cura Galeote.

Desde el día siguiente al en que recibió nuestra visita, el reo se resistió a ofrecerse a la curiosidad y a los interrogatorios de escritores y periodistas. Comprendió, sin duda, que las declaraciones verbales eran peligrosas, y se mostró dispuesto a contestar por escrito a cuanto se le preguntara. La literatura epistolar es su fuerte, como lo prueba la colección de cartas que ya han recorrido toda la Prensa española y extranjera. Durante bastantes días se resistió a tomar alimento. No bebía más que café, sin hartarse nunca. El director del establecimiento le prohibió o le redujo a límites prudentes el uso de esta bebida, porque la excitación nerviosa del reo era ya alarmante. Ultimamente ha ocurrido una sensible modificación en las ideas de Galeote, sin duda por la intervención religiosa del capellán de la cárcel, que celebra con él frecuentes conferencias. Pa-

rece estar más tranquilo, y ha escrito dos cartas, una al Nuncio y otra al cabildo catedral de Madrid, en las cuales se muestra atribulado y arrepentido sin condiciones, declarándose movido de un ciego impulso de vanidad y soberbia al cometer el crimen. La defensa por locura parece, según se desprende de estas cartas, completamente abandonada por el reo.

* * *

Por extraña coincidencia, al asesinato del primer Obispo de Madrid, sucedió una serie de crímenes que podríamos llamar eclesiásticos por ser obra de manos de sacerdotes y perpetrados en recinto sagrado.

El más odioso, infame y vil de todos fué el que se consumó en la parroquia de San Luis de esta capital la noche del Jueves Santo. ¡Qué Semana Santa más trágica la de este año, y qué suelto ha andado en ella Satanás, según la creencia del vulgo!

Lo de San Luis sucedió del modo siguiente: Hallábanse los hermanos de cierta cofradía velando el Santísimo Sacramento, cuando notaron que uno de los grandes cirios chisporroteaba. Acercáronse a verlo los caballeros de guardia, y en el mismo instante estalló, con horrible estruendo, un petardo de dinamita contenido dentro del cirio. La detonación fué espantosa, y se apagaron todas las luces del

monumento, y las cortinas aparecieron luego con más de quinientos agujeros. Las dos personas que más cerca estaban quedaron gravemente heridas. Una de ellas, médico, muy conocido en Madrid, se llama Izquierdo, apellido funesto, que era el mismo del infortunado obispo de Madrid.

¿Cómo entró aquel cirio en la iglesia? Es muy sencillo. Cualquier persona puede llevar en estos días a las iglesias los cirios o velas que guste mandar, para que se enciendan en el monumento. Después recogen los cabos que se consideran benditos. El miércoles se presentó en la sacristía de San Luis un muchacho portador de un cirio algo más gordo que los usuales, para que fuera encendido al siguiente día. Nada podía sospecharse, ni había motivo alguno de recelo, pues aquel mismo día llegaron muchos cirios de diferentes calibres destinados al propio objeto.

El muchacho aquel desapareció sin decir si volvería o no a recoger el cabo, ni dar las señas del domicilio del piadoso donante. Todas las averiguaciones que la Policía ha hecho por descubrir a los autores de este salvaje y estúpido crimen han sido inútiles. El fabricante de cirios explosivos continúa envuelto en el misterio. Los cereros de Madrid declaran y aprueban que el cirio infernal de San Luis no ha sido de ningún establecimiento de esta corte.

Hacer el mal de esta manera, hiriendo *al que le toque*, es de lo más execrable que cabe en la naturaleza humana. Todos los crímenes, incluso el de Galeote, tienen la disculpa, ya que no la justificación, de un móvil personal, o bien venganza que satisfacer, o bien un lucro que conseguir. ¿Pero esto qué significa sino perversidad fría llevada a su último extremo? Se dice que el petardo estaba colocado de modo que estallase en el momento en que la iglesia estuviese llena de gente. El objeto de los criminales era, sin duda, robar las mesas de petitorio aprovechándose de la confusión que forzosamente se había de producir. Por casualidad providencial el cirio fué encendido más tarde de lo que calcularon los criminales, y la explosión no ocurrió hasta después de las doce y cuando el templo estaba cerrado y no quedaban dentro de él más que las personas encargadas de velar el Sacramento. Si la explosión llega a ocurrir cuando la iglesia estaba atestada de gente, habríamos tenido que lamentar una verdadera catástrofe.

* * *

Y va de cuento.

En un pueblo de la provincia de Huesca, y en los mismos días de Semana Santa, un cura disparó un tiro de revólver contra el maestro de escuela.

El móvil fué, según parece, odios y rencillas de localidad.

En Menorca, un canónigo de la catedral de Ciudadela, preso por amenazas al señor obispo, escribe a éste una carta insultante, reiterando su insubordinación y amenazando al prelado con hacer justicia por procedimientos análogos a los puestos en moda por Galeote y Cotilla.

En Madrid, no recuerdo bien si en los últimos días de Semana Santa o en los primeros de la Pascua, ocurrió un suceso, que por fortuna no terminó en tragedia. Más bien tiene sus puntos y ribetes de sainete.

En la calle de Cabestreros vivía una joven honesta y bonita, a la cual obsequiaba con miradas y epístolas amorosas un galán como de unos veintiocho años, que mañana y tarde le paseaba la calle. No era esta insistencia del agrado de la muchacha, ni menos de un hermano suyo, que se decidió a ponerle los puntos sobre las *ies* al citado don Juan. Una noche se encaró con él, y le quiso disuadir con diversos argumentos de sus proyectos amorosos. El amartelado galán quería llevar la cosa por buenas y protestó de la honradez de su pasión, declarando de la manera más terminante que iba con buen fin.

No convencieron estas razones al celoso hermano; ambos se enredaron de palabra primero, y después a las palabras siguió la violencia de las acciones. In-

tervino una pareja de Orden público, y en la Prevención se descubrió que el galán era cura, uno de estos *curas francos* que tanto abundan en Madrid. En los bolsillos de su ropa seglar llevaba el angelito un revólver de cinco tiros.

Esta serie de hechos ha impresionado al público. Pero, ¿qué es esto? ¿Se viene abajo el mundo? ¿Satán se ha puesto los hábitos? ¿Qué clero es éste, que en un corto espacio de tiempo y en los días más santos del año ofrece a la estupefacción del mundo tal serie de escándalos y crímenes?

El mundo no se hundirá seguramente; pero todo indica que la llaga es honda en el Cuerpo eclesiástico, y que ha de tener muy buena mano el que se comprometa a curarla. Muchos sostienen que sólo con el hierro y el fuego se curará.

Octubre, 9 de 1886.

III

Creo que desde que existe el juicio oral en España no se ha celebrado ninguno tan dramático y que tan hondamente haya conmovido al público como el del presbítero Galeote, matador del Obispo de Madrid. Había que ver, en los últimos días, las inmediaciones del Palacio de Justicia. Una multitud inmensa se apiñaba a las puertas; los unos, intentando penetrar en la sala, que sólo tiene cabida para ciento cincuenta personas; los otros, contentándose con ver al reo en el breve momento que tardaba en pasar del coche celular a la puerta del edificio. Galeote atravesaba por entre la multitud vestido de cura, con manteo y canaleja, aparentemente sereno.

Dentro de la sala, y frente al Tribunal, el reo se ha permitido las mayores extravagancias, ya desconociendo la autoridad del presidente, ya interrumpiendo a cada instante las declaraciones de los testigos. Pasando bruscamente el llanto a la ira, siem-

pre agitado y nervioso, sus palabras, sus apóstrofes, ora epigramáticos, ora terribles, han excitado vivamente el interés del público.

En resumidas cuentas, ¿está loco o no? Esta es la pregunta que se hace todo el mundo.

Una de las cosas más chocantes en este extraordinario criminal es que carece en absoluto de todo sentido moral y de toda idea de responsabilidad. No ha expresado sentimiento alguno que indique arrepentimiento; no manifiesta lástima de la víctima, a quien inmolaría cien veces en aras de lo que él llama su honra. Esta monomanía de sacrificar a su honra la vida de un superior, de quien personalmente no había recibido agravio, indica un cerebro enfermo, una perturbación mental grave y una degeneración total indudable. Sus frases se han hecho célebres. Algunas están impregnadas de groserías; otras revelan bastante agudeza. Todas indican la violencia de su temperamento y la fuerza de la soberbia, que ha causado la perdición de este hombre infeliz.

En el curso del interrogatorio se ve que se le trató con alguna desconsideración, pues si se le tuvo por demente debieron desengañarle y procurar su entrada en un manicomio. «Entonces—dice él refiriéndose a una de las entrevistas—empezó el *chuleo*.» Cuando vió llorar a su hermana, que era uno de los testigos de descargo, se inmutó extraordina-

riamente, diciendo: «Ahora mataría yo catorce obispos que se me pusieran delante.» No demuestra amor a la vida, y oyó con indiferencia calmosa la voz del fiscal, que pedía para él la pena de muerte. Cuando vuelve de sus espasmos de ira, convencido de que no se le quiere hacer justicia, su tema es éste: «Que me den un revólver, y, fris atrás, me pego un tiro y todo se acabó.»

El informe de los médicos ha sido brillante. No queda duda, después de oír a los doctores Simarro y Vera, que Galeote es un ser degenerado. Su demencia es hereditaria, y muchos individuos de esta familia han padecido locura manifiesta o bien otras enfermedades que tienen relación con los desórdenes encefálicos. Galeote padece el delirio de persecución, y las determinaciones de su voluntad son completamente mecánicas, irresistibles y desligadas de toda idea moral. ¿Está por eso exento de responsabilidad? ¿Hállase la ciencia frenopática lo bastante adelantada para poder determinar dónde acaba la responsabilidad? ¿Se ha llegado a encontrar el punto exacto en que la justicia debe retirarse, poniendo a los criminales en poder de los médicos?

Esta es la cuestión grave, la más grave quizás, que se ofrece hoy a la consideración de los hombres de ley. Antes que éstos lleguen a una inteligencia completa con los alienistas ha de pasar mucho tiempo. En tanto la sociedad ve con alarma que cunde

la tendencia a tener por locos a los criminales, quedando por tanto libres de castigo, y la penalidad recae tal vez en los que han dado menos pruebas de perversidad.

En el caso de Galeote podría muy bien venir una solución que sería muy extraña, dando lugar a la más singular anomalía. Supongamos que el Tribunal, en vista de las innegables pruebas de locura que ha dado el delincuente en la comisión de su crimen y después en el juicio oral, le declara exento de responsabilidad y, por tanto, de pena, mandando que se le encierre en un manicomio. Tenemos, pues, a Galeote sometido, no a una corrección penitenciaria, sino a un tratamiento médico. Supongamos que éste es tan hábil que el enfermo se cura. Cuatro, cinco o seis años de vida reclusa, buena alimentación y un sabio método terapéutico le arreglan aquella desordenada cabeza, desaparece el delirio persecutorio, la manía de la honra, y mi hombre vuelve a la plenitud de sus facultades. Esto es difícil, pero no científicamente imposible, porque los reconstituyentes pueden obrar ese prodigio y aun algunos mayores.

Pues bien; restablecido Galeote de la enfermedad que le impulsó a dar muerte al obispo, no hay ley ninguna que le pueda retener en la clausura del manicomio.

Precisamente, a los manicomios van los locos

para curarse, y cuando se curan no hay más remedio que ponerlos en la calle. Estando Galeote en perfecto estado de salud y en perfecto equilibrio cerebral, tiene que ser forzosamente dado de alta. No será posible entonces aplicarle la pena que habría merecido si obrara con sano juicio en el asesinato del obispo, porque como loco era irresponsable, y, en una palabra, no supo lo que hizo. Su acción fué como la de una máquina. La ley y la lógica pedirían que no se le molestara en lo más mínimo y veríamos a Galeote paseándose por esas calles y quizá diciendo misa en la misma capilla del Cristo de la Salud.

A esta serie de consideraciones hipotéticas se contesta que Galeote debe ser encerrado en un manicomio a perpetuidad; pero no hay manicomios penitenciarios. La justicia moderna, aliada con la frenopatía, debe empezar por crearlos. Y si los crea, ¿no es absurdo que se tenga encarcelado a un hombre después de haber recobrado la razón? Si se sostiene la necesidad de los manicomios penales, se reconoce que hubo responsabilidad en el loco que cometió un crimen, pues de otro modo no sería justa la reclusión perpetua.

Todo esto demuestra que la ciencia penal no ha dicho aún la última palabra en este problema, o más bien que estamos aún en los comienzos de esta gran evolución en las teorías del derecho, influidos por

los crecientes estudios de la fisiología y de la frenopatía. Estos no dan aún bastante luz sobre problema tan grave; pero los trabajos continúan, y cada día se esclarece más, cuestión tan oscura. En España cultivan estos estudios los doctores Simarro y Ezquerdo, ambos aventajadísimos en la teoría y en la experiencia.

EL BANDIDO MELGARES

Madrid, enero 12 de 1887.

I

Parecerá mentira, pero es desgraciadamente muy cierto, que aún existe en algunas provincias de Andalucía el legendario tipo del bandolero, y que los «Diego Corrientes», los «Niños de Ecija» y los «José María» tienen todavía sucesores, aunque a la verdad está tan degenerada la familia, que los bandidos de hoy tienen poca semejanza con los de antaño, como no sea en la perversidad. Favorecen la existencia de estos tipos, diferentes circunstancias, como la irregularidad del suelo en las fragosidades de la Alpujarra, la distribución de la propiedad en grandes y deshabitados cortijos y cierta disposición de aquellos pueblos a vivir fuera de toda ley moral y en lucha con la autoridad.

Lo más extraño del bandolerismo en estos tiempos es la protección que recibe de personas acomodadas e influyentes. Sobre esto, se dicen cosas que no me atrevo a estampar aquí. Y algo debe de haber en esto de cierto, porque si los bandidos no contaran con ciertos apoyos, su existencia sería imposible en estos tiempos. Todavía gozan estos criminales de aquella popularidad novelesca que dió fama a sus predecesores; todavía sus atentados a las personas y a la propiedad son tenidos por hazañas entre ciertas gentes, y no les es difícil a los tales burlar la persecución de la Guardia civil, porque fácilmente encuentran quien les oculte. Pero aún así, no podrían vivir mucho tiempo si no contaran con protecciones misteriosas en las capitales.

Los bandidos que han adquirido celebridad de diez años a esta parte son: «Melgares», el «Bizzo del Borge» y «Frasco Antonio», ayudados por otros de menos nombradía.

De «Melgares», que acaba de ser cogido y muerto, después de diferentes batidas y persecuciones, se cuentan horrores. Su osadía no tiene límites. Solía disfrazarse de uno de pueblo con arte maravilloso. Otras veces se vestía de albañil, y cuando traía entre mano algún negocio de mucha importancia, se disfrazaba de caballero y se paseaba tan tranquilo por las calles de Málaga sin que nadie lo conociera. Cuéntase de este hombre que trabajaba en las lu-

chas electorales y que de esto le venía la protección que de elevadas personas recibía. Era a veces espléndido y a veces mísero. Vivía sobriamente, y gran parte del dinero que robaba empleábalo en asegurar la impunidad de sus delitos, recompensando ampliamente a los que le ocultaban y sobornando a funcionarios subalternos. Cuéntase, no obstante, que tenía economías y que sus bienes raíces, puestos a nombre de personas de su familia, ascendían a cuarenta mil pesos.

Varios guardias civiles perdieron la vida persiguiendo a éste y otros malvados de su cuadrilla. Empezó por perpetrar secuestros; pero después, imponiéndose por el terror a los propietarios, les exigía gruesas sumas a título de seguro de sus fincas. Era pequeño de cuerpo, fornido y musculoso, de pelo oscuro y rizado, y de edad como de cincuenta años.

Por fin ha perecido, y si la persecución activa e inteligente iniciada por el Ministro de la Gobernación continúa como hasta aquí, pronto quedará espulgada de estas alimañas maléficas la provincia de Málaga. Hace pocos días fué también cogido y muerto por la guardia civil el llamado «Frasco Antonio», de la partida de «Melgares», célebre por su perversidad y sanguinarios instintos. Había ido el bandido a una casa de Vélez-Málaga a recoger cierta suma exigida con amenazas a un propietario de la

localidad, cuando le sorprendió la guardia civil, dándole muerte.

Casi en los mismos días cayó también otro, a quien llamaban «el Portugués», y actualmente sólo queda «el Bizco», que era el segundo, o si se quiere el jefe de estado mayor de «Melgares». También es «el Bizco» muy sanguinario, un verdadero monstruo de astucia, valor personal y fuerza física. Pero se dice que está muy viejo, enfermo y algo decaído de ánimos, por lo cual será difícil que pueda burlar ahora la persecución tenaz de la policía y la guardia civil.

Últimamente habían estallado serias discusiones entre los individuos que componían la partida de «Melgares». «Frasco Antonio» se insurreccionó, y otros, conocidos por «Miguelillo el Francés» y «el Niño de la Vega», habían provocado reyertas graves, siendo cada día menos firme y reconocida la autoridad del jefe «Melgares». Aun no se sabe quién ha dado muerte a éste, porque su cadáver apareció en un despoblado sin indicio alguno del matador.

La autoridad ha tenido que recurrir a todos los medios para extirpar a esta canalla, valiéndose del espionaje y fomentando las discordias entre los bandidos. De cualquier manera que sea, los resultados son buenos. Siempre que el Gobierno se ha propuesto de una manera enérgica extinguir el bandidismo lo ha conseguido, lo cual prueba que el

bandolerismo no puede prosperar en nuestros tiempos sino por la debilidad de las autoridades. Consentir tal afrenta en pleno siglo XIX es verdaderamente ignominioso, y ya era tiempo de que se pusiera término a tan repugnante espectáculo. Veremos si la campaña continúa con el mismo éxito y si «el Bizco» corre la suerte de su compañero y capitán el atrevido «Melgares».

EL SUBMARINO « PERAL »

Madrid, diciembre 12 de 1888.

I

No he hablado aún del submarino «Peral», el atrevido invento que tanto interés despierta entre la gente científica y cuyas pruebas se esperan con tanta curiosidad dentro y fuera de España. Hoy me ocupo por primera vez de este asunto, para decir que las pruebas, fijadas para este mes, no se verificarán hasta el próximo enero, no sólo porque el inventor y constructor desea hacer particularmente varios ensayos importantísimos referentes a orientación, visualidad, radio efectivo de acción y evoluciones de inmersión y ascenso, sino porque aún faltan ciertos trámites para que la prueba oficial pueda hacerse con arreglo a un plan científico y en las mejores condiciones. Por estas razones, la natural im-

paciencia de los que esperan un éxito seguro para el señor Peral y de los que aguardan la prueba para dar su opinión definitiva, ha de contenerse hasta principios del año próximo.

Los problemas de mecánica, física y química que este atrevido invento entraña son de mucha gravedad para que se arriesgue el éxito por precipitación. En estas pruebas o ensayos preliminares, que ya se están ejecutando, acompañan al señor Peral distinguidísimos oficiales de la Armada, escogidos marineros y maquinistas. Las dimensiones del buque submarino son: eslora, 21 metros; manga y puntal, 2,74 metros; desplazamiento a flote, 79 toneladas ídem sumergido, 87. El motor principal del buque es la electricidad, dispuesta por medio de aplicaciones enteramente nuevas. La marcha será de 11 millas a flote y de 10 sumergido.

Han creído algunos que las experiencias hechas recientemente en Tolón con un buque de esta especie, llamado «Gimnote», quitaban la precedencia al invento de nuestro ilustrado compatriota; pero esto no es cierto. Cinco años hace que Peral propuso al Ministerio de Marina la construcción de su aparato, exponiendo las teorías en que fundaba su invención. Además de esto, las pruebas del «Gimnote» han dado muy mal resultado, mejor dicho, han sido un fracaso. La teoría de este buque no presenta ninguna novedad en el campo de la ciencia, mientras

que el «Peral» hará, al decir de los que están en el secreto, una verdadera revolución en el arte de construcciones navales. Todos deseamos que la prueba oficial se verifique pronto para alabar sin tasa la constancia del distinguidísimo oficial de Marina y asignarle los títulos de gloria que por dicha constancia y por su saber le pertenecen.

Febrero 12 de 1889.

II

Los ensayos parciales del submarino han comenzado, y los distintos problemas estudiados profundamente por el inventor parecen en vías de solución satisfactoria. Los primeros ensayos fueron los de la impermeabilidad del casco, pues no siendo ésta absoluta, el aparato no puede funcionar sin peligro. Por perfecto que sea el ajuste de planchas de palastro, y por habilidad que tengan los obreros remachadores, rara vez se impide la filtración de agua. Para obtener la mayor perfección posible en el *estanco*, se han hecho minuciosos trabajos en el casco del «Peral», sumergiéndole repetidas veces y calafateando por los medios más eficaces las juntas de las planchas. Por fin se ha comprobado la impermeabilidad de un modo que aleja todo peligro.

Luego se han hecho las pruebas de inmersión y horizontalidad, problemas de ardua solución, y sin los cuales difícilmente podrán cumplirse los objetos

polémicos del aparato. Luego vendrá la cuestión de marcha. Dijose, no ha mucho, que los acumuladores no podrán contener fuerza eléctrica para dar impulso al buque durante mucho tiempo, y si el radio de acción se circunscribía a dos o tres horas, el éxito del invento sería muy dudoso; pero este temor se ha desvanecido con nuevos ensayos y aplicaciones de la fuerza motriz. Los ensayos parciales continúan, y en Cádiz reina verdadero entusiasmo por la obra del insigne marino. Sus compatriotas tienen fe ciega en el éxito. Todas las clases sociales lo miran como un timbre de honor de la noble ciudad marítima, y se apresuran a tributar a Peral homenajes de admiración. Es unánime la creencia de que esta aplicación nueva de la electricidad a la navegación submarina ha de resultar más práctica que cuantas se han hecho antes de ahora fuera de España. ¡Qué triunfo para Peral y qué gloria para todos nosotros si los gaditanos se salen con la suya!

Si las pruebas parciales que se están verificando dan buen resultado llegaremos a la prueba oficial sin duda alguna respecto al éxito. Las últimas noticias que puedo recoger acerca de tan interesante asunto son: que el día 15 saldrá el «Peral» del dique para hacer un ensayo de navegación, primero a flote y después sumergido, probándose su marcha y la facilidad para virar; que al día siguiente se ensayará el disparo de torpedos «withord», poniendo de blan-

co una boya; que el 17 se probará la marcha propiamente submarina a diversas profundidades, disparando torpedos debajo del agua y subiendo después rápidamente a la superficie; al propio tiempo probará la potencia luminosa del reflector eléctrico. Después saldrá del caño de la Carraca, y navegando por la bahía dará la vuelta a las fortificaciones de Cádiz, llegando hasta dar frente al Castillo de Sancti Petri. Si todo este programa se realiza con éxito, las pruebas oficiales se verificarán el 22, y entonces el «Peral» destruirá en alta mar un casco de buque, atacándole por la quilla, y navegará *submarinamente* desde Cádiz hasta Cartagena, con sus interrupciones y respiros, que ha de exigir forzosamente este largo trayecto. Porque el problema más difícil de resolver, según personas entendidas, es el de la respiración de los tripulantes dentro de un recinto herméticamente cerrado durante muchas horas.

Soy de los que tienen esperanza en el éxito del invento de Peral, de los que lo desean ardientemente, de los que creen debe ser alentado el inventor y recibir toda clase de apoyos. El ilustre marino, que ha consagrado lo mejor de su vida y toda su actividad a esta gran idea, merece que sus conciudadanos le ayuden por todos los medios. El patriotismo nos lo dicta así y nos impone este deber; necesita, no sólo del apoyo material, sino del moral. Pero no debemos tampoco anticiparle el triunfo, dando por re-

sueltos los problemas científicos que encierra su pensamiento antes que las pruebas concienzudamente hechas lo acrediten. Peral es hombre serio, hombre de estudio, y ha contraído un gran compromiso con la patria y con la ciencia. ¡Qué honor tan insigne para nuestro país si aclaramos antes que ninguna otra nación el misterioso enigma de la navegación submarina! Aunque el problema no apareciese recto en toda su complejidad, ¡qué gloria tan grande si lográramos determinar en él un progreso evidente, ponerlo en vías de resolución e iniciar la radical transformación de la marina militar!

Conviene, pues, esperar con calma las pruebas, poniéndonos tan lejos de las desconfianzas sistemáticas como de los entusiasmos prematuros. Condenemos el escepticismo de los que dudan de la eficacia del invento sólo porque es español o por otras razones; pero no nos entreguemos tampoco a expansiones optimistas. Si Peral triunfa, como parece probable, todos los aplausos no serán bastantes para premiar su mérito; todos los galardones serán pocos para coronarle. Afortunadamente no hemos de esperar mucho tiempo para saber a ciencia cierta a qué atenernos.

III

Marzo 6 de 1889.

Las pruebas del submnarino «Peral» empiezan mañana. Hay grande expectación, así en Cádiz como en toda España. Ayer quedó a flote el submnarino. Lo primero que se hizo fué establecer conexiones entre las distintas baterías; después entró el agua en el dique, y el «Peral» flotó, cumpliéndose estrictamente los cálculos del inventor en lo referente a este problema. El agua llegó a un decímetro y medio de la línea de flotación calculada. Esta diferencia corresponde al peso de los ciento cincuenta acumuladores que aún no se han embarcado, y a los lingotes de plomo que todavía no están a bordo. Abiertas luego las puertas del dique, el «Peral» salió remolcado y fué amarrado en el canal, flotando en perfecta horizontalidad. Probarónse luego con poca fuerza motriz las hélices de propulsión. Dióse avante y atrás, y resultó que funcionaron de un modo perfecto. Hoy, a las doce, serán las pruebas

de velocidad y evoluciones, saliendo el buque a poca velocidad por el caño de la Carraca. Saliendo a la bahía, marchará hasta Rota y de allí regresará al Arsenal. Numerosos buques mercantes han sido fletados por los curiosos para presenciar estas pruebas preliminares. Pronto hemos de saber si los afanes del interventor y su indudable capacidad tienen el premio que merecen.

UN DRAMA DE AMOR

Madrid, febrero 12 de 1889.

I

La trágica muerte del Príncipe Rodolfo de Austria es el tema preferente de toda la prensa europea. Desde que se anunció la muerte del infeliz Príncipe hasta hoy, las versiones acerca de esta desgracia y de sus causas han sido varias. El telégrafo nos ha dado todos los días una historia distinta. La fantasía popular ha hecho de la suya con tan extraño acontecimiento. Hubo quien al propalarse el hecho, vió en él un caso semejante al del Príncipe don Carlos, hijo de Felipe II. Después vino una historieta de amores, enlazada con un duelo a la americana; luego un accidente de caza. Por fin, la cosa ha quedado en drama de amor, el eterno drama de amor, que se repite sin cesar en todas las grandes poblacio-

nes. En Madrid hemos tenido no ha mucho uno conforme al patrón correspondiente; dos amantes que, contrariados por sus respectivas familias, exaltados, delirantes, resuelven darse la muerte, y se la dan. Esto pasa con frecuencia en las sociedades modernas, lo extraordinario es que el caso se haya dado en personas de alta estirpe. La historia de algunos siglos acá no ofrece un drama de tal naturaleza en que sea protagonista el heredero de un poderoso imperio. No suelen producirse, pues, esas pasiones tan furibundas en las alturas de un trono, en el seno de una familia reinante. El lugar de la acción, la jerarquía de los héroes, la resonancia de sus nombres constituyen la verdadera gravedad del drama, y también su poderosísimo interés estoy por decir *su belleza*, la cual realmente pide un Schiller que la exprese en forma literaria.

La versión admitida hoy y que parece verdadera es que el Príncipe estaba enamorado de la baronesa Vescera y tenía con ella relaciones ilícitas. La Princesa Estefanía, esposa de Rodolfo, ofendida y celosa le amenazó con retirarse a vivir con sus padres los Reyes de Bélgica, el Emperador Francisco José, escribió a su hijo haciéndole ver de una manera amistosa lo escandaloso de su conducta. He aquí preparado ya el fatal desenlace, los amantes ven que sus lazos criminales no pueden continuar; no tienen valor para romperlos. El conflicto es inso-

luble dentro de los medios ordinarios de la vida; surge entonces la muerte como única solución. En la humanidad se repite con dolorosa frecuencia este argumento sencillo y poético; de pocos personajes, sobrio y terrible.

Claro está que en cuanto aparece un nuevo caso, se dice que los amantes que tal hicieron y a tan nefando extremo se precipitaron, estaban locos. No alcanzamos a comprender que estén en su sano juicio los que de tal manera resuelven un grave problema de la vida contra la vida misma, cortando el nudo en vez de desatarlo. Pero aún no ha definido la ciencia con completa claridad el concepto de la locura; y no debemos vanagloriarnos mucho de la cordura con que condenamos y clasificamos estas resoluciones trágicas de los que se cansan de la lucha y abandonan el campo.

II

La observación que a todos se nos ocurre al ver que personas de tal categoría se matan por amores, es la de que todos los tiempos son los mismos, que el romanticismo y la exaltación de los afectos no pasaron con la época en que los hombres llevaban gorguera y jubón, y las mujeres tontillo y guarda infante. La humanidad, fuerza es confesarlo, es bastante monótona; ofrece poca variedad en sus desenvolvimientos, y cuando alabamos nuestra época creyendo que representa el triunfo de la razón, somos más vanidosos que justos. La cultura, difundándose prodigiosamente, varía la superficie; pero no el fondo de las sociedades. Los horrores y las tonterías de hoy parécense a los de hace siglos como dos gotas de agua. En cuanto a la tan cacareada experiencia, que tenemos por maestra infalible, bien puede asegurarse que de sus lecciones sacan poco provecho, así el individuo como la especie. La experiencia es un consuelo artificial con el cual engañamos la triste uniformidad de los sucesos de nuestra vida.

Pero dejemos estas filosofías fáciles, y volvamos a la tragedia austriaca. Alguien ha visto un sino sangriento en la ilustre dinastía de Hapsburgo; y como una vena de demencia en la raza, vena quizás heredada de la infeliz doña Juana, que dió el ser a Carlos V y Fernando I. El actual Emperador ha visto en su familia dos tragedias espantosas: la de su hermano Maximiliano en Méjico y la de su hijo en Meyerling.

Los casos de enajenación han sido raros en la familia, aunque no los de esas rarezas de carácter, que en cierto modo tienen parentesco patológico con la pérdida de la razón.

Historiadores hay que no ven en Carlos V al encerrarse en Yuste un juicio cabal. Su nieto, el Príncipe don Carlos, era un epiléptico. Carlos II, el Hechizado, un histérico en grado casi próximo a la locura. La rama de Lorena que hoy reina en Austria, ofrece bastantes ejemplos de Príncipes cuyas facultades no han estado en perfecto equilibrio. Sea por lo que quiera, este funesto drama es un golpe terrible para la familia reinante en el Imperio austro-húngaro. Se ha hablado de abdicación del Emperador; pero esto no se confirma. El sucesor inmediato a la corona es el Archiduque Carlos Luis, hermano de Francisco José, y por renuncia del Archiduque pasan sus derechos a su hijo.

EL SUICIDIO DE PIGOTT

Madrid, marzo 6 de 1889.

I

Contaré hoy un suceso acaecido aquí y que se relaciona con uno de los asuntos de política extranjera que más interesan en Europa.

Hace pocos días llegó a Madrid* un inglés y se alojó en uno de los más céntricos hoteles de esta capital, en cuya lista de viajeros se suscribió con el nombre de Ponsouby. No traía más equipaje que una maleta de mano. Era alto, como de sesenta años, con barba blanca y larga, y usaba monóculo. Los dos primeros días se ocupó, en compañía de un intérprete, en visitar los Museos y principales curiosidades de esta corte. Al tercer día, hallábase el tal en su cuarto, cuando le anunciaron que preguntaba por él un delegado de Policía. Antes que éste

tuviera tiempo de presentarle la orden de prisión que llevaba, el llamado Ponsouby se metió en la boca el cañón de un revólver y se levantó la tapa de los sesos.

Esto ocurría en las primeras horas de la noche del 28 de febrero. Al día siguiente corría por Madrid la noticia de que el suicida del Hotel de Embajadores era Pigott.

¿Pero quién es Pigott?—dirán mis lectores—. Imposible de que dejen de tener noticias de la gravísima cuestión surgida en Inglaterra entre el jefe del partido irlandés Parnell y el periódico el *Times*.

El proceso que con motivo de esta cuestión se entabló no hace mucho, ha sido de los más ruidosos, y la acción de Parnell contra el *Times* se fundaba en la publicación por este periódico de varias cartas del primero en las cuales aparecía cómplice del crimen de Phoenix-Park, perpetrado hace años. Las tales cartas habían sido presentadas al célebre diario de la City por un tal Pigott. El defensor de Parnell, sir Charles Russell, en un interrogatorio que es una obra maestra de habilidad forense, hizo ver desde luego que el tal Pigott era un aventurero, que de periodista feniano que fué en 1867, se había hecho agente secreto del Gobierno, y que mientras pedía dinero inoportunamente al ministro de Irlanda, trataba de explotar a la Liga Nacional.

II

Las faltas de ortografía de que estaban plagadas las cartas hacían creer que éstas no eran auténticas. Parnell escribe muy correctamente. La falsedad apareció con toda evidencia cuando, en la primera declaración de Pigott, sir Charles Russell le hizo escribir al dictado algunas palabras en que el testigo hubo de cometer las mismas faltas que en las cartas, publicadas por el *Times*, se advertían.

Probada al fin la falsedad, la condenación del falsificador era inevitable, y el periódico que dió acogida al fraude sufría grandísimo quebranto. El mismo *Times* lo declara con amargura en esta frase: «Si Mr. Parnell resultara inocente y las cartas que le atribuimos, y cuyo facsímil hemos publicado, no fueran suyas, toda la responsabilidad caería sobre nosotros. Después de cien años de existencia honrosa no nos quedará otro camino que desaparecer.»

La respetabilidad tradicional del periódico londinense ha perdido mucho, y sus perjuicios pecuniarios son de gran consideración. Este año no ha po-

dido distribuir dividiendo entre sus accionistas. Los gastos del proceso ascienden a tres millones de pesetas, sin contar la indemnización que Parnell ha de reclamar ante los Tribunales ordinarios.

Pero lo más extraño de todo es que antes de la terminación del proceso desaparece Pigott de Londres. Su fuga viene a confirmar más y más su culpabilidad, no dejando duda alguna acerca de ella. Todas las pesquisas de la policía inglesa son inútiles para descubrir el paradero del impostor. Se habían tomado minuciosas precauciones para impedir la fuga: dos agentes de policía le vigilaban constantemente, y uno de ellos, disfrazado, vivía en su mismo hotel. Es realmente un misterio que desapareciera de Londres y de Inglaterra sin dejar rastro alguno de sí. Después se ha sabido que estuvo un día en París. Presentóse en el «Hotel des Deux Mondes». Después de almorzar, salió de la fonda y no se le ha vuelto a ver allí. Esto ocurría el martes de la semana pasada. El jueves aparece Pigott en Madrid, va al Hotel de Embajadores, y lo demás ya lo he contado.

La identificación del cadáver no está hecha aún de una manera evidente; pero hay indicios que hasta cierto punto suplen la evidencia.

Sobre el cadáver del suicida el juez encontró dos documentos que arrojan bastante luz. Uno de estos papeles es una carta dirigida al diputado radical in-

glés Mr. Labouchere, amigo íntimo de Parnell, y dice así:

«El primer paquete de cartas que vendí al *Times* se componía todo de documentos auténticos; pero en el segundo incluí algunas cartas falsas. Entre éstas últimas había dos de Mr. Parnell, una de Davitt, otra de Kelly y otra de Patrich Egan. Lamento de la manera más profunda el mal que he hecho, y con toda mi alma deseo repararlo. Para ello estoy dispuesto a emplear cuantos medios se hallen a mi alcance, y me someto a las instrucciones que usted me dé. La mayor parte de lo que he declarado ante el Tribunal es falso; pero lo que he afirmado bajo juramento y por escrito es cierto.»

Firma *Richard Pigott*.

El otro papel hallado sobre el muerto, y que demuestra su personalidad, es una licencia para usar armas, expedida en Dublín. Parece que no hay duda acerca de la personalidad; mas para reconocerla y probarla legalmente, aguárdase la llegada de un funcionario de la policía inglesa y las fotografías del muerto, que deben llegar hoy. Entretanto no se le dará sepultura. Hállase en el Depósito judicial de cadáveres, y ha ido mucha gente a ver las heladas facciones del desgraciado hombre cuyas imposturas han conmovido profundamente, durante tanto tiempo, la opinión pública de Inglaterra y de toda Europa.

LA EXPOSICION DE PARÍS

Madrid, mayo 14 de 1889.

I

La inauguración de la Exposición de París, lleva ya mucha gente a la capital de Francia. El precio de los alojamientos ha duplicado, y se asegura que en los meses de verano y otoño subirán hasta una altura proporcionada a la de la torre Eiffel. Este monumento, que es la *grant attraction* de la actual fiesta francesa, tiene un carácter simbólico, y servirá para marcar los precios que va a tener allí la vida en estos meses, precios que serán colindantes con las nubes.

Pero no se pescan truchas a bragas enjutas, y si los encantos de la Exposición de París superaran a los de todas las que allí se han celebrado, es justo y natural que tales goces se paguen y que los bolsillos de los concurrentes se vacíen a medida que se llenen los de los parisienses.

Fuerza es reconocer que estos tienen como naáie el don de celebrar exposiciones, reunir mucha y diversa gente, entretenerla, alegrarla, y explotarla con tantísima gracia, que los despojados salen de allí contentos, deseando que llegue otra ocasión de divertirse y enriquecer a los parisienses. Ninguna otra ciudad del mundo posee los atractivos, el *gancho*, digámoslo así, de la gran Lutecia, la graciosa y siempre joven cortesana, igualmente seductora con la República que con el imperio.

París es una ciudad cosmopolita y enteramente escéptica en política. La forma de gobierno que en ella impera no altera su modo de ser ni varía sus condiciones excepcionales y únicas de pueblo hospitalario.

Lo mismo agasaja a los Reyes que a los tribunos, y cuando da estas solemnes recepciones, en que invita a todas las naciones, centuplica sus amabilidades, se hermosea, se excede a sí misma, y sus huéspedes, al despedirse, salen encantados, deseando ser invitados nuevamente.

No viene mal en esta ocasión un recuerdo de acontecimiento análogo a la actual solemnidad parisiense: la Exposición de 1867; los veintidós años transcurridos desde tal fecha no han borrado de mi memoria los esplendores de aquellos días que eran los más brillantes del segundo imperio.

Este parecía, entonces, de una robustez a toda

prueba, a pesar de que la malhadada expedición de Méjico había empañado bastante las glorias de Malakoff y Solferino. Francia tenía en Europa la influencia y el predominio que trece años después asumió Alemania. Napoleón III, combatido por una minoría exigua en las Cámaras, se apoyaba en la clase media y en el pueblo, asociando a su causa los grandes intereses industriales y mercantiles. Las colosales obras de urbanización acometidas en París, le atraían las simpatías de una parte considerable de las masas obreras. Manejando hábilmente el mecanismo plebiscitario, el Imperio se revestía de las formas de la popularidad. Los tratados de comercio habían desarrollado considerablemente el tráfico de Francia, y su industria, particularmente en el ramo de novedades parisienses, alcanzaba una boga inmensa. El Imperio tomaba su fuerza de las glorias militares, que tan fácilmente alucinan al pueblo francés, y las robustecía con los intereses creados a la sombra del orden y de una administración activa. No se vislumbraba en aquel tiempo la caída del coloso, y más fácil era contemplar su cabeza de oro que descubrir la fragilidad de sus pies de barro.

II

Contribuía no poco al esplendor de aquel reinado la interesante personalidad de nuestra compatriota la Emperatriz Eugenia, de asombrosa belleza, señora, además, de mucho entendimiento, y que empuñaba, sin género de duda, el cetro de la elegancia universal. Trece años después, la insigne española descendía del más grande apogeo a que puede elevarse mujer alguna, y probaba las grandes amarguras de la vida, como soberana, como esposa y como madre; del segundo imperio, que parecía deslumbrar al mundo entero con los rayos de su gloria, no queda ya nada; sólo queda una anciana de cabellos blancos, que vive en Inglaterra, dolorida y olvidada. Aún subsisten en ella los rasgos característicos de su delicada hermosura, y la distinción exquisita de su persona. Ha sobrevivido al imperio y al partido imperialista que recibió el golpe de gracia en Africa, con la muerte del Príncipe Napoleón Eugenio.

Pues en aquel tiempo, en el verano de 1867, Pa-

rís, Francia y la dinastía de Bonaparte se hallaban en perpetua fiesta, obsequiando a sus huéspedes, que era muchedumbre inmensa de todas las naciones, y además los Soberanos y Príncipes de toda Europa. Recuerdo perfectamente, como si la hubiera presenciado ayer, la fiesta del 15 de agosto, que parecía una solemnidad asiática. Las multitudes que la presenciaban recordaban las emigraciones de los pueblos.

Mezclarse con ella era como ser arrastrado por un torbellino humano del cual no se podía salir. Recuerdo también la parada de cincuenta mil hombres a que asistió con el Emperador el Sultán de Turquía Abdul Azis, y el desfile en Longchamps en el tiempo que duró la Exposición, desde mayo a octubre; estuvieron en París, además, el Czar de Rusia Alejandro II, el entonces Rey de Prusia, Guillermo IV, después Emperador Guillermo I, el Rey de Portugal, el de España, don Francisco de Asis, el Príncipe de Gales y otras testas coronadas. En cuanto al buen Rey de Prusia, recuerdo perfectamente su fisonomía bondadosa y su corpulenta estatura. ¡Quien había de pensar que trece años más tarde aquel buen señor entraría en Francia como conquistador y se coronaría Emperador de Alemania en la propia casa de Luis XIV, en Versalles!

La Exposición se celebraba en el mismo sitio de la actual, el *Campo de Marte*, que propiamente de-

bemos llamar *Campo de Marzo*. Claro que en comparación de lo que se ha hecho hoy, las obras de de aquel tiempo aparecerían mezquinas; pero entonces eran el último esfuerzo de la arquitectura fabril. El edificio único, con su combinación acertadísima de galerías elípticas y radiadas, era en verdad grandioso, y los anexos y pabellones sueltos el complemento de aquella imponente unidad.

Por primera vez se pensó entonces en quitar a las exposiciones aquel aspecto de masacote uniforme que antes tenían, y se crearon las instalaciones sueltas de cada país, con el sello característico de trajes y costumbres. La Exposición ofrecía variedad inmensa de atractivos, y respondía al doble objeto de estudiar y divertirse, que caracteriza a estos grandes certámenes. Fué aquella la primer gran exhibición celebrada por Francia, pues antes sólo Inglaterra, inventora de estas enormes fiestas, las había podido celebrar. Pero hay que convenir en que Francia se ha adiestrado tanto en el arte de organizarlas, que hoy no la supera en él ni su misma maestra, la constructora del Palacio de cristal y de todas las maravillas de 1851.

La Exposición de 1879 superó en grandeza a la de 1867, por ley del progreso; pero no tuvo el esplendor aristocrático que dió a ésta la corte napoleónica. La del presente año es mucho más grande que sus predecesoras y también más democrática

como que se conmemora en ella una fecha que no ha de ser simpática a los Reyes y Príncipes europeos; pero París tiene gracia bastante y bastante cortesía para hacer olvidar a sus huéspedes, por regios que sean, la significación republicana de la fiesta de este año.

EDUARDO GASSET Y ARTIME

Madrid, 24 mayo de 1884.

I

Mucho sentimiento ha causado en Madrid la muerte de don Eduardo Gasset y Artime, fundador de *El Imparcial*, periodista insigne, que ha trabajado rudamente durante más de treinta años, logrando, a fuerza de constancia e inteligencia, establecer, arraigar y difundir entre nosotros un periódico político y popular, que se ha distinguido siempre por un criterio oportunista y por una gran discreción y cultura en la forma.

El Imparcial se publica en esa forma pequeña y cómoda que priva entre nosotros, poco aficionados a la lectura larga. Goza desde su fundación, y principalmente desde 1868, de extraordinaria aceptación entre toda clase de personas; es, juntamente

con otros diarios de su mismo tamaño, como el pan literario de cada día. Penetra en los palacios y en moradas más humildes; se le ve en las manos pulcras de la dama y en las duras y callosas del obreiro, y para todos tiene lectura agradable.

Su criterio político no es muy decisivo en su sistema de polémica muy sistemático, desde la abdicación del Rey Amadeo, y a esta circunstancia debe quizá su éxito. Su fundador tuvo ciertamente la habilidad de llevar al organismo de este diario temperamentos y modos de ser fielmente tomados del organismo nacional. Resulta, pues, un periódico de composición variadísima, impresionable y vehemente en todo lo que puede despertar los adormecidos sentimientos de la patria, atento con las reputaciones, benévolo con la juventud, muy inclinado a tratar en lenguaje chistoso las cuestiones más serias, ameno siempre, rara vez pasionista, algo soñador en cuestiones de engrandecimiento nacional, demasiado entusiasta en literatura, con cierto sentido práctico en política, y muy esmeradamente servido por sus *reporters* en la sección de noticias. Gasset, tras larga práctica, comprendió como nadie el gusto del público y supo elegir y combinar los materiales de esta ración diaria de literatura al vapor que el hombre del siglo necesita para vivir.

Al periodismo consagró Gasset toda su vida, y sus esfuerzos fueron ampliamente recompensados,

pues *El Imparcial* es una de las mejores fincas literarias que ha creado en nuestros tiempos, con papel y tinta de imprimir, la paciencia de un hombre. Como pasa casi siempre, no ha podido disfrutar el insigne fundador del precio de su trabajo tan noblemente ganado, y la muerte le ha venido cuando estaba en la cumbre y cuando todo le brindaba al descanso.

Estos hombres, que todo se lo deben a sí mismos, inspiran en nuestros tiempos vivísimas simpatías.

II

No fué Gasset de los que al nacer reciben con la posición y la fortuna heredada, los medios de hacer carrera. Todo cuanto fué, todo cuanto tuvo, renombre, riqueza, posición política se lo debió a su propia iniciativa y esfuerzo. Como aquí no hay ninguna persona notable que no haya hecho versos, el creador de *El Imparcial* fué también poeta, y se dió a conocer como de los más ingeniosos en el Parnasillo del café del Príncipe, cuna del genio de Ayala. Nació Gasset en esa región de España, cuyos inteligentes hijos parece que vienen al mundo con la vocación del trabajo, Galicia, tierra hermosísima, rica sólo en belleza y en hombres útiles.

Vino a Madrid muy joven, distinguióse como poeta y fué empleado en oficinas públicas y particulares. Quien sabía componer tan bonitos versos, vivía de la cosa más árida y prosáica del mundo, la partida doble. La primitiva vocación del tenedor de libros se cambió bien pronto en afecto vivísimo hacia el periodismo. Dirigió una revista ilustrada, des-

empeñó varios destinos subalternos, fundó más tarde un periódico político, en cuya empresa no halló el éxito que esperaba, y, finalmente, hacia 1867, durante los días de la excitación revolucionaria, cuando los hombres más notables de los partidos liberales buscaban una fórmula común para condensar dos aspiraciones, fundó *El Imparcial*, dirigido desde sus comienzos con habilidad suma.

Este periódico, cuya existencia ha llegado a ser tan vigorosa, revelaba detenidamente en su primera etapa el espíritu democrático a que debe su popularidad, pero hecha la revolución, aquel espíritu lo informó claramente, viniendo a ser su esencia y su forma. La revolución hizo a Gasset concejal del Ayuntamiento de Madrid, después diputado por Padrón y Cambados, distritos de Pontevedra, y, más tarde, en el breve reinado de un Príncipe de la casa de Saboya, fué ministro de Ultramar.

Coincidió esto con los días en que la insurrección tomaba más vuelo en nuestra Antilla y Gasset, atento sólo a destruir el filibusterismo, negóse a establecer las reformas que le pedían un día y otro los diputados ultramarinos, en tanto no depusieran las armas los rebeldes. Aún no ha llegado, quizá, la ocasión de decir si esta política era la más acertada,

Después de la abdicación del Rey Amadeo, mantuvo *El Imparcial* en sus textos una fórmula mo-

nárquica vaga; y después de la restauración, procediendo cautelosamente con hábiles evoluciones, el popular periódico y su fundador han acentuado cada día más sus tendencias dinásticas, hasta declararlas francamente.

Ante esta vida consagrada al trabajo y a la prensa, nos inclinamos todos con respeto y tristeza; Gasset, durante larguísimo período, no tuvo un día de descanso. Vivía para su periódico y para su familia. Tienen mucha significación las siguientes palabras, escritas recientemente por quienes fueron sus enemigos: «Bien pueden llorarle sus hijos; por ellos luchó con valor y con fe, en medio de las más deshechas borrascas de la vida; por ellos arrostró contrariedades que habrían quebrantado ánimos templados en afecciones menos puras, y a ellos consagró todos los momentos de tregua, porque hemos conocido pocos hombres que, como el señor Gasset, hayan tributado a la familia culto más respetuoso».

LA GRIPE EN MADRID

Madrid, enero 2 de 1890.

I

Estamos en plena epidemia, y el que esto escribe no ha tenido la suerte de librarse de ella. La calamidad que nos aflige, sin ser tan grave como el cólera o el «tifus icteroides», reviste caracteres alarmantes. Toda Europa está invadida, y si al comienzo de la plaga se la miró con indiferencia y muchos la tomaron como asunto de chacota, ya las burlas se van trocando en seriedad sombría. Si no hemos llegado a los días de pánico que registra la historia clínica de nuestro siglo, nos hallamos en días de preocupación e intranquilidad.

En los primeros días, fuerza es reconocer que el *dengue* servía de pretexto a unos para no ir a la oficina, a otros para no contestar a la correspondencia, a los más para esquivar obligaciones fastidiosas, visitas importunas y compromisos cargantes.

Pero los estragos del mal se generalizaron, y a la propagación acompañó pronto la intensidad, originando verdaderas enfermedades graves y alteraciones de importancia en el aparato respiratorio; las bromas cesaron y el *dengue* recibió su nombre técnico: gripe, y con el nombre técnico la seriedad y la importancia que de derecho le corresponde.

Y por cierto que no es cosa de broma la tal gripe. No la debemos desear ni a nuestros mayores enemigos, porque habrá dolencias más penosas y de mayor peligro; pero no las hay más fatidiosas y pesadas.

Desgraciadamente, ha resultado inexacto que el *trancazo* no es mortal. Los organismos débiles, los que se hallan predispuestos a las perturbaciones graves del aparato respiratorio, corren grandísimo peligro. De aquí el desarrollo extraordinario y alarmante de las congestiones bronquiales y pulmonares.

La mortalidad ha crecido en Madrid de un modo alarmante, y lo mismo está pasando en toda Europa, así en las regiones húmedas como en las secas. El año 1899 se despide con bastante displicencia, y su sucesor entra ceñudo y amenazante. ¡Quiera Dios que no nos traiga nuevas calamidades!

Desde que se inició la epidemia gripal en el Norte de Europa comenzaron a circular por la prensa científica y profana hipótesis mil sobre los orígenes

del mal. Su creencia más generalizada era que provenía de la persistencia de los fríos secos. En España reina desde principios de noviembre extraordinaria sequedad. Los hechos han venido luego a demostrar que los fríos secos y las heladas no han originado la epidemia, porque en algunas regiones de Europa ha nevado copiosamente, sin que la epidemia disminuyese. Más lógico aparece atribuir el mal a la falta de fuerza en las corrientes atmosféricas. Noviembre y diciembre se han señalado por la escasa violencia de los vientos. No obstante, este solo hecho no explicará satisfactoriamente la presencia de la gripe y su rápida propagación en toda Europa, sin excepción de país alguno. Por más que digan, los orígenes de estas alteraciones de la salud con carácter epidémico serán siempre un arcano para la ciencia, aunque las investigaciones de los médicos lleguen a determinar la forma y manera de producirse el mal en cada individuo. Que la propagación se verifica por la atmósfera, no hay para qué decirlo. Es una perogrullada, pues en la atmósfera están los principales elementos de nuestra vida.

No es tan claro si puede verificarse por contagio. Sobre esto hay las mismas dudas que sobre otras enfermedades más temibles. Pero no se observan en la gripe verdaderos focos de infección. Los ataques y las invasiones tienen su carácter esporádico, y, por lo tanto, caprichoso.

II

Un hecho digno de notarse, al menos en Madrid, es que las clases acomodadas han sido más rudamente atacadas que las pobres. Sin duda, hállanse más propensos al enfriamiento los que se abrigan bien y viven en habitaciones templadas, que los que exponen diariamente sus carnes al frío y están, por decirlo así, garantizados contra la baja temperatura.

Se ha observado que los mendigos, los chicos que a las horas más desapacibles de la mañana y de la noche andan por esas calles de Dios pregonando periódicos y cerillas, se han librado de la epidemia. En cambio, son poquísimas las personas de la *clase de señoritos* que pueden cantar victoria en esta ocasión, y la generalización de la dolencia es causa de que hasta parezca de mal tono el verse libre de ella.

Ahora seamos un poco científicos, aunque nuestra ciencia resulte de tercera o cuarta mano. Pero es forzoso recoger las opiniones que, con más o menos validez, circulan por ahí, y darles publi-

dad, con objeto de que se prevengan los que aún no han sido invadidos. No sé si la gripe de este año pasará al hemisferio austral; pero nada tendría de particular que pasase, y bueno es que se conozca al huésped antes de tenerlo en casa. Las señas de él no son muy claras, y cada escuela médica las da según el resultado de sus investigaciones clínicas. Pero valga lo que valiere, allá van noticias, que los hechos y la experiencia ulterior modificarán o confirmarán.

Pues el *tracazo*, *dengue* o gripe tiene por causa un organismo que se llama *micrococcus grippe*. Lo generan las vicisitudes atmosféricas, comúnmente el frío seco, en virtud de un desdoblamiento de nuestros tejidos. Esto no es claro ni mucho menos, y el *micrococcus* no parece dispuesto a dejar descubrir los misterios de su generación y desarrollo en el organismo humano. Lo que sí sabemos es que el tal microbio es mucho más benigno, mucho más aviezo que sus colegas el *bacillus kock*, que determina la tisis, el *vibrion séptico* de la difteria, el *esquisomiceta* del tifus exantemático, el *bacillus virgula*, del cólera.

Pero no hay que fijarse de la benignidad del *micrococcus grippe*, porque hallándose sujeto, como todo organismo, a la ley de la evolución, puede muy bien ascender desde su modesta categoría a la de *estaphilococcus pyogono*, que es el microbio de la pul-

monía, y de aquí pasar al empleo inmediato, o sea a desempeñar las terribles funciones del *bacilus* de la tuberculosis, descubierto por Kock.

Ya sabemos que frecuentemente se origina la tisis por el descuido en curar los catarros pertinaces. Todos los tísicos, antes de serlo, suelen padecer pneumonías, y éstas tienen por preámbulos resfriados continuos fuertes. La tisis es hereditaria; pero no en el sentido de que se transmita por herencia el *bacilus* Kock. Lo que se hereda es la debilidad constitutiva, la predisposición, o sea la impotencia para defenderse de los ataques del terrible microbio.

Véase por donde el inofensivo *micrococcus* gripal, que es un diablillo travieso y sin malicia, puede llegar a ser, transformándose, uno de los demonios más malos que afligen y destruyen nuestra flaca naturaleza.

Lo que será siempre un misterio es qué condiciones atmosféricas dan vida al organismo que nos molesta primero y acaba, si lo dejamos, por aniquilarnos y dar cuenta de nosotros.

Las condiciones atmosféricas son iguales para todos, y, sin embargo, los efectos ¡cuán distintos son! De cualquier modo que sea, el peligro está en los enfriamientos bruscos, pasando de un recinto caldeado artificialmente a la intemperie fría; en la rapidez de los cambios de temperatura determinados

por las variaciones del viento; en el exceso o en la falta de abrigo, que ambas cosas son malas, y en la predisposición, cuyas causas son sumamente complejas y difíciles de apreciar.

III

Para Madrid ha sido una verdadera calamidad esta epidemia de la gripe. Ha coincidido su mayor fuerza con las fiestas de Navidad, y el comercio menudo, que en estos días de expansión y de gula hace comúnmente buen negocio, ha sufrido rudísimo golpe. La mitad de la población enferma, y la otra mitad cuidándola, tenía que dar por resultado el desastre económico para aquellas industrias y aquellos tráficos que viven de los excesos gastronómicos. Los nacidos no recuerdan una Navidad tan desanimada y triste. Nadie está de humor para bromas y holgorios, y los estómagos enfermos o precavidos evitan los atracones, y todo lo que sea salir del plan ordinario.

La frugalidad ha producido inmensos males al comercio, y el duelo o las tristezas de la mayor parte de las familias, han reducido este año a proporciones mínimas la fastuosa costumbre de los regalos. El número de tarjetas cambiadas por el correo en el último y primer día del año demuestra elo-

cuentemente que la población de Madrid se preocupa de algo más serio que las felicitaciones.

Ni en las invasiones del cólera se ha visto Madrid tan desanimado. La ciudad más alegre del mundo es hoy la más triste, y por sus calles no circula ni la mitad de gente que de ordinario las frecuenta. Si en los primeros días la enfermedad no causó verdadera inquietud, cuando se vió que la mortalidad aumentaba hasta llegar a cifras dobles y más que doble de lo común, empezó el miedo a perturbar los ánimos y a exagerar el peligro, y se han producido las alarmas propias de todo período epidémico. Inmediatamente han venido las medidas profilácticas, la creación de hospitales provisionales, las suscripciones para alivio de los enfermos pobres, la organización de juntas de socorro, con todo lo demás que da fisonomía lúgubre a las ciudades infestadas. Por fortuna, esto no ofrece ni puede ofrecer caracteres aterradores. Los casos fulminantes no existen, como en el cólera y otras pestes, y el buen régimen y las precauciones discretas dan casi siempre seguros resultados.

El número de fallecidos ha llegado a doscientos por día, cifra que se puede considerar como triple de la ordinaria; pero hace dos días que tiende a descender. Casi toda la mortalidad es ocasionada por afecciones agudas del pulmón y los bronquios, y y mientras la gripe se contiene en los límites de su

constitución médica, no produce víctimas. Todos los inviernos secos y crudos dan en Madrid un contingente bastante crecido a la estadística de muertes por inflamaciones del aparato respiratorio. Este año ha sido excepcional, y las personas de constitución débil o de marcada predisposición pneumoniaca, han sufrido los terribles efectos de la sequedad glacial. Para la agricultura no es menos nocivo el estado atmosférico que para la salud pública, y si éste no cambia pronto, tendremos un año malísimo, que aumentará las tristezas del lúgubre invierno de 1889-90. El día último del año creímos que se iniciaba un saludable cambio atmosférico porque nevó con abundancia, y por primera vez, después de tanto tiempo, disfrutamos y saboreamos la humedad del ambiente; pero la nevada se contuvo: han vuelto a reinar los fríos secos, y estamos, poco más o menos, lo mismo que en los días de Navidad.

ALEMANIA Y LA CUESTION SOCIALISTA

Madrid, 4 de marzo de 1890.

I

Los asuntos de Alemania atraen hoy, con preferencia a los demás asuntos, la atención de Europa. Los rescriptos imperiales, las elecciones del *Reichstag* son la materia del día. El poderoso imperio se ve amenazado de gravísima crisis, y aunque por el momento conjure los peligros la consumada habilidad del *canciller de hierro*, el mal es hondo, y la política ha de entrar pronto en aquel país por vías nuevas.

La propaganda socialista ha encontrado en Alemania desde 1848 terreno más propicio que en otro país alguno. La preponderancia militar, el servicio obligatorio, la inmensa cifra de los gastos de gue-

rra en tiempo de paz, o sea de la *paz armada*, el desarrollo de la industria, la falta de grandes colonias, todas estas causas reunidas han de dar prosperidad necesariamente a la idea socialista, que es allí la única forma de protesta contra el actual régimen. El Emperador Federico III vió el mal, y abrigaba generosos planes de reforma política, dando más latitud a las ideas liberales y al derecho parlamentario. Pero su dolorosa enfermedad y su prematura muerte no permitieron ni aún que estos planes llegaran a formularse. El actual Emperador, Guillermo II, joven, activo, deseoso de gloria, que en el terreno militar no ha podido alcanzar todavía, deseoso también de mostrar su iniciativa en los asuntos civiles, hace tiempo que fija su atención en los trabajos socialistas, minadores del omnímodo poder imperial. No queriendo que los sucesos le cojan desprevenido, discurre anticiparse a ellos, y en sus rescriptos del pasado febrero anuncia su propósito de consagrar preferente atención al mejoramiento de la clase obrera y de convocar una conferencia europea con este objeto.

Publicado el documento imperial en vísperas de las elecciones, se creyó que influiría en el resultado de éstas, quitando fuerzas al socialismo o reconciliándolo en parte con la política imperial. Pero los hechos han demostrado el optimismo de los que tal creyeron, pues los socialistas, después de los res-

criptos, aparecen más compactos, crecen con pasmosa fecundidad, invaden las clases militares, se presentan en nutrida falange en los comicios y alcanzan en el resultado total de las elecciones una cifra formidable. En la anterior campaña electoral, los socialistas habían tenido siete millones de votantes; en la presente pasa esta cifra de trece millones.

El *Reichstag* resulta, pues, con una composición que imposibilita el Gobierno en condiciones parlamentarias, pues las oposiciones, reunidas, forman mayoría, y el *Castel*, o sea la coalición liberal conservadora con que Bismarck ha venido gobernando hasta aquí, está en minoría.

Aún espera el Gobierno imperial que las elecciones suplementarias, o sea las que se verifican en los comicios donde resultó empate, modifiquen algo la composición de la Cámara, pero esta modificación no alterará sensiblemente las cifras. Por lo que el telégrafo nos va diciendo de las elecciones parciales, se puede calcular que con el actual *Reichstag* no se puede gobernar.

El *Castel*, la agrupación liberal conservadora, que ha sido hasta aquí el antemural opuesto a la invasión socialista dentro del Parlamento, se considera de hecho disuelto. Dícese que Bismarck procurará entenderse con la minoría del partido católico para agregarla a las piedras que compusieron el antiguo

Castel, pero tampoco por ese lado parece que se presentan las cosas a gusto del canceller.

¿Qué hará éste ahora? ¿Disolverá la Cámara apenas elegida o procurará gobernar con ella por medio de transacciones y componendas? Pronto lo hemos de saber. Entre tanto, háblase de la conferencia para el mejoramiento de los obreros, la cual se reunirá en Berlín, presidida por el ministro de Industria y Comercio. Nueve naciones han sido invitadas a ellas, y están excluidas Rusia, España y Portugal.

Es opinión corriente que la conferencia será tan sólo una luminosa información de economistas de los países congregados, y que no tendrá efectos de ninguna clase en la práctica. Se hablará mucho, cada cual expondrá sus ideas sobre el punto complejo que se va a tratar, y cuando los conferenciantes se retiren a sus respectivos países, después de haber expuesto doctrinas muy sabias y observaciones muy juiciosas, los obreros alemanes y no alemanes seguirán lo mismo que están ahora, y los gravísimos problemas de la relación entre el capital y el trabajo continuarán insolubles, envueltos en el pavoroso misterio del porvenir.

LA DIMISION DE BISMARCK

Madrid, marzo 24 de 1890.

I

No se habla de otra cosa. En todos los círculos, desde el más alto al más humilde, este asunto capital ahoga todos los demás asuntos. No se oye más que esta frase: «Ha dimitido Bismarck. ¿Qué pasará en Europa?» Todo el mundo creía, sin duda, que el *canciller de hierro* es más bien una institución que una persona, y que su posición política al frente del Gobierno de Alemania, y dirigiendo el mecanismo diplomático de toda Europa, no había de concluir sino con su vida. Bismarck es viejo. Desde el 62 gobierna a Prusia, y el Imperio ha estado en sus manos desde que existió. Parecía natural que el favorito de Guillermo I acabara sus días en el palacio de Wilhelmstrasse, residencia oficial de la Cancille-

ría. Cuando empezó a correr la noticia de que el Emperador Guillermo II prescindía de los servicios de su primer ministro, nadie la daba crédito. Como otras veces el telégrafo nos ha traído la misma historia, se creía que ahora, como entonces, obedecía la noticia a maniobras bursátiles, o que era obra del pesimismo francés. Al verla plenamente confirmada, no quedó nadie que no expusiera su opinión sobre el caso.

Alguien creía sentir en Europa impresión semejante a la que produciría la caída de un régimen o el acabamiento de una gloriosa dinastía.

¡Bismarck caído! ¡Bismarck fuera del Gobierno! No puede negarse que la emoción ha sido grande, que los cambios de todos los países se ha presentado en baja, que han renacido los temores de que se altere la paz, que se abren las puertas de lo desconocido, y que los espíritus más sagaces no saben profetizar lo que sucederá, ni qué rumbos son esos por los cuales quiere marchar el impetuoso Guillermo II.

Ya hablé, en mi anterior crónica, de los rescriptos imperiales proponiendo la conferencia para el mejoramiento de la clase obrera y de los trabajadores de las minas. Sabido es cómo respondieron los socialistas a los proyectos reformadores del emperador: acudiendo con formidable cohesión a la lucha electoral y aumentando considerablemente su fuerza

dentro del Reichstag. La conferencia de economistas convocada por el Emperador se ha reunido ya y de un día a otro comenzarán las sesiones. En medio de ella cae como una bomba la dimisión del canciller, que al dar paso tan grave en los días mismos de la inauguración de la conferencia, da a entender claramente que su desacuerdo con el Emperador se funda en la distinta manera con que uno y otro aprecian la cuestión socialista.

En efecto: Bismarck ha dicho siempre que mientras más concesiones se hagan a los socialistas, peor. El Emperador toma la iniciativa para las economías que el Canciller estima peligrosas y contraproducentes, y la discordia estalla entre ambos. El ministro quiere dejar al Soberano la responsabilidad de sus ideas contemporizadoras, y el joven Soberano, lleno de bríos juveniles y de ilusiones de gloria, toma gustoso dicha responsabilidad. ¿Qué vendrá aquí? ¿Qué fracasos? Esta es la pregunta del día; a la cual se da comúnmente esta sabia y cautelosa respuesta: «Nadie lo sabe.»

En concreto, nadie sabe nada, y es imprudente aventurar juicios sobre el camino que tomará Guillermo II, pues es muy probable que él mismo no lo sepa. La enseñanza que principalmente se desprende de la emoción producida por la retirada de Bismarck es que el gobierno personal, aún cuando sea ejercido por Monarcas tan juiciosos como los Hohen-

zollern, y tenga por instrumento a hombres de la asombrosa inteligencia de Bismarck, no satisface plenamente las necesidades de los pueblos modernos, porque los hombres extraordinarios no nacen todos los días; y cuando un gobernante de esa talla cesa en sus funciones, bien por muerte, bien porque se concluye su privanza, parece que el país se queda huérfano y aturdido, sin saber por donde andar.

En otros términos: el gobierno personal es una tutela, que en el caso presente resulta de las más inteligentes; pero tutela al fin. El país descansa en la pericia y vigilancia del tutor. Pero falta éste de improviso, y todo es desconcierto, sobresalto y pavor. No pasará tal cosa en Inglaterra, país donde no gobiernan los hombres sino las instituciones, donde ningún personaje político, por grande y conspicuo que sea, es insustituible. La opinión es allí el agente primordial del gobierno: los ministros son agentes en segundo grado, simples transmisores de la fuerza que arranca de los comicios. Si faltaran allí en un sólo día, los jefes de los dos grandes partidos, y los «leaders» de todos los grupos y las eminencias parlamentarias, inmediatamente serían sustituidos, sin que la mecánica política sufriese la menor alteración.

II

Ni los más encarnizados enemigos del Príncipe Bismarck desconocen los inmensos servicios que ha prestado a la patria. Su entendimiento colosal, su agudeza, la energía de su voluntad hacen de él la figura más culminante de Europa en la segunda mitad del siglo.

Dirigía la política alemana, y era la clave de toda la política europea, por el poder inmenso que bajo su experta mano adquirió el Imperio. Ministro de Prusia desde el 62, se señaló en su primeros tiempos de mando por las luchas que hubo de sostener contra el Parlamento, reforzando el poder real. Sostenido en el mando por el entonces Rey Guillermo, contra las acometidas furibundas de los liberales, preparó la campaña de 1867, en que dió al traste con la Confederación arrancando al Austria la hegemonía de los países germánicos. La campaña de 1870, la más decisiva que existe quizá en los anales históricos, pues pocas veces se ha triunfado de un poderoso enemigo en condiciones tan favorables para el vencedor y tan desastrosas para el vencido,

permitió a Bismarck poner el remate a su grande obra, creando el Imperio, mejor dicho, restaurándolo en la persona del Rey de Prusia. Los Estados alemanes confederados bajo el cetro y la espada vencedora de Guillermo I, constituyeron la potencia más grande y poderosa de los tiempos modernos, árbitra de la paz o la guerra.

El Canciller desplegó en la creación del Imperio dotes de político asombroso, de diplomático habilísimo, y aun de militar. Guillermo I le consideraba como el cerebro del Imperio. Bismarck completó su obra, fomentando la iniciativa colonial, dando elementos a la industria y el comercio para que se desarrollaran en las proporciones gigantescas en que actualmente se hallan, y por fin, para sostener la primacía de su país en Europa y asegurarse poderosos auxiliares, negoció y obtuvo la Triple alianza, con la cual Austria e Italia se hallan ligadas a la política y a los intereses germánicos.

En el gobierno interior, los procedimientos de Bismarck han sido siempre duros, autoritarios. Su carácter inflexible no sabe ceder, y está acostumbrado a que cedan los demás. A su lado no podían nacer ni desarrollarse caracteres enérgicos, porque su propia colosal energía trocaba en debilidades las energías ajenas.

Ministro de tres soberanos, su situación ante los tres no ha sido la misma. Guillermo I, que veía en

Bismarck un hombre de dotes sobrenaturales, le daba carta blanca para todo. El Emperador era el brazo, y el Canciller era la inteligencia. Jamás hubo disentimiento entre los dos, porque el consejo del Ministro tenía completamente absorbida la voluntad del Monarca.

El breve reinado de Federico III, de aquel inteligente y simpático Emperador mártir, no fué completamente favorable a la prepotencia de Bismarck. Aquel ilustre Príncipe deseaba reformar la política prusiana en sentido favorable a las ideas liberales, dar más latitud al derecho parlamentario, y preparar al Imperio para un régimen semejante al inglés. La dolorosa enfermedad de Federico, no permitió que se hiciera pública la radical desavenencia entre el Soberano y su Canciller; pero esta desavenencia existía. Cuéntase que la Emperatriz Victoria fué siempre encarnizada enemiga de Bismarck, el cual abominaba de la influencia inglesa en los consejos del desgraciado Emperador. Mientras éste vivió, la opinión señalaba al entonces Kromprinz, hoy Emperador, Guillermo II, como partidario ardiente del Canciller, y tan enemigo como éste de la influencia inglesa. De tal modo se acentuó esta creencia, que han corrido por la Prensa europea diferentes anécdotas en que se ponen de manifiesto profundas antipatías entre Guillermo y su cuñado el Príncipe de Gales.

III

A pesar de que a Guillermo se le concepuaba tan afecto al Canciller como su abuelo, Bismarck, hombre de gran penetración y muy ducho en el conocimiento de los caracteres humanos, no debía tenerlas todas consigo respecto a la constancia del que habría de ser su amo, y hablando de él y de su impetuosa índole, dijo: «Este será su propio canciller.» La profecía se ha cumplido en daño del mismo que la formuló, y he aquí a Guillermo disponiéndose a regir el Imperio por su propia iniciativa.

La desavenencia entre el Emperador y el Príncipe de Bismarck debe ser honda y abraza diferentes puntos. Lo que parece haber sido causa inmediata de la ruptura es que el Emperador tenía camarilla, a saber, consejeros no responsables, a cuyas sugerencias obedecía para dictar providencias, cuya responsabilidad no ha querido asumir el primer ministro. Entre estas iniciativas figuran los famosos rescriptos, que a Bismarck debieron saberle muy mal.

Los personajes de la corte más señalados, entre ese consejo irresposable y oficioso que parece influir sobre el ánimo de Guillermo, son el doctor Hinzpeter y el general Walderzee, personas ambas de notorio talento y agudeza.

Las mujeres de ambos son celebradas por su belleza y por su influencia en la corte, aunque no hay motivo para sospechar que en la conducta del Emperador hayan tenido parte alguna, como se ha dicho, los móviles galantes.

La persona que desde el principio se indicó para sustituir a Bismarck en el cargo de Canciller del Imperio es el general von Capriví, que ha sido ministro de Hacienda, hombre de talento organizador y de vastos conocimientos científicos, pero que no tendrá de seguro en el terreno político y diplomático iniciativas de ninguna clase. Será no más que un secretario de S. M. I. y R., el cual cumple la famosa profecía, erigiéndose en su propio canciller.

El canciller cesante envió su dimisión en un largo escrito de veinte pliegos. La *Gaceta de Colonia*, órgano autorizado de Bismarck, no deja duda acerca de los motivos en que éste funda su dimisión. «No queremos incurrir en la hipocresía—dice—de afirmar que el Príncipe ha dimitido por razones de salud o porque se encontrara en frente de una mayoría hostil en el Reichstag. Este último hecho, aunque pesando algo en su ánimo, en modo alguno figura

en primer término entre los motivos de su resolución, en los cuales, además, no hay nada personal, baladí o pequeño.

*La verdad es que como jefe responsable de un Gobierno, el canciller no podía tolerar la existencia de consejeros no oficiales al lado del Emperador ni asumir la responsabilidad de actos que en realidad eran inspirados por tales consejeros.**

Los últimos despachos parecen acentuar el carácter grave de la ruptura, no obstante las naturales expresiones de conmiseración y afecto empleadas por el Emperador al despedirse de su ministro. Que el estado de ánimo de Bismarck es de irritación lo prueba el hecho de no querer aceptar el ducado de Lauemburgo con que el soberano se empeña en obsequiarle. Hay que considerar que este ducado no es vano título, sino que implica la soberanía efectiva de un territorio que el mismo canciller agregó al Imperio no hace muchos años. Y el enfado del Príncipe se revela también en que todos los individuos de su familia que desempeñaban cargos políticos o diplomáticos los han dimitido. El conde Herbert de Bismarck se niega a recibir de Guillermo II ninguna gracia, y su hermano político renuncia también las mercedes imperiales.

No queda, pues, duda de que el soberano y su ministro universal han reñido, quizás para siempre.

Dícese que Bismarck piensa apoyarse ahora en el

partido católico para hacer vigorosa oposición al nuevo canciller, y si esto resultara cierto, las complicaciones no se harían esperar. Por de pronto, Italia teme que no sea Bismarck, sino el mismo Emperador, quien procure la unión con el partido católico para poder gobernar, y en este caso reverdecerían las esperanzas de los partidarios del Papa-Rey. De aquí la situación crítica en que se encuentra Crispi, vivamente combatido en el Parlamento italiano y amenazado de que su obra predilecta, que es la alianza con Alemania, se destruya de la noche a la mañana. De modo que aunque haya dicho Guillermo II que la política exterior no sufriría alteración alguna con el cambio de Canciller, podría suceder que los hechos le desmintieran y que las relaciones internacionales de Alemania se subordinaran a las exigencias de la política interior, lo que no ha sucedido hasta aquí.

IV

Los que conocen algo las interioridades de Friedrichsruhe y de Varzin, donde Bismarck reside habitualmente, aseguran que la vida del grande hombre de Estado es extraordinariamente sencilla. Vive como el último de los burgueses, gustando la paz doméstica, rodeado de su familia, rara vez visitado de los amigos más íntimos. Su trato es afable: emplea gran parte del día en pasear por los extensos campos que rodean su vivienda, y dedica bastante tiempo a dirigir las operaciones agrícolas e industriales en el vasto patrimonio que le regaló su soberano y amigo el emperador Guillermo I.

Fuera de los ataques de reuma articular de que padece, la salud del Príncipe es buena. Su vigorosa naturaleza resiste al peso de los setenta y cinco años, edad que no parece muy avanzada en un país y en una raza donde son tan comunes los casos de longevidad. Con sus quince lustros, Bismarck es casi un pollo si se lo compara con Moltke, que ya cumplió los noventa años, y aun trabaja y tiene salud y

vigor. El Príncipe no hace más que una comida fuerte, comida de familia, nada sobria por cierto, reforzada con vinos exquisitos y amenizada por el ingenio chispeante del que ha sido árbitro de los destinos de Europa. En la comida, como en todos los momentos de la vida familiar e íntima, Bismarck es agradable, dicharachero, y nada indica en él la férrea voluntad que esclavizó a los que sirven a sus órdenes. Pero en cuanto se pone a despachar los asuntos de Estado, recobra el Canciller su dureza, trata a los Ministros con altanería y hace sentir a cada instante el peso de su mano formidable. Su maravilloso talento se ha desplegado cual ninguno en las relaciones internacionales y en la alta política. En la política menuda de aplicación inmediata al régimen interior de los pueblos, se ha echado siempre de menos en Bismarck la tolerancia, la facultad de ajustarse a la realidad y el transigir con ciertas exigencias razonables del espíritu público. En los tiempos que corren, y aun contando con la mansedumbre de un país tan respetuoso para la institución monárquica y tan amante de la dinastía, no se puede tirar mucho de la cuerda sin exponerse a que la cuerda se rompa. Esto le ha pasado al grande hombre de Alemania: que la cuerda se ha roto, quedándosele un cabo en la mano. Ha dirigido la política internacional con maestría incomparable; pero en la interior el éxito es muy dudoso, y

aquel país, tan sumiso y tan bien organizado para los servicios de la autoridad, se ha cansado de ser rebaño y aspira sin duda a que lo gobiernen de otra manera.

Como el éxito es quien definitivamente glorifica o condena en achaques de gobierno, falta saber si el Emperador saldrá adelante sin andadores o se quedará en el atolladero. Que quiere trabajar por su cuenta no tiene duda; que es hombre de iniciativa bien probado está. Ahora falta que los hechos justifiquen el acto gravísimo de haber prescindido de la tutela que el Príncipe de Bismarck venía ejerciendo hace treinta años sobre los soberanos de Hohenzollern.

FIN



ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
Santos modernos.....	7
Cosas de príncipes.....	19
La guerra europea.....	29
Arte filipino.....	39
Fuera de España.....	51
Política francesa.....	57
Don Alvaro de Bazán.....	65
Alemania y Francia.....	79
El crimen de la calle de Fuencarral.....	87
El crimen del cura Galeote.....	145
El bandido Melgares.....	183
El submarino Peral.....	189
Un drama de amor.....	199
El suicidio de Pegot.....	205
La Exposición de París.....	211
Eduardo Gasset y Artime.....	219
La gripe en Madrid.....	225
Alemania y la cuestión socialista.....	235
La dimisión de Bismarck.....	239



BENITO PÉREZ GALDÓS
OBRAS INÉDITAS

EDICIÓN «RENACIMIENTO»

VOLÚMENES PUBLICADOS:

- I.—**Fisonomías sociales.** (Prólogo de Alberto Ghirardo.)
- II.—**Arte y crítica.**
- III.—**Política española.** (Tomo I.)
- IV.—**Política española.** (Tomo II.)
- V.—**Nuestro Teatro.**
- VI.—**Cronicón.** (1883-1886)
- VII.—**Cronicón.** (1886-1890)

EN PRENSA:

- VIII.—**Mis memorias.**

ALBERTO GHIRALDO

"ANTOLOGÍA AMERICANA"

ÍNDICE DEL VOLUMEN I

Precursores.—*Alberto Ghiraldo*; Prólogo.—*Mariano Moreno*; El plebiscito de Mayo. La misión del Congreso.—*Simón Bolívar*; El discurso de Angostura.—*José de la Luz y Caballero*; Aforismos.—*José de San Martín*; Epistolario I-XIII. Autobiografía.—*José Joaquín Fernández de Lizardi*; Despedida del Pensador. Proclama del Pensador a los habitantes de México. La visita a la Condesa de la Unión. Carta al Pensador. Diálogo.—*Dámaso Antonio Larrañaga*; Oración inaugural de la Biblioteca de Montevideo.—*Camilo Enríquez*; La Camila o la patriota de Sud-América.—*José Camilo Torres*; Representación.—*José Mejía Lequerica*; Libertad de imprenta. La voz de América. De la igualdad representativa.

ÍNDICE DEL VOLUMEN II

Precursores.—*Alberto Ghiraldo*; Prólogo.—*Francisco de Miranda*; La paz europea.—*Bernardino Rivadavia*; La voz de un estadista.—*Félix Varela*; Cómo se introdujo el escolasticismo en América.—*Francisco Javier Espejo*; El nuevo Luciano de Quito.—*Fray Servando Teresa de Mier*; El sermón de Guadalupe. Apología.—*Bernardo Monteagudo*; Oraciones cívicas.—*José Gervasio Artigas*; Revoluciones políticas.—*Manuel Belgrano*; Memorias póstumas.—*Manuel de Salas*; «La Argotina».—*Juan Martínez de Rozas*; Catecismo político cristiano.—*A. J. de Sucre*; Proclamas.—*Antonio Nariño*; Un proceso célebre. Cecilio del Valle.—*Independencia*;—*Simón Rodríguez*; Carta a Bolívar.

Veinte volúmenes en curso de publicación, 4 pts. volumen. Edición Renacimiento.

DE ALBERTO GHIRALDO TEATRO ARGENTINO

Alma gaucha.—Drama en 3 actos, 3 pesetas.

Los salvajes.—Drama en 3 actos, 3 pesetas.

Pedidos a «Renacimiento». - San Marcos, 42. - Madrid.

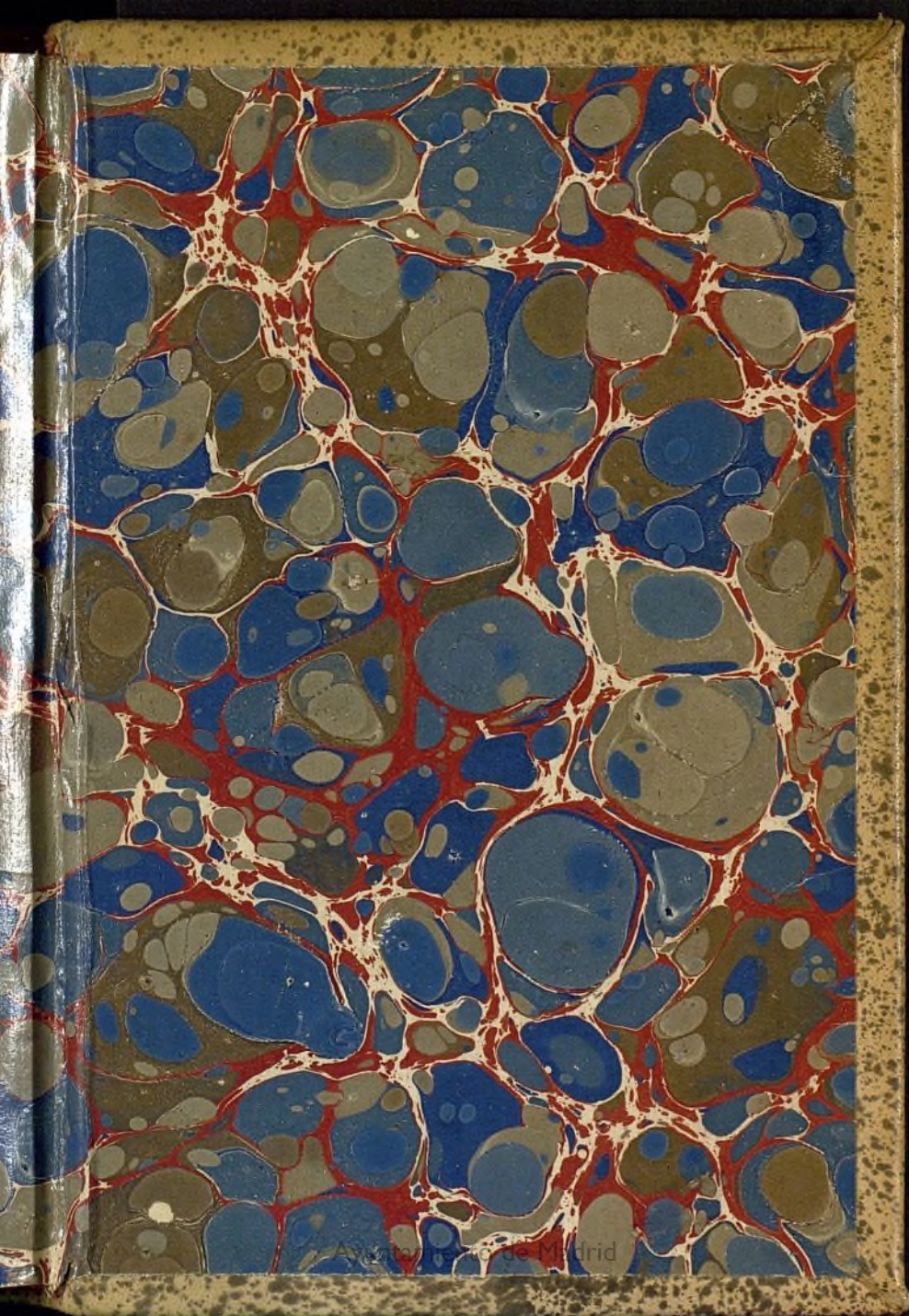
A
3655

BIBLIOTECA HISTORICA MUNICIPAL



1200072832

Ayuntamiento de Madrid



Anticuario de Madrid

C
C

E

38

Avance de Madrid